

Alan W. Watts

Cosmología gozosa

aventuras en la
química de la conciencia

Lectulandia

Médicos, juristas y filósofos se han encontrado con el llamado problema de las «drogas místicas» que parece producir, sin ningún daño físico aparente, cambios en la conciencia comparables a los más elevados niveles de experiencias estéticas y religiosas. Este libro de A. Watts, uno de los mejores investigadores en psicología de la religión, supone una objetiva evaluación sobre estas sustancias y sus acciones, con la ventaja de las propias experiencias personales del autor.

El reportaje de sus propios experimentos es un intenso recuento lírico de las valiosas transformaciones que pueden ocurrir en la mente humana. La elevación de la conciencia recorre el camino, desde la naturaleza y sus estéticas e intuitivas sugerencias, hasta una visión filosófica de la existencia, como una comedia a la vez diabólica y divina, que tiene como desenlace personal una verdadera revolución «cosmológica, unitariamente individual, en todo caso gozosa».

T. Leary y R. Alpert, los legendarios ex-profesores de psicología de Harvard escribieron la introducción. El libro se completa con unas muy interesantes fotografías de formas naturales, como expresión gráfica del texto, ciertamente «inquietante…»

Alan Watts

Cosmología gozosa

Aventuras en la química de la conciencia

ePub r1.0
Titivillus 14.08.2021

Título original: *The Joyous Cosmology*
Alan Watts, 1962
Imagen de cubierta: Gilbert Williams: *Sea of Sisions*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A la gente de Druid Heights.

Prólogo

La *Cosmología gozosa* me sume inevitablemente en un estado de euforia poética y deleite anarquista. Alan Watts escribió este maravilloso librito a principios de la década de 1960: ese añorado momento de inocencia en el que sustancias psicodélicas como el LSD y la psilocibina empezaban a impregnar la cultura del Occidente moderno, pero aún no se había tomado una decisión definitiva sobre su utilidad o su destino, o su legalidad. Fue una época en la que un puñado de filósofos-poetas tuvieron la oportunidad de reflexionar sobre el poder de estos compuestos, «para dar alguna impresión del nuevo mundo de la conciencia que estas sustancias revelan», escribió Watts.

Al leerlo de nuevo, no puedo dejar de recordar mis primeras incursiones en las cualidades de las plantas visionarias y los catalizadores químicos, que despiertan el alma y abren la mente. Aquellos primeros viajes desenmascararon los frágiles engaños de nuestra cultura actual y revelaron que existían dimensiones más profundas de la realidad psíquica que podíamos explorar. Watts es un estilista tan fluido —un maestro de la prosa evanescente, evocadora y perfecta— que es fácil pasar por alto o pasar por alto por completo el núcleo explosivo, radical e incluso revolucionario de su mensaje y significado: el ego occidental, la primacía del yo que toda nuestra civilización está intrincadamente diseñada para apuntalar y proteger, simplemente no existe.

Cuando uno utiliza la lupa o el microscopio que proporciona uno de los numerosos compuestos químicos que, según señaló Watts con astucia, no imparten sabiduría en sí mismos, sino que proporcionan «la materia prima de la sabiduría», no encuentra nada fijo, estable, permanente, ninguna esencia. Solo relación, patrón, flujo. Los viajes psicodélicos de Watts proporcionaron la confirmación experimental de las enseñanzas centrales de la metafísica oriental: que el Tao lo es todo, que la conciencia es «una sin un dos», que no existe el hacer, solo la reciprocidad infinita y el juego divino.

Este libro conserva la frescura de los apuntes de un cuaderno precoz. También, casi accidentalmente, da una hermosa sensación de la vida en los

albores de la era psicodélica en la Costa Oeste de los Estados Unidos, cuando los grupos de amigos se reunían en los patios traseros junto a las arboledas de eucaliptos para explorar juntos, con el suave humor de los niños sabios, el infinito interior. «Todos nos miramos con conocimiento de causa, porque la sensación de que nos conocimos en ese pasado tan lejano oculta algo más —tácito, asombroso, casi innombrable—: la comprensión de que en el centro profundo de un tiempo perpendicular al tiempo ordinario somos, y siempre hemos sido, uno», escribió Watts. «Reconocemos la trama maravillosamente oculta, la ilusión maestra, por la que parecemos ser diferentes».

Durante los últimos cuarenta años, hemos sufrido la ilusión cultural —producida por unos medios de comunicación corporativos y un gobierno que trabajan horas extras para mantener la conciencia bloqueada, mientras nuestras industrias chupan la sangre vital de nuestro planeta— de que la revolución psicodélica de los años 60 fue un fracaso. Revisar la *Cosmología gozosa* de Watts me recuerda que la revolución psicodélica apenas ha comenzado. El viaje hacia el interior es la gran aventura que le queda a la humanidad por hacer juntos. Mientras nos neguemos a dirigir nuestra atención a las vastas dimensiones interiores de la Psique - «El Reino de Dios está dentro»— seguiremos agotando los recursos físicos del planeta, cocinando la atmósfera y exterminando sin sentido la miríada de especies de plantas, animales e insectos que tejen la red de la vida con nosotros.

Cuando se está bajo los efectos de la psicodelia, se tiende a descubrir que cada momento adquiere un significado arquetípico, intemporal y mitológico. En un momento dado, Watts y sus amigos entran en un garaje lleno de basura, donde se desploman con una risa incontrolable. «La culminación de la civilización en montones monumentales de basura se ve, no como una fealdad irreflexiva, sino como una autocaricatura: como la creación de collages fenomenalmente absurdos y esculturas abstractas en burla deliberada pero amable de nuestras propias pretensiones». Nuestra civilización refleja la «defensiva defendida» del ego individual, que se fortifica contra la revelación de la interdependencia y la interconectividad, la plenitud y el vacío del vacío.

Tenemos la suerte de contar con el testimonio de Watts sobre sus encuentros: La *Cosmología gozosa* es una ola portadora de información y perspicacia, que no ha perdido nada de su sutileza, flexibilidad o entusiasmo. También es una expresión de un proceso cultural más amplio, que se está desarrollando a lo largo de décadas, a través de una «Guerra contra las Drogas» que es secretamente una guerra contra la conciencia.

El Dr. Thomas B. Roberts, autor de *The Psychedelic Future of the Mind (El futuro psicodélico de la mente)*, entre otras obras, ha propuesto que el redescubrimiento de los enteógenos por parte del Occidente moderno a mediados del siglo XX fue el comienzo de una «segunda Reforma», destinada a tener repercusiones al menos tan profundas como las de la primera. En la primera Reforma, la Biblia se tradujo a la lengua vernácula común, se imprimió y se produjo en masa, proporcionando un acceso directo a la «palabra de Dios», que antes había sido protegida por los sacerdotes. Con los psicodélicos, mucha gente tiene ahora acceso directo y sin intermediarios a la experiencia mística y visionaria, en lugar de leer sobre ella en viejos tomos mohosos. Como deja claro la brillante prosa de Watts —y todas las apariencias en contra— el futuro será psicodélico, o no lo será.

DANIEL PINCHBECK, autor de
Breaking Open the Head: A Psychedelic Journey into the Heart of Contemporary Shamanism
Nueva York, 2013

Introducción

Cosmología gozosa es una brillante combinación de palabras que describen experiencias para las cuales nuestra lengua carece de vocabulario. Para entender este maravilloso aunque difícil libro es conveniente poner de manifiesto la distinción artificial entre lo externo y lo interno. Es exactamente esta distinción la que Alan Watts quiere que superemos. Pero Watts hace un juego verbal en una lengua occidental, debido a lo cual se puede disculpar al lector que continúe usando modelos convencionales y dicotómicos.

Externo e interno. Conducta y conciencia. El genio y la obsesión de nuestra civilización ha sido el cambiar el mundo exterior. En los últimos dos siglos las culturas occidentales y monoteístas se han encarado al espacio exterior haciendo mover objetos con increíble eficiencia. Sin embargo, en los últimos años nuestra cultura se ha hecho eco de un desequilibrio perturbador. Nos hemos percatado del universo interior y no descubierto, de las regiones desconocidas de la conciencia.

Esta dialéctica no es nueva. El ciclo ha tenido lugar en muchas culturas e individuos. Al éxito material le sigue la desilusión y los típicos «porqués» y luego, el descubrimiento del mundo interior: un mundo infinitamente más complejo y rico que las estructuras artificiales del mundo externo, que en definitiva no son más que proyecciones de la imaginación humana. A la larga, la mente lógica y conceptual se abre hacia sí misma, reconoce la ridícula insuficiencia de los débiles sistemas que impone en el mundo, desaparece este rígido control sobre sí misma y derroca el dominio de la experiencia cognoscitiva.

Hablamos aquí (y Alan Watts habla en este libro) de la política del sistema nervioso, la cual es igual de complicada e igual de importante que la política externa. La política del sistema nervioso enfrenta a la mente con el cerebro, este cerebro tiránico y verbal que se disocia del mundo y del organismo del que forma parte, censurando, alertando e interpretando.

De esta manera se presenta la quinta libertad, la libertad de la mente cultural y educada. La libertad de llevar la conciencia más allá del

conocimiento cultural y artifactual. La libertad de trasladarse desde la constante preocupación de los juegos verbales —los juegos sociales, el juego del ego— a la gozosa unidad que existe más allá.

Aquí estamos considerando un tema que no es nuevo, un tema que durante siglos ha sido tratado por místicos, filósofos de experiencias religiosas, por aquellos extraños a la vez verdaderos científicos que han sido capaces de entrar y luego salir de los límites del juego de la ciencia. También fue captado y claramente descrito por el gran psicólogo americano William James:

> … Nuestra normal conciencia despierta, como llamamos a la conciencia racional es solo un tipo especial de conciencia, mientras que en realidad, dividida por minúsculas pantallas, se encuentran formas potenciales de conciencia totalmente diferentes. Podemos pasar por la vida intuyendo su existencia, pero se requiere un estímulo que al ser obtenido, aquellas formas se encuentran allí en toda su totalidad; son tipos concretos de mentalidad que tienen probablemente su campo de aplicación y adaptación en alguna parte. Ninguna descripción de conocimiento del universo en su totalidad puede ser definitiva si omite estas otras formas de conciencia. Se trata de saber cómo apreciarlas ya que son muy diferentes de la conciencia ordinaria. No obstante pueden determinar actitudes aunque no pueden establecer fórmulas, pueden abrir un espacio aunque no puede enmarcarse en un mapa. En cualquier caso no permiten que nuestras descripciones de la realidad se cierren prematuramente. Analizando mis anteriores experiencias veo que convergen en un tipo de intuición a la cual no puedo dar ningún significado metafísico.

Pero ¿cuáles son los estímulos necesarios y suficientes para acabar con el dominio conceptual de la conciencia y abrirse definitivamente a sus formas potenciales? Hay muchos. Los filósofos hindúes, los budistas japoneses, han descrito cientos de métodos. Durante siglos, brujos mejicanos y jefes religiosos del norte y sur de América han utilizado plantas sagradas con el objetivo de la expansión de la conciencia. Recientemente la ciencia occidental nos ha proporcionado, en forma de productos químicos, las técnicas más directas para abrirnos hacia nuevos reinos de conocimiento.

William James utilizó óxido nitroso y éter para «estimular la conciencia mística de forma extraordinaria». Hoy la atención de los psicólogos, filósofos

y teólogos se centra en los efectos de tres sustancias sintéticas —mescalina, ácido lisérgico y psilocibina.

¿Qué son estas sustancias? ¿Medicinas, drogas o alimentos sacramentales? Es más fácil decir lo que no son. No son narcóticos, ni intoxicantes, ni sustancias energéticas, ni anestésicos, ni tranquilizantes. Más bien son llaves bioquímicas que nos abren a experiencias profundamente nuevas para la mayoría de los occidentales.

Durante los últimos dos años miembros de Center for Research in Personality de la Universidad de Harvard han efectuado de manera sistemática experimentos con estas sustancias. Nuestra primera investigación en la expansión bioquímica de la conciencia ha sido un estudio de las reacciones de los americanos en un ambiente positivo, confortable y natural. Hemos tenido la oportunidad de experimentar con más de mil dosis individuales. A partir de nuestras observaciones, entrevistas y reportajes, a partir de análisis de datos y de los cambios en los tests de personalidad antes y después de la experiencia han aparecido varias conclusiones: 1) Estas sustancias alteran la conciencia. No hay duda alguna sobre esta afirmación. 2) Carece de sentido hablar específicamente sobre «el efecto de la droga». El ambiente y la situación, las expectativas y la atmósfera reinante explican toda la complejidad de la reacción. No existe una «reacción de la droga» sino que siempre tendremos la droga-y-el-ambiente. 3) Al hablar de potencialidades es útil considerar no solamente la droga-y-el-ambiente sino las potencialidades del córtex humano para crear imágenes y experiencias que van mucho más lejos que las estrechas limitaciones de las palabras y los conceptos. Quienes nos dedicamos a esta investigación hemos empleado gran parte del tiempo escuchando opiniones sobre el efecto y el uso de las drogas que alteran la conciencia. Si sustituimos las palabras *córtex humano* por *droga* estaremos de acuerdo con cualquier afirmación que se haga sobre las potencialidades —para bien o para mal, para ayudar o juzgar, para amar o para temer. Las potencialidades son del córtex, no de la droga. La droga es simplemente un instrumento.

Al analizar e interpretar los resultados de nuestros estudios, consideramos primeramente los modelos convencionales de la psicología moderna —psicoanalítica, conductista— y encontramos que estos conceptos son totalmente inadecuados para comprender la riqueza y amplitud de la conciencia expandida. Para entender nuestros descubrimientos nos hemos visto obligados a utilizar un lenguaje y unos puntos de vista bastante ajenos a nosotros debido al hecho de que hemos sido educados en las tradiciones de la

psicología objetiva y mecanicista. Hemos tenido que volver una y otra vez a las concepciones no dualistas de la filosofía oriental, una teoría del conocimiento que Bergson, Aldous Huxley y Alan Watts han explicitado y familiarizado al mundo occidental. En la primera parte del libro el Sr. Watts presenta con una claridad espléndida la teoría de la conciencia que hemos visto confirmada por los relatos de los sujetos investigados —filósofos, convictos, amas de casa, intelectuales, alcohólicos. Estas personas han relatado una y otra vez el salto por encima de la enredada espesura de lo verbal para identificarse con la totalidad de lo experienciado. Alan Watts explica elocuentemente los momentos visionarios bajo la droga. Evidentemente está intentando lo imposible: describir en palabras (que siempre mienten) lo que está más allá de las palabras. Pero ¡qué magistralmente es capaz de hacerlo!

Alan Watts es uno de los grandes reporteros de nuestros tiempos. Tiene una sensibilidad intuitiva para los asuntos y acontecimientos cruciales de este siglo. Además posee el equipo verbal de un filósofo poético para enseñar y educar. Esta podría ser la mejor exposición sobre el tema del misticismo en la era espacial, más osada que las dos obras clásicas de Aldous Huxley, ya que Watts, siguiendo la dirección del Sr. Huxley, va más allá. Son especialmente importantes el reconocimiento de los aspectos amorosos de la experiencia mística y las nuevas formas de comunicación que esta trae consigo.

Tienes en tus manos un gran documento humano. Pero no vas a entender lo que el autor está diciendo a menos que seas uno de estos occidentales que haya experimentado (por casualidad o por buena suerte química) un minuto místico de conciencia expandida. Ello es una lástima aunque no tiene por qué sorprendernos demasiado. La historia de las ideas nos recuerda que los nuevos conceptos y visiones nunca han sido comprendidos. No podemos entender algo para lo cual no tenemos palabras. Para Alan Watts está jugando el juego del libro, el juego de la palabra y el lector ha sido contratado para leerlo.

Pero escucha. Estate preparado. Hay muchas y grandes líneas en este libro. Docenas de grandes ideas. Demasiado comprimidas. Planean demasiado rápido. Presta atención.

Aunque solo captes algunas de estas ideas, te vas a encontrar haciéndote unas preguntas que nosotros ya nos hemos preguntado al analizar nuestros datos. ¿Adónde vamos desde aquí? ¿Cuál es la aplicación de estas nuevas y mágicas medicinas? ¿Pueden hacer algo más que ofrecernos momentos y libros memorables?

La respuesta vendrá desde dos direcciones. Debemos facilitar a cada vez más gente este tipo de experiencias y, como hace Alan Watts, hacer que nos digan lo que han experimentado. (Difícilmente tendremos dificultades a la hora de encontrar voluntarios para este viaje extático. El noventa y nueve por ciento de ellos están deseosos de repetir y compartir la experiencia con su familia y amigos).

Igualmente debemos estimular a los científicos que han tomado la droga y que se han percatado de la diferencia entre interno y externo, entre conciencia y conducta, para que avancen en su investigación objetiva y sistemática. Esta investigación debería explorar la aplicación de estas experiencias a los problemas de la vida actual: educación, religión, industria y arte creativos.

Hay muchos que creen que el poder del hombre para controlar y expandir su conciencia está en un momento decisivo. Nuestra investigación suministra una base experimental para tal optimismo.

TIMOTHY LEARY, PhD. - RICHARD ALBERT, PhD.
Harvard University, Enero, 1962

Prefacio

En *Las Puertas de la Percepción* Aldous Huxley nos ofrece un soberbio relato sobre los efectos de la mescalina en una persona altamente sensible. Fue un registro de su primera experiencia de esta notable transformación de la conciencia, y ahora, a través de experimentos posteriores, sabe que puede conducir a percepciones mucho más profundas que las descritas en su libro. Como no puedo pretender superar la magistral prosa inglesa de Aldous Huxley, creo que ha llegado la hora de hacer un relato sobre algunos de los niveles de intuición, más profundos o más elevados, que se pueden alcanzar a partir de estas «drogas» que alteran la conciencia, cuando van acompañadas de una continua reflexión filosófica, y cuando la persona que las experimenta no va en busca de reacciones pasajeras, sino de comprensión. Quizás debería añadir que, para mí, la reflexión filosófica es estéril cuando se separa de la imaginación poética, ya que la comprensión del mundo la llevamos a cabo no sobre una pierna, sino sobre ambas.

Hoy en día es bien sabido que existe una seria falta de comunicación a nivel teórico entre el hombre de ciencia y el lego puesto que este último no entiende el lenguaje matemático que el primero utiliza. Por ejemplo el espacio curvo no es representable por ninguna imagen que sea inteligible a los sentidos. Pero aún soy más consciente de la brecha entre descripción teórica y experiencia directa que existe en los medios científicos. La ciencia occidental está delineando ahora un nuevo concepto de hombre, no como un ego solitario dentro de una pared carnosa sino como un organismo que es lo que es en virtud de su inseparabilidad con el resto del mundo. Pero, aparte de rarísimas excepciones, ni incluso los científicos *sienten* que existen de esta manera. Ellos, y casi todos nosotros, conservamos un sentido de personalidad independiente, aislado, insular y apartado de las cosas que nos rodean. De alguna manera esta brecha ha de cerrarse y, entre los varios medios por donde se puede iniciar el cierre existen medicinas que la misma ciencia ha descubierto y que se puede demostrar que son los sacramentos de su religión.

Durante largo tiempo nos hemos acostumbrado a la compartimentación de la religión y la ciencia, como si fueran dos formas de ver el mundo totalmente diferentes y básicamente no relacionadas. No creo que este estado de doble discurso pueda durar. Debe ser sustituido por una visión del mundo que no sea ni religiosa ni científica, sino simplemente nuestra visión del mundo. Más exactamente, debe convertirse en una visión del mundo en la que los informes de la ciencia y la religión sean tan concordantes como los de los ojos y los oídos.

Pero las vías tradicionales a las experiencias espirituales raramente atraen a las personas de temperamento científico o escéptico puesto que los vehículos que las manejan son inseguros y cargan un equipaje excesivo. Precisamente por eso el pensador crítico y alerta tiene pocas oportunidades de compartir directamente las formas de conciencia que profetas y místicos intentan expresar mediante un simbolismo que, muchas veces, resulta arcaico y complicado. Si el farmacólogo nos puede ayudar a explorar este mundo desconocido, nos hará el extraordinario favor de liberar la experiencia religiosa de los oscurantistas.

Para que este libro sea una expresión lo más completa posible de la naturaleza de la conciencia que inducen estas drogas, he incluido una serie de fotografías que, en su vívido reflejo de los patrones naturales, aportan alguna sugerencia de la belleza rítmica de los detalles que las drogas revelan en las cosas comunes. Sin perder la capacidad de visión normal, los ojos parecen convertirse en un microscopio a través del cual la mente se ahonda y profundiza en la intrincada textura danzante de nuestro mundo.

ALAN W. WATTS
San Francisco, 1962.

Prólogo a la 1.ª Edición

Cada vez se va haciendo más evidente que una de nuestras mayores supersticiones consiste en la separación entre la mente y el cuerpo. Esto no significa que nos veamos obligados a admitir que *solamente* somos cuerpos; significa que estamos elaborando una idea totalmente nueva del cuerpo. El cuerpo entendido como algo separado de la mente es solo un objeto: un cadáver animado. Pero el cuerpo considerado como algo inseparable de la mente es otra cosa y no tenemos una palabra adecuada para algo que es simultáneamente físico y mental. Llamarlo físico-mental no sirve para nada ya que es una unión muy poco lograda de dos conceptos que han sido muy empobrecidos por una larga separación y oposición. Pero por lo menos estamos vislumbrando la posibilidad de abandonar de una vez la idea de una materia que es mental y una materia que es material. «Materia» es una palabra que describe la masa informe que percibimos cuando los sentidos no son lo suficientemente penetrantes para captar su auténtica forma. La noción de lo material o lo mental se basa en la falsa asunción de que los árboles están hechos de madera, las montañas de piedra y las mentes, de espíritu de la misma manera que los tiestos están hechos de arcilla. La materia «inerte» parece requerir una energía externa e inteligente que le otorgue la forma. Pero ahora sabemos que la materia no es inerte. Ya sea orgánica o inorgánica, estamos aprendiendo a ver la materia como patrones de energía —no de energía como si la energía fuera una materia, sino como patrón energético, orden en movimiento, inteligencia activa.

Siglos de confusión semántica y prejuicios psicológicos han bloqueado el hecho clarísimo de que la mente y el cuerpo, la materia y la forma son una sola cosa. De la misma manera que el tiesto es la forma de la arcilla, se acepta comúnmente que cada modelo, o estructura sea la forma de algo. Es difícil ver que se puede prescindir de este algo como se prescinde del éter, por el que se suponía que viajaba la luz, o de la fabulosa tortuga, que en una época sirvió de pilar del planeta. Aquel que realmente pueda entender esto experimentará

una curiosa y excitante liberación ya que el peso de aquel algo desaparecerá, y andará más ligero.

El dualismo mente-cuerpo surgió, quizás, como una forma torpe de describir el poder de un organismo inteligente para controlarse a sí mismo. Pareció razonable pensar que la parte controlada era una cosa y que la parte que controlaba era otra. De esta manera la voluntad de la consciencia se oponía a los apetitos involuntarios y la razón se oponía al instinto. Con el tiempo, aprendimos a centrar nuestra identidad, nuestra yoidad, en la parte que controla —la mente— y a desechar cada vez más la parte controlada, considerada como mero vehículo. Precisamente por esto no nos dimos cuenta de que el organismo como un todo, en gran parte inconsciente, utilizaba la conciencia y la razón para informar y controlarse a sí mismo. Creímos que nuestra inteligencia consciente descendía de un reino más alto para tomar posesión de un vehículo físico. Fue por ello que no lo vimos como una operación del mismo tipo que el proceso formativo de la estructura de los nervios, músculos, venas y huesos una estructura tan sutilmente ordenada (o sea, inteligente) que el pensamiento consciente está aún muy lejos de ser capaz de describirlo.

Esta separación radical entre la parte que controla y la parte controlada cambió la condición del hombre. Pasó de organismo autocontrolado a organismo autofrustrado; pasó a estar en continuo conflicto y autocontradicción, los cuales le han acompañado durante toda su historia. Al producirse la separación, la inteligencia consciente empezó a servir a sus propios fines en lugar de servir al organismo que la produjo. Más exactamente, la *intención* de la inteligencia consciente fue trabajar para sus propios y disociados intereses. Pero, como veremos, de la misma manera que la separación de la mente del cuerpo es una ilusión, también lo es la sujeción del cuerpo a los esquemas independientes de la mente. Sin embargo la ilusión es tan real como las alucinaciones de las hipnosis, y el organismo del hombre se frustra a sí mismo mediante modelos de comportamiento que se mueven en complejos círculos viciosos. El resultado es una cultura que continuamente servirá a los fines de orden mecánico en oposición a los de placer orgánico, y que se obstina en autodestruirse en contra del instinto de todos sus miembros.

Creemos entonces que la mente controla el cuerpo y no que el cuerpo se controla a sí mismo a través de la mente. De ahí proviene aquel prejuicio tan arraigado de que la mente debe independizarse de todas las ayudas físicas que contribuyan a su funcionamiento, y ello a pesar de los microscopios, telescopios, fotografías, escalas, computadoras, libros, obras de arte, alfabetos

y todos aquellos instrumentos físicos sin los cuales sería difícil saber si existe alguna vida mental. Por lo menos siempre ha existido una oscura conciencia de que hay algo erróneo en sentirse como una mente, un alma o un ego separados. Es evidente que una persona que halla su identidad en algo que no sea su pleno organismo es menos que medio hombre. Está separado de una completa participación con la naturaleza. En lugar de ser un cuerpo, *tiene* un cuerpo. En lugar de vivir y amar, *tiene* instintos de supervivencia y copulación que al ser repudiados, le arrastran como si fueran furias ciegas o demonios que le poseyeran

El presentimiento de que en todo esto hay algo equivocado provoca una contradicción inherente a todas las civilizaciones que consiste en la doble compulsión de preservarse a sí mismo y de olvidarse de sí mismo. El círculo vicioso funciona así: si te sientes separado de tu vida orgánica, te sientes *impulsado* a sobrevivir; la supervivencia —seguir viviendo— se convierte así en un deber y en un lastre porque no estás plenamente con ella. Como no cumple del todo tus expectativas, sigues esperando que lo haga, anhelando más tiempo, sintiéndote impulsado aún más a seguir adelante. Lo que llamamos autoconciencia es la sensación de que el organismo el organismo se obstruye a sí mismo, de que no está consigo mismo, de que es conducido, podríamos decir, con acelerador y freno al mismo tiempo. Lógicamente esta es una sensación muy desagradable de la que mucha gente quiere olvidarse.

La manera vulgar de olvidarse de uno mismo es emborracharse, divertirse en espectáculos o explotar métodos naturales como la auto-trascendencia o el coito. La manera culta consiste en la búsqueda de las artes, el servicio social, o el misticismo religioso. Estos métodos raramente tiene éxito ya que no revelan el error básico de la división.

Los métodos cultos incluso agravan el error hasta el punto de que quienes los siguen se enorgullecen de olvidarse de sí mismos mediante métodos puramente mentales, aunque el artista utilice pintura o sonidos, el idealista social distribuya riqueza material, y el religioso use sacramentos y rituales u otros medios como el ayuno, la respiración yóguica o la danza salvaje o derviche. Y hay un saludable instinto en el uso de estas ayudas físicas, como en la repetida insistencia de los místicos en que conocer a Dios no es suficiente. El punto oscuro es qué el hombre no puede funcionar bien cambiando algo tan superficial como el orden de sus pensamientos de su mente disociada. Lo que tiene que cambiar es el comportamiento de su organismo; tiene que ser capaz de autocontrolarse en lugar de autofrustarse.

¿Cómo puede realizarse? Está claro que no puede hacerse nada mediante la mente ni la voluntad consciente mientras se tengan como algo aparte del organismo pleno. Si no fuera así, no se necesitaría hacer nada. Muy pocos *gurús* occidentales, maestros en sabiduría o psicoterapeutas occidentales han encontrado formas —bastante laboriosas— para engañar y engatusar el organismo a integrarse a sí mismo. Principalmente lo han conseguido a través de un tipo de *judo* o «manera elegante» que se sobrepone al proceso de autofrustación al llevarle a extremos lógicos y absurdos. Básicamente esta es la forma Zen y, de vez en cuando, la forma del psicoanálisis. Si estos métodos funcionan, es evidente que al paciente o al estudiante les ha ocurrido algo más que un cambio en su manera de pensar; son emocional y físicamente diferentes; todo su ser funciona de una forma nueva.

Durante largo tiempo he tenido claro que ciertas formas de «misticismo» oriental —en particular el taoísmo y el budismo Zen— no presuponen un universo dividido en lo material y lo espiritual y no culminan en un estado de conciencia donde el mundo físico desaparece en una luminiscencia indiferenciada e incorpórea. Tanto el taoísmo como el Zen se fundan en una filosofía de la relatividad no meramente especulativa. Es una disciplina del conocimiento que concluye que la mutua interrelación de todas las cosas y acontecimientos se convierte en una sensación constante. Esta sensación es la base y soporte de nuestra conciencia normal del mundo como una colección de objetos indiferentes. Una conciencia que la filosofía budista llama *avidya* (ignorancia) porque, al poner excesiva atención a las diferencias ignora las relaciones. Por ejemplo, no ve que la mente y la forma o la forma y el espacio son tan inseparables como el pecho y la espalda, ni que el individuo está tan entretejido como el universo que aquel y este son un solo cuerpo.

Este es un punto de vista que, a diferencia de otras formas de misticismo no niega distinciones físicas sino que las ve como una clara expresión de unidad, de la misma manera como en una pintura china el árbol o la roca no están *en* sino que están *con* el espacio del que forman parte. El trozo de papel que no ha tocado el pincel es una parte integral del cuadro y no un simple complemento. Es por ello que cuando a un maestro Zen se le pregunta sobre lo universal o lo esencial, responde con lo inmediato y lo particular «¡El ciprés en el jardín!» Aquí tenemos lo que Robert Linssen ha llamado materialismo espiritual —una teoría mucho más cercana a la relatividad y a la teoría de campo de la ciencia actual que cualquier superespiritualismo religioso. Pero mientras la comprensión científica del universo relativo es en gran parte teórica, estas disciplinas orientales han hecho de ella una

experiencia directa. En potencia parecen ofrecer algo maravilloso, y semejante a lo que ofrece la ciencia occidental cuando se pone al nivel de nuestro conocimiento inmediato del mundo.

La ciencia sigue la común creencia de que el mundo natural es una multiplicidad de cosas individuales y acontecimientos intentando describir estas unidades tan exacta y minuciosamente como sea posible. Debido a que está por encima de toda forma analítica de describir las cosas, parece como si en principio las separara más que nunca. Sus experimentos son el estudio de seleccionadas experiencias aisladas en las que se excluyen las influencias que no pueden medirse ni controlarse, como cuando se investiga sobre la caída de los cuerpos en el vacío y eliminamos el rozamiento del aire. Aunque por esta razón el científico entiende mejor que nadie lo inseparables que son las cosas. Cuanto más intenta eliminar las influencias externas sobre la situación a investigar, más influencias nuevas encuentra (hasta ahora insospechadas). Cuanto más cuidadosamente describe, por ejemplo, el movimiento de una partícula dada, más se encuentra describiendo *también* el espacio en que aquella se mueve. El comprender que todas las cosas están relacionadas inseparablemente está en proporción al esfuerzo que uno hace para hacerlas claramente distintas. Por ello la ciencia sobrepasa al sentido común del que parte, según el cual las cosas y sucesos son propiedades del *entorno* en que se encuentran. Pero esto es simplemente una descripción teórica de un estado de hechos que se puede percibir a través de estas formas de «misticismo» oriental. Cuando esto se haga evidente, tendremos una sólida base para un intercambio entre oriente y occidente, el cual podría ser extraodinariamente provechoso.

La dificultad práctica consiste en que Taoísmo y Zen están tan involucrados con la cultura del lejano Oriente que adaptarlos a las necesidades occidentales es muy problemático. Por ejemplo, los maestros orientales trabajan con el principio esotérico y aristocrático de que el estudiante debe aprender el camino difícil y descubrirlo casi todo por sí mismo. Aparte de indicaciones ocasionales el profesor tan solo acepta o rechaza los logros de los estudiantes. En cambio los maestros occidentales trabajan con el principio exotérico y democrático de que se ha de hacer todo lo posible para informar y ayudar al estudiante para que su dominio sobre el sujeto se facilite al máximo. ¿Es verdad que, como los puristas insisten, la segunda aproximación tan solo empobrece la disciplina? La respuesta es que depende de la disciplina. Si todo el mundo aprende suficientes matemáticas como para dominar las ecuaciones cuadráticas, será muy poco lo logrado

comparado con la dificultad que ofrece la comprensión de la teoría de los números. Pero la transformación de la conciencia iniciada en el Taoísmo y Zen se parece más a la corrección de una percepción imperfecta o a la curación de una enfermedad. No es preciso aprender cada vez más hechos o más habilidades sino desaprender los hábitos y las opiniones equivocadas. Como dijo Lao-tzu[1]. «El alumno gana todos los días pero el taoísta pierde todos los días».

Por ello la práctica del Taoísmo o el Zen en el Lejano Oriente es una responsabilidad en la que el occidental afrontará muchas barreras erigidas deliberadamente para disuadir una curiosidad ociosa, o para anular puntos de vista equivocados. Ello lo logrará incitando al estudiante a proceder sistemática y consistentemente en falsas suposiciones de *reductio ad absurdum*. Al estudiar misticismo comparado, mi principal interés ha sido deshacer estos nudos e identificar los procesos psicológicos esenciales subrayando aquellas alteraciones de la percepción que nos permiten ver al mundo y a nosotros mismos en una unidad básica. Tal vez he tenido algo de éxito al intentar, a la manera occidental, hacer este tipo de experiencia más accesible. Por eso me siento a la vez satisfecho y desconcertado por el desarrollo de la ciencia occidental la cual posiblemente podría poner esta visión unitaria del mundo al alcance de muchos que la han buscado en vano mediante métodos tradicionales. Y ello de manera increíblemente fácil.

Parte de la genialidad de la ciencia occidental consiste en encontrar maneras más racionales y simples para hacer las cosas; maneras, que anteriormente eran más difíciles y arriesgadas. Al igual que cualquier proceso inventivo, no siempre hace estos descubrimientos sistemáticamente. A menudo tan solo tropieza con ellos para luego trasladarlos hacia un orden inteligible. En medicina por ejemplo, la ciencia aísla la droga esencial de las pociones que el antiguo doctor-brujo elaboraba a partir de concentrados de salamandras, hierbas, cráneos en polvo o sangre seca. La droga purificada cura con mayor seguridad, *pero* no perpetúa la salud. Al paciente todavía le queda cambiar los hábitos de su vida o de su dieta que le hicieron propenso a la enfermedad.

¿Es posible que la ciencia occidental nos pueda suministrar una medicina que proporcione al organismo humano un inicio de liberación de su crónica autocontradicción? Tal vez otros medios tengan que auxiliar a la medicina —psicoterapia, disciplinas «espirituales» y cambios básicos en el modelo de vida—, aunque cada persona enferma parece necesitar un empuje inicial que le encarrile en la vía de la salud. La cuestión no es en absoluto absurda

mientras sea verdad que padecemos de una enfermedad no solo mental sino en todo el organismo, en el sistema nervioso y cerebral. ¿Existe, a corto plazo, una medicina que nos pueda dar una sensación temporal de integración, de ser totalmente uno con nosotros mismos y con la naturaleza tal como el biólogo nos dice, teóricamente que sucede? Si existe, la experiencia nos puede ofrecer canales por donde encontrar una continua y completa integración. Podría ser por lo menos la punta del hilo del Ariadna que nos estuviera haciendo salir del laberinto en que nos perdimos en nuestra infancia.

Investigaciones relativamente recientes sugieren que hay por lo menos tres de tales medicinas, aunque ninguna es un «específico» infalible. Van bien a cierto número de personas dependiendo del contexto social y psicológico donde se suministran. Sus efectos pueden ser perjudiciales ocasionalmente, pero tales limitaciones no nos impiden usar penicilina —a menudo un producto químico mucho más peligroso que aquellos tres—. Me estoy refiriendo, evidentemente, a la mescalina (el ingrediente activo del cactus del peyote), la dietilamida del ácido lisérgico (un alcaloide modificado del cornezuelo) y la psilocibina (un derivado del hongo *psilocybe mexicana*).

Los indios del sudoeste de los Estados Unidos y de México han utilizado durante largo tiempo el cactus del peyote como medio de comunión con el mundo divino. Ciertas partes secas de la planta son hoy en día el sacramento principal de una Iglesia India conocida como Native American Church of the United States considerada una respetable organización cristiana. A finales del siglo diecinueve Weir Mitchell y Havelock Ellis describieron sus efectos, y años más tarde se identificó su componente activo, la mescalina, un producto químico del grupo, fácilmente sintetizable, de las aminas.

En 1938, el farmacólogo suizo A. Hoffman, al estar estudiando las propiedades del hongo del cornezuelo, descubrió la dietilamida del ácido lisérgico. Al estar efectuando ciertos cambios en su estructura molecular absorbió, por accidente, una pequeña cantidad de este ácido experimentando sus efectos psicológicos característicos. Posteriores investigaciones demostraron que había ingerido la droga alteradora de la conciencia más poderosa hasta el momento, puesto que la LSD-25 (como se la conoce abreviadamente) produce sus efectos característicos con una mínima dosis de 20 microgramos, 1/700 000 000 parte del peso de un hombre.

La psilocibina procede de otra de las plantas sagradas de los indios mejicanos. Es un tipo de hongo conocido como *teonanacatl*, «la carne de Dios». Como consecuencia del descubrimiento de Robert Weitlaner en 1936 de que el culto al «hongo sagrado» continuaba prevaleciendo en Oaxaca, un

número de micólogos —nombre que tienen los especialistas en hongos— empezó a hacer estudios sobre los hongos de esta región. Se encontró que se utilizaban tres variedades. Además de la *psilocybe mexicana* existían también la *psilocybe aztecorum Heim* y la *psilocybe Wassonii*, denominadas así en honor a los micólogos Roger Heim y Gordon y Valentina Wasson, que tomaron parte en las ceremonias del culto.

A pesar del considerable volumen de investigación y especulación, se sabe poco sobre los efectos psicológicos exactos de estos elementos sobre el sistema nervioso. Los efectos subjetivos de los tres tienden a ser bastante similares, aunque el LSD-25, debido quizás a la mínima dosis requerida, raras veces produce las nauseas que se asocian a los otros dos. Todos los estudios científicos que he leído parecen adherirse a la vaga impresión de que, de alguna manera, estas drogas neutralizan ciertos procesos inhibitorios o selectivos del sistema nervioso y de esta manera el aparato sensorial se abre más a las impresiones de lo que lo hace normalmente. La ignorancia sobre los precisos efectos de estas drogas va unida, evidentemente, al estado precario de nuestro conocimiento sobre el cerebro. Tal ignorancia obliga a una gran precaución en su uso, pero hasta ahora no hay ninguna evidencia de que, en dosis normales, haya alguna probabilidad de perjuicio psicológico**[2]**.

En un sentido muy amplio de la palabra, cada una de estas sustancias es una droga, pero hay que evitar el error sistemático de confundirlas con aquellas drogas que inducen al deseo físico de su repetición o que embotan los sentidos como él alcohol o los tranquilizantes. Oficialmente están clasificados como alucinógenos —un término increíblemente inexacto puesto que aquellas sustancias no hacen oír voces ni ver visiones. Aunque realmente produzcan efectos muy complejos y, obviamente alucinatorios ante ojos cerrados, su efecto general es agudizar los sentidos hasta un grado supernormal de conciencia. La dosis normal de cada sustancia mantiene sus efectos de cinco a ocho horas y la experiencia es a menudo tan profundamente reveladora y emocionante que uno duda en acercarse a ella de nuevo hasta haberla «digerido» totalmente, y ello, puede durar meses.

La reacción de la gente más culta ante la idea de mejorar la intuición psicológica o filosófica a través de una droga, es que es demasiado simple, demasiado artificial, e incluso demasiado banal para ser considerado seriamente. Un saber que pueda «encenderse» como el interruptor de una lámpara parece que insulta la dignidad humana y que nos degrade a autómatas químicos. Nos viene a la mente la imagen de *Un mundo feliz* en el que existe una clase de budas sintéticos, de personas que han sido *manipuladas* como los

lobotomizados, los esterilizados o los hipnotizados, sólo que en otra dirección: personas que de alguna manera han perdido su humanidad y con las que, como con los borrachos, uno no puede comunicarse realmente. Sin embargo esta es una fantasía algo sádica que no guarda relación con los hechos ni con la experiencia misma. Pertenece al mismo tipo de temor supersticioso que uno tiene por lo desconocido, cuando lo confunde con lo antinatural. Es la manera como algunas personas juzgan a los judíos por estar circuncidados o incluso a los negros por sus rasgos «extraños» y su color.

A pesar de los prejuicios generalizados y no disimulados contra las drogas como tales y a pesar de las pretensiones de algunas disciplinas religiosas de ser el único medio de alcanzar una intuición auténticamente mística, no encuentro una diferencia fundamental entre las experiencias provocadas, en condiciones favorables, por estas sustancias químicas y los estados de «conciencia cósmica» constatada por R. M. Bucke, William James, Evelyn Underhill, Raynor Johnson y otros investigadores del misticismo. «Condiciones favorables» significa un ambiente social y psíquicamente agradable. Lo ideal sería una casa de retiro (*no* un hospital ni un psiquiátrico) supervisada por psiquiatras de tendencias religiosas o psicólogos. La atmósfera debería ser hogareña y no clínica, siendo de la máxima importancia que el supervisor tenga una actitud comprensiva y de apoyo. Bajo circunstancias inseguras, tensas u hostiles la experiencia puede degenerar fácilmente en una paranoia altamente desagradable. Hay que reservar dos días: uno para la misma experiencia, que dura de seis a ocho horas, y otro para la reflexión durante el período tranquilo y relajado que le sigue normalmente.

Esto es simplemente afirmar que el uso de medicinas tan poderosas no se ha de tomar tan a la ligera como fumar un cigarrillo o tomarse un cóctel. Uno se debe aproximar a ellas como uno se acerca a un sacramento pero no con la peculiar inhibición de regocijo y temor con que generalmente se hace en nuestros rituales religiosos. Es de conocimiento general que siempre ha de haber un «supervisor cualificado» que nos permite conectar con lo que socialmente se conoce como «realidad». El tipo ideal de «supervisor cualificado» sería un psiquiatra o un psicólogo clínico que ya hubiera experimentado los efectos de la droga, aunque he observado que muchos de los que están técnicamente cualificados tienen un miedo terrorífico a estados de conciencia poco comunes, lo cual puede perjudicar a aquellos que supervisa. De aquí que la cualificación básica del supervisor sea la confianza

en la situación, que es igualmente «captada» por las personas en el estado de aguda sensitividad que las drogas producen.

Las drogas en cuestión no son afrodisíacos y el que se tomen en pequeños grupos no tiene nada que ver con una juerga de borrachos ni con el sopor comunal de un rincón de opio. Generalmente los miembros del grupo se abren más entre ellos creando una atmósfera de amistad ya que en la fase mística de la experiencia la unidad subyacente o «compenetratividad» puede tener tanta claridad como una sensación física. De hecho la situación social se puede convertir en una relación de intensa comprensión, perdón y amor. Es claro que esto no se convierte automáticamente en un sentimiento permanente, como tampoco ocurre con la sensación de compañerismo que se respira en ceremonias estrictamente religiosas. La experiencia concuerda casi exactamente con un concepto teológico de sacramento o gracia —un regalo inmerecido de poder espiritual cuyos efectos dependen del uso que se haga de él. La teología católica también reconoce las llamadas «gracias extraordinarias», a menudo de carácter místico, que salen espontáneamente del medio ordinario o normal que la Iglesia provee a través de los sacramentos y la oración disciplinada. Sostener que las gracias obtenidas a través de hongos, cactus, o medios científicos son artificiales y falsas comparadas con las obtenidas a partir de disciplina religiosa, es, pienso, utilizar argumentos confusos. Pretender hacerse con la verdad exclusiva es tan común en la religión como el comercio. Ambos comparten el sentido de culpabilidad del puritano unido en el primer caso al sentimiento de culpa del puritano por disfrutar de algo por lo que no ha sufrido.

Cuando escribí este libro, fui muy consciente de que el LSD en particular podría convertirse en escándalo público, especialmente en los Estados Unidos donde tenemos los precedentes de la Prohibición y leyes desbordadamente severas contra el uso de marihuana. Las leyes se aprobaron sin prácticamente ninguna investigación científica de la droga, y curiosamente también se aplicaron a otras naciones. Esto sucedió hace nueve años (1961), desde entonces ha sucedido todo lo que me temía. Me pregunté si hubiera tenido que escribir este libro, si estaba profanando los misterios y dando miel a los cerdos. Sin embargo, razoné, que puesto que Huxley y otros ya habían liberado el secreto, me correspondía a mí el fomentar un acercamiento positivo, abierto, sin miedo e inteligente a lo que conocemos como sustancias químicas psicodélicas.

Pero fue en vano. Miles de jóvenes hartos de religiones estereotipados que solo ofrecían palabras, advertencias y (generalmente) malos rituales, se

lanzaron inmediatamente al LSD y otros elementos psicodélicos en búsqueda de alguna llave a la auténtica experiencia religiosa. Como era de esperar, hubieron accidentes. Unos cuantos posibles psicópatas se quedaron colgados, generalmente debido a que tomaron LSD descontroladamente, en dosis excesivas, o bajo la árida y amenazante atmósfera de un hospital llevado por psiquiatras que creen estar investigando esquizofrenia inducida artificialmente. Debido a que la mayoría de las noticias son malas noticias, estos accidentes reciben gran atención por parte de la prensa, y al mismo tiempo silencia la abrumadora cantidad de espléndidas y memorables experiencias que describo más adelante. Un divorcio es noticia; un matrimonio feliz no lo es. Incluso hubo historias falsificadas en los periódicos como aquella de varios jóvenes que al tomar LSD se quedaron mirando demasiado tiempo al sol volviéndose ciegos. Los psiquiatras alarmaron con «daños cerebrales» sobre los que no había ninguna evidencia práctica. Se advirtió sobre sus efectos destructivos en los genes, de los que más tarde se probó que eran insignificantes haciendo el mismo efecto que el café o la aspirina.

En vista a esta histeria general la Sandoz Company, que tenía la patente del LSD la retiró del mercado. Al mismo tiempo el gobierno de los Estados Unidos, sin tener en absoluto en cuenta el desastre de la Prohibición, se limitó a prohibir el LSD (permitiendo su uso únicamente en algunos proyectos de investigación subvencionados por el National Institute of Mental Health y por el Ejército para sus investigaciones sobre guerra química) traspasando su control a la policía.

Hoy en día una ley contra el LSD sería inviable ya que la sustancia es insípida e incolora, y grandes cantidades se pueden encerrar en espacios diminutos pudiendo pasar como cualquier sustancia comestible o bebible, desde ginebra a papel secante. Debido a ello, al ser retirado el mercado el producto que ofrecía la compañía Sandoz —única de confianza hasta el momento— químicos aficionados empezaron a producir un mercado negro de LSD en grandes cantidades. Este LSD era de dudosa calidad y a menudo iba mezclado con otros ingredientes como metedrina, belladona y heroína. En consecuencia empezó a aumentar el números de situaciones psicóticas, lo cual se vio agravado por el hecho de que, al tomar LSD en situaciones mal controladas y bajo la amenaza de la policía, se es una fácil víctima de paranoia extrema. Al mismo tiempo, algunos de estos aficionados, que principalmente eran estudiantes graduados en química con la misión de flipar a la gente, producían un LSD de bastante buena calidad. Al haber muchas más

experiencias positivas que negativas, el interés por esta alquimia se extendió considerablemente y, aunque el público en general asocie su uso con hippies y estudiantes universitarios, ha sido ampliamente utilizado por médicos, abogados, sacerdotes, artistas, hombres de negocios, profesores y juiciosas amas de casa.

La incomprensible supresión del LSD y otras sustancias psicodélicas ha supuesto un absoluto desastre por las siguientes razones:

1. Ha impedido una investigación adecuada sobres estas drogas.
2. Ha creado un lucrativo mercado negro elevando los precios.
3. Ha desconcertado a la policía con una tarea imposible.
4. Ha creado la falsa ilusión del fruto prohibido.
5. Ha perjudicado seriamente el curso normal de la justicia y ha mandado miles de inocentes a las ya por sí prisiones superllenas, las cuales, como todo el mundo sabe, son escuelas de crimen y sodomía, y
6. Ha creado más paranoia que nunca en los consumidores de sustancias psicodélicas[3].

¿Cuáles son, pues, los verdaderos peligros del genuino LSD? Principalmente que puede provocar en individuos susceptibles una psicosis más o menos duradera y que, a pesar de todas las pruebas psicológicas y neurológicas, nunca podemos detectar un potencial psicótico con certeza. Cualquier posible consumidor de una sustancia química psicodélica debe tener muy en cuenta este riesgo: existe una ligera posibilidad, al menos temporalmente, de volverse loco. El riesgo es bastante mayor que viajar en un avión comercial, aunque es mucho menos peligroso que viajar por carretera. Cualquier hogar contiene objetos que suponen un peligro potencial: electricidad, cerillas, gas, cuchillos de cocina, productos de limpieza, amoniaco, aerosoles, alcohol, bañeras resbaladizas, alfombras corredizas, armas, máquinas cortacésped, hachas, vitrinas y piscinas. No existe ninguna ley contra la venta y posesión de tales objetos ni tampoco está prohibido cultivar *Amanita pantherina* (el hongo más engañoso y más venenoso), belladona, codeso, dondiego de día, palo de rosa, y muchas otras plantas psicodélicas o venenosas[4].

Uno de los dogmas más apreciables (de la teología judeo-cristiana) es que ninguna sustancia ni criatura es mala en sí. El mal emerge de su abuso: matar a alguien con un cuchillo, producir un incendio con cerillas o atropellar un peatón bajo efectos del alcohol. (Pero hay que resaltar que un conductor en estado depresivo, ansioso o colérico es igualmente peligroso, ya que su

atención no está en la carretera). Me parece que debería ser un principio totalmente legítimo el que las personas tan solo deben ser procesadas por hechos concretos que claramente dañaran o intentaran dañar la vida, y la propiedad. Las leyes que proscriben la mera venta, adquisición o posesión de sustancias (aparte de ametralladoras y bombas) que puedan ser usadas de manera perjudicial, provoca los peores abusos del poder policial con fines políticos o para desprestigiar personajes poco populares. (¡Qué fácil es plantar marihuana en el negocio de un competidor!) Todas estas leyes suntuarias (que regulan morales particulares y crean delitos con victimas involuntarias) son intentos que hacen de la libertad personal una prueba infalible y sin riesgo y por esto privan al individuo de responsabilidad sobre su propia vida y de tomar riesgos calculados, para el logro de objetivos políticos, sociales, deportivos, científicos o religiosos para los cuales considera los peligros rentables.

Las personas aventureras y creativas siempre han estado dispuestas y han recibido apoyo para tomar los mayores riesgos en la exploración del mundo exterior y en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Muchos jóvenes sienten que ha llegado la hora de explorar los riesgos desconocidos que aquella empresa implica. A ellos también les deberíamos animar y apoyar con todo el cuidado y sabiduría a nuestra disposición. ¿Por qué podemos permitir el esfuerzo puramente atlético de escalar el Everest (usando oxígeno) y prohibir la aventura espiritual de ascender a Sumeru, a Zion o Analogue (usando sustancias psicodélicas)?

A primera vista el miedo general y oficial a las drogas psicodélicas se basa en la ignorante asociación con venenos adictivos como la heroína, las anfetaminas y los barbitúricos. Beber café o whisky también es «usar drogas» y ello se permite aun cuando los efectos sean dañinos y los resultados creativos sean nulos. Se teme a las drogas psicodélicas por la misma razón que las ortodoxias católica, protestante e islámica han desaprobado e incluso condenado la experiencia mística. Conducen a un desencanto y apatía hacia las recompensas socialmente reconocidas de estatus y éxito, hacen que te rías con pretensión y pomposidad, y peor, te llevan a no creer en el dogma de la Iglesia-y-el-Estado según el cual todos somos huérfanos adoptados por Dios o pequeños gérmenes afortunados en un universo mecánico y estúpido. Ningún gobierno autoritario, ya sea eclesiástico o secular puede tolerar el hecho que cada uno de nosotros es Dios disfrazado y que lo más interno y externo de nuestro ser y nuestro Ego no puede ser asesinado. Esta es la razón por la que eliminaron a Jesús.

Por eso la sola posibilidad de que se pueda vislumbrar este hecho a través de una pastilla o masticando una planta hace posible que millones de personas tengan acceso a la experiencia mística, lo cual es lo mismo que decir que va a ser difícil gobernar a las masas por medio de la «autoridad». En estos momentos en los Estados Unidos se está reconociendo que el auténtico peligro de las sustancias psicodélicas no es tanto neurológico sino político: o sea que a la gente flipada no le interesa servir los juegos de poder de los actuales gobernantes. Al mirar a los hombres de éxito, ellos ven vidas totalmente aburridas.

En el epilogo voy a aclarar que la experiencia psicodélica es tan solo un destello de la auténtica experiencia mística, pero este destello se puede madurar y profundizar a través de diferentes formas de meditación en las cuales las drogas ya no son necesarias ni útiles. Cuando recibas el mensaje cuelga el teléfono ya que las drogas psicodélicas son simples instrumentos, como el microscopio, el telescopio y el teléfono. El biólogo no está permanentemente con el ojo pegado al microscopio sino que investiga sobre lo que ha observado.

Además, hablando en sentido estricto, hay la misma percepción mística en una sustancia química que conocimiento biológico en el microscopio. En principio no existe diferencia entre agudizar la percepción mediante un instrumento interno como una de las tres drogas. Si estas drogas son una ofensa a la dignidad de la mente, el microscopio es una ofensa a la dignidad del ojo y el teléfono a la dignidad del oído. Hablando estrictamente la sabiduría que se puede obtener de estas drogas no es más que el conocimiento que obtenemos de un microscopio. Nos suministran los materiales básicos de la sabiduría y son útiles porque lo que ellas descubren al individuo puede integrarse en todo lo que afecta a su conducta y a su entero sistema de conocimiento. Entendidas como un escape, como un éxtasis aislado y disociado, pueden tener el mismo valor que una cura de reposo o una buena distracción. Pero esto es como utilizar una computadora gigante para jugar al parchís; las horas de intensa percepción solo sirven realmente si existe una continua reflexión o meditación sobre el tema que se sugiera.

Lo más parecido que conozco en la literatura al uso reflexivo de una de estas drogas es el «Juego de los abalorios» (*Magister Ludi*) de la novela homónima de Hermann Hesse. Hesse escribe sobre un futuro lejano en el cual una orden de eruditos místicos ha descubierto un lenguaje ideográfico que puede relacionar todas las ramas de la ciencia y el arte, la filosofía y la religión. El juego consiste en jugar con las relaciones que existen entre las

configuraciones de estas esferas del conocimiento, al igual que un músico juega con relaciones armónicas y contrapuntísticas. A partir de elementos como el diseño de una casa china, una sonata de Scarlatti, una fórmula topológica y un verso de los Upanishads, los jugadores dilucidarán un tema común y desarrollarán su aplicación en numerosas direcciones. No hay dos juegos que sean iguales ya que no solo difieren los elementos sino que no existe ninguna intención de formar un orden estático y uniforme del mundo. El lenguaje universal facilita la percepción de relaciones pero no las fija y se halla en una concepción «musical» del mundo en el cual el orden es tan dinámico y cambiante como los patrones de sonido en una fuga.

Del mismo modo, al utilizar el ácido lisérgico o la psilocibina, suelo empezar con algún tema como la polaridad, la transformación (como la del alimento en el organismo), la lucha por la supervivencia, la relación de lo abstracto con lo concreto, o del Logos con el Eros, y luego permito que mi elevada percepción dilucide el tema en términos de ciertas obras de arte o música, de algún objeto natural como un helecho, una flor o una concha marina, de un arquetipo religioso o mitológico (puede ser la misa), e incluso de las relaciones personales con quienes se encuentran conmigo en ese momento. O puedo concentrarme en uno de los sentidos y tratar, por así decirlo, de volverlo sobre sí mismo para ver el proceso de ver, y de ahí pasar a tratar de conocer el conocimiento, acercándome así al problema de mi propia identidad.

Estas reflexiones son la causa de intuiciones asombrosas, y al no ser difícil recordarlas después de los efectos de la droga (especialmente si se han grabado o escrito en el momento adecuado), se pueden usar los días y semanas siguientes para experimentarlas utilizando los medios normales del criticismo lógico, estético, filosófico o científico. Como es de esperar algunas de ellas son válidas y otras no. Lo mismo ocurre con las corazonadas repentinas del artista o del inventor; no siempre son tan ciertas o aplicables como parecían serlo en el momento de la inspiración. Las drogas parecen dar un enorme impulso a la intuición creativa y por eso poseen más valor para la invención creativa y la investigación que para la psicoterapia, entendida como la manera de «ajustar» la personalidad perturbada. Su mejor ámbito de utilización no es el hospital psiquiátrico, sino el estudio y el laboratorio, o el instituto de estudios avanzados.

Las páginas que siguen no pretenden ser un informe científico sobre los efectos de estas sustancias químicas, con los detalles habituales de dosis, tiempo y lugar, síntomas físicos y similares. Tales documentos existen por

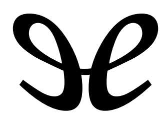
miles y, en vista del todavía rudimentario conocimiento de nuestro cerebro, me parece que tienen un valor bastante limitado. Es como tratar de entender un libro disolviéndolo en una solución y metiéndolo en una centrifugadora. Mi objetivo es dar algunas impresiones del nuevo mundo de la conciencia que nos revelan estas sustancias. No creo que este mundo sea ni una alucinación ni una revelación irrefutable de la verdad. Probablemente es la manera en que aparecen las cosas al ser eliminados ciertos procesos inhibitorios del cerebro y de los sentidos, aunque este es un mundo tan desconocido que se encuentra sujeto a falsas interpretaciones. Nuestras primeras impresiones pueden estar tan lejos de la verdad como las del viajero en un país extraño o como la del astrónomo que observa por primera vez las galaxias más lejanas.

He escrito este relato como si toda la experiencia hubiera acontecido durante un día y en un solo sitio, pero en realidad es un conjunto de varias ocasiones. Salvo en los casos en que describo visiones experimentadas con los ojos cerrados, y esto siempre se especifica, ninguna de estas experiencias es una alucinación. Son simplemente formas modificadas de ver, interpretar y reaccionar ante personas y acontecimientos del mundo de la «realidad pública» el cual, a efectos de esta descripción, es una casa de campo de la costa oeste americana con jardín, huerta, imágenes fantásticas pero, por mi propia experiencia, esto solo ocurre tos. Las drogas que cambian la conciencia se asocian popularmente a imágenes fantásticas pero, por mi propia experiencia esto solo ocurre si se cierran los ojos. Por otra parte es evidente que el mundo natural posee una riqueza de gracia, color, significación y, a veces, humor para el cual nuestros atributos normales son insuficientes. La rapidez de pensamiento y asociación aumentan tan sorprendentemente que es difícil para las palabras seguir el ritmo del flujo de las ideas que vienen a la mente. Algunos pasajes que el lector entienda como reflexiones filosóficas ordinarias son relatos de lo que parecen ser las verdades más tangibles. De la misma manera las imágenes que aparecen ante los ojos cerrados no son solo quimeras sino modelos y escenas tan intensas y autónomas que incluso parecen estar físicamente presentes. Sin embargo estas últimas han demostrado tener mucho menos interés que la impresión transformada que uno tiene del mundo natural y que el aumento en la rapidez de asociación de ideas. Precisamente por esto este libro trata principalmente de estas últimas.

Alan W. Watts

Cosmología gozosa

aventuras en la química de la conciencia

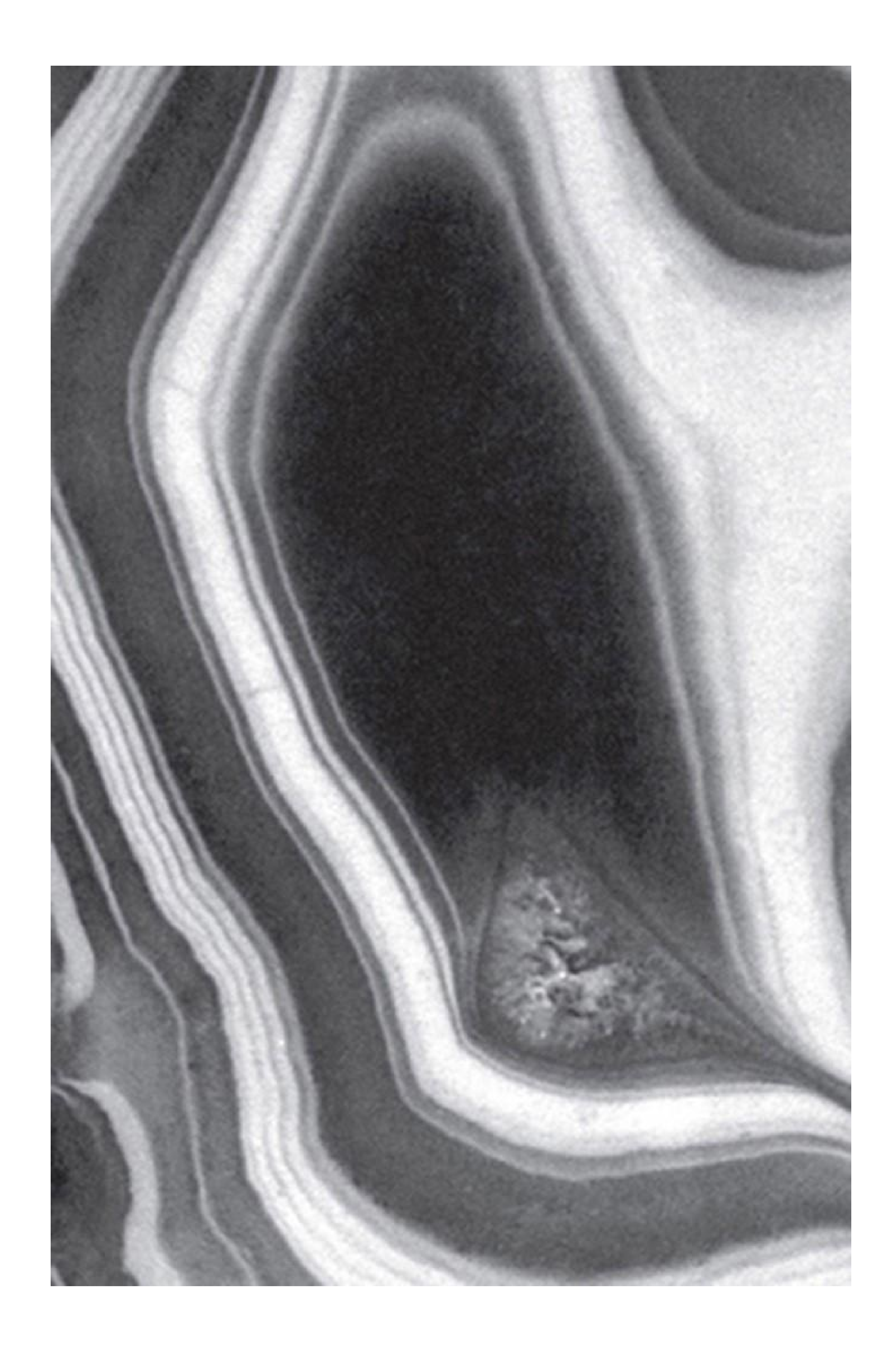


PARA EMPEZAR, este mundo tiene un concepto de tiempo diferente. Es el tiempo del ritmo biológico, no del reloj y todo lo que este implica. No hay prisa. Nuestro sentido del tiempo es claramente subjetivo y así vemos que depende de nuestra calidad de atención, interés o aburrimiento, y de la alineación de nuestro comportamiento en cuanto a la rutina, deseos y límites. El presente del que hablamos es auto-suficiente, pero no es un presente estático. Es presente que danza la revelación de algo que no tiene un destino concreto en el futuro sino simplemente ser en sí mismo. Se aleja y vuelve simultáneamente, y la semilla es tanto la finalidad como la misma flor. Por lo tanto hay tiempo para percibir cada detalle del movimiento con una riqueza infinitamente mayor de articulación (claridad). Normalmente no observamos las cosas tanto como las miramos. El ojo ve tipos y grados, flor, hoja, roca, pájaro, fuego, imágenes mentales más que cosas en sí mismas, rudos rasgos de color mate, siempre un poco polvorientos y sombríos.

Pero aquí la profundidad de color y textura en un capullo que se abre son para siempre. Hay tiempo para verlos, tiempo para todo este intríngulis (embrollo) de venas y capilares que se revela a la consciencia, tiempo para mirar hacia el fondo, al fondo de esta configuración del color verde, que no es verde en absoluto, sino todo un espectro que se genera en tono de verde púrpura, oro, turquesa iluminado por el sol del océano, la intensa luminosidad del esmeralda, no puede asegurar donde el tono acaba y el color empieza. El capullo se ha abierto y las tiernas hojas salen en forma de abanico y se reclinan hacia atrás con un gesto que es sin duda comunicativo pero no dice nada excepto ¡así es! Y de alguna manera es totalmente satisfactorio, incluso lleno de claridad.

Su significado es transparente, de la misma forma que el color y la textura son transparentes, con una luz que no parece venir de arriba y extenderse sobre las superficies, sino que está justo detrás de esta textura y color. Que es donde está, ya que la luz está en inseparable triada con el sol, objeto y ojo y la química de la hoja es su color, su luz.

Imagen 1: *Superficie de ágata pulida* (Wolf Strache)



Pero al mismo tiempo color y luz son el don del ojo para la hoja y el sol. La transparencia es la propiedad del globo ocular, proyectado hacia el exterior como espacio luminoso, interpretando toda la energía en términos de fibras gelatinosas de la cabeza. Empiezo a sentir que el mundo está al mismo tiempo fuera y dentro de mi cabeza, y que ambos, fuera y dentro, empiezan a incluirse o «sobrepasarse» uno al otro, como una serie infinita de círculos concéntricos. Normalmente me doy cuenta de que todo cuanto perciben mis sentidos es también mi cuerpo —que luz, color, forma, sonido y textura son términos y propiedades del cerebro para tratar con el mundo exterior. No estoy mirando al mundo, no lo estoy confrontando, lo voy conociendo por un proceso continuo de transformación en mí mismo; así pues, todo lo que está a mi alrededor, el universo entero, no lo siento lejos de mí sino en mí mismo.

Esto parece el principio confuso. No estoy muy seguro de la dirección de los sonidos. El espacio visual parece retumbar con ellos como si fuera un tambor. Las colinas circundantes resuenan con el sonido de un camión, y el retumbar y la forma-color de las colinas son uno y el mismo gesto. Uso esta palabra deliberadamente y la usaré otra vez. Las colinas se mueven dentro de su quietud. Nos dan a entender algo porque se transforman en mi cerebro y mi cerebro es un órgano de significado.

Los bosques de secoyas, en ellas, parecen fuego verde, y el oro cobrizo de la hierba secada al se ondula fuertemente hacia el cielo. El tiempo es tan lento que puede parecer eterno, y el sabor de eternidad se mezcla con las colinas —montañas iluminadas que me parece recordar de un pasado inconmensurablemente lejano, a la vez tan desconocido como exótico y sin embargo tan familiar como mi propia mano.

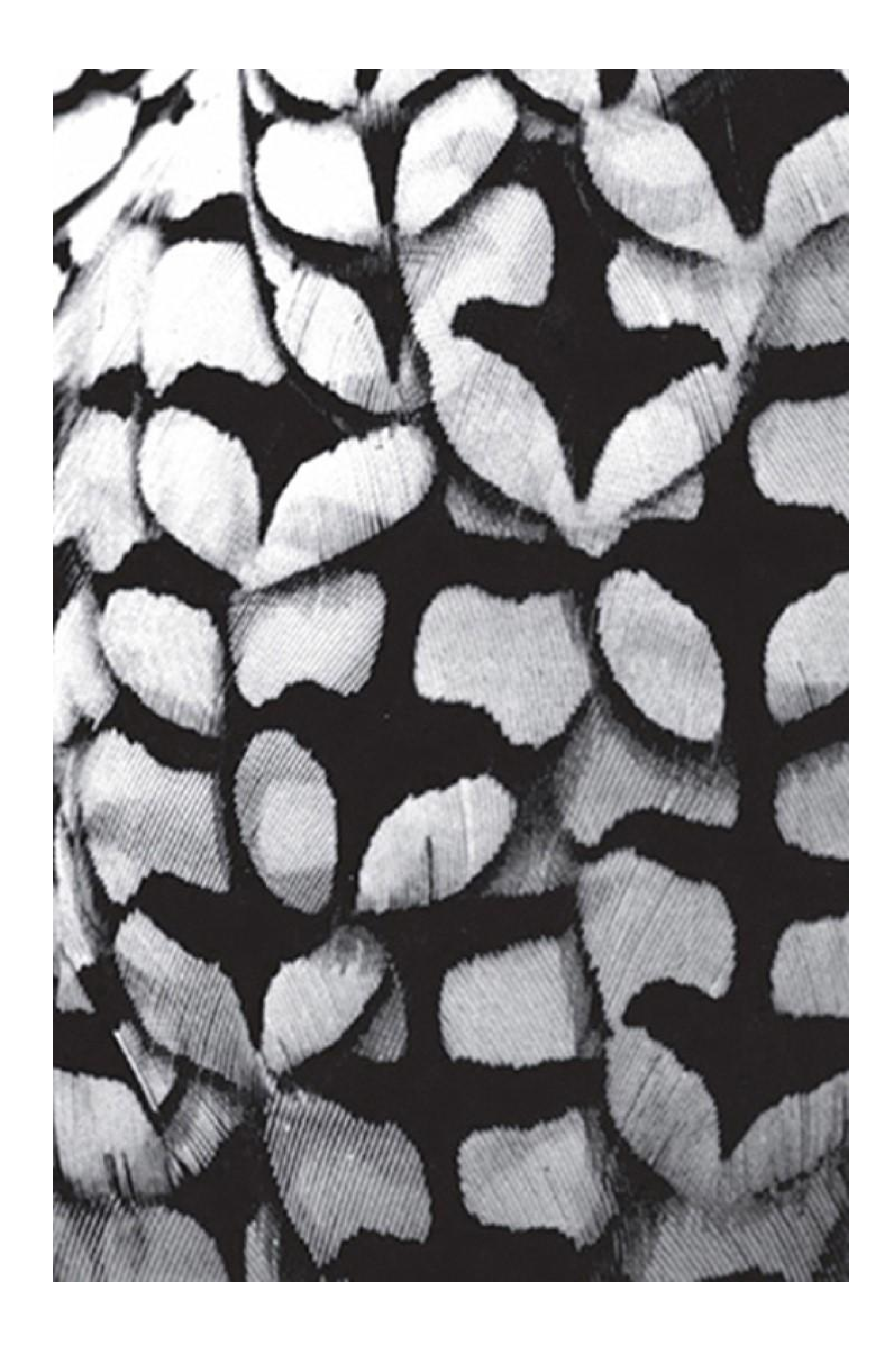
Así transformado en algo consciente, en luminosidad eléctrica interior del sistema nervioso, el mundo parece vagamente insustancial —revelado sobre una película de color, resonando sobre la piel de un tambor, presionando, no con peso, sino con vibraciones interpretadas como peso. La consistencia es un invento neurológico, y me pregunto: ¿puede el sistema nervioso ser consistente a sí mismo? ¿Dónde está nuestro principio? ¿Es el orden del cerebro el que crea el orden en el mundo, o el orden del mundo crea el orden del cerebro? Las dos parecen como el huevo y la gallina, o como delante y detrás.

El mundo físico está en el nivel cuántico, hecho de vibraciones, bien, pero ¿vibraciones de qué? Para el ojo, forma y color; para la oreja, sonido; para la nariz, olor; para los dedos, tacto. Así todo son distintos lenguajes para una misma cosa, diferentes cualidades de sensibilidad, diferentes dimensiones de

consciencia. La pregunta ¿de qué son formas diferentes? parece no tener sentido. Lo que es luz para tu ojo, es sonido para la oreja. Veo los sentimientos ya siendo expresiones, formas, dimensiones no de una cosa común a todos, sino de cada uno, cerrados en un círculo de reciprocidad. Si miramos atentamente, la forma puede ser color, que a su vez se traduce en vibración, sonido, olor, gusto, tacto, y luego otra vez forma. (Se puede ver, por ejemplo, que la forma de una hoja es su color. La hoja no tiene una línea de separación: La separación, es el límite donde una superficie de color se transforma en otra). Veo todas estas dimensiones sensoriales como una danza circular, gesticulaciones de una parte, transformadas en gesticulaciones de otra. Y estas gesticulaciones fluyen a través del espacio que aún tiene otras dimensiones, que quiero describir como tonos emocionales de color, de luz y sonido que pueden ser alegres o espantosas, o de entusiasmo dorado, o deprimentes como el plomo. Estos también forman un círculo de reciprocidad, una especie de círculo tan polarizado que solo podemos describir cada uno en términos de los demás.

A veces la imagen del mundo físico no es tanto una danza de gestos, sino una textura tejida. Luz, sonido, tacto, gusto y olor se traducen en un continuo armazón con la sensación de que toda dimensión sensorial es un único campo. Cruzar dicho armazón es como un tejido que representa la dimensión del significado —valores morales y ascéticos, singularidades personales e individuales, significado lógico, y forma expresiva— y las dos dimensiones interpretan esto así para hacer que las distintas formas parezcan olas en un mar de sensaciones. El armazón y el tejido navegan juntos ya que tejer no es ni liso ni estático sino que es una configuración de impulsos que cruzan y fluyen en diferentes direcciones, llevando todo el volumen del espacio. Siento como si el mundo estuviese sobre algo dentro de no sé qué, al igual que una fotografía de color está sobre una película, determinando y conectando las manchas de color, siendo la película una densa lluvia de energía. Veo lo que hay en mi mente «esta habitación encantada» como Shemington la llamó. Mente y mundo, armazón sensorial y tejido del sentido parecen interpretarse inseparablemente. Tienen sus fronteras o límites en común, de tal manera, que para definir uno y otro es imposible hacerlo sin los dos.

Imagen 2: *Plumaje de un francolín* (Wolf Strache)



ESCUCHO LA MÚSICA DE UN ÓRGANO. Al igual que las hojas parecen moverse, el órgano parece que esté hablando. No utiliza el registro «voz humana», pero cada sonido parece salir de una gran garganta humana, humedecida por la saliva. Cuando, con los pedales de la base, el intérprete desciende lentamente por la escala, los sonidos parecen surgir en inmensos y almibarados borbotones. Si escucho la música con más atención, los borbotones adquieren textura, expandiendo círculos de vibración, fin y dentados como peines, sin la liquidez de la garganta real sino mecánicamente discontinua. El sonido se desintegra en incontables *drrits* de vibración para cada uno. Sigues escuchando, las distancias se unen, o quizás cada uno de los *drrits* es a su vez una especie de borbotón. Lo líquido y lo duro, lo continuo y lo discontinuo, lo viscoso y lo pegajoso, parecen ser transformaciones de cada uno, o diferentes grados de amplificación de una misma cosa.

Este tema se repite de mil y una formas —la inseparable polaridad de los opuestos, o la mutualidad y reciprocidad de toda la posible capacidad mental. Teóricamente, es fácil ver que toda percepción es de contrastes— figura y fondo, luz y sombra, claro y difuso, firme y débil. Pero nuestra atención normal parece tener dificultad en tomar ambos a la vez. Tanto sensitivamente como conceptualmente nos movemos de uno a otro; parece que no seamos capaces de ver la figura sin una relativa desatención al fondo.

Pero en este nuevo mundo la reciprocidad de las cosas es muy clara a cualquier nivel. Por ejemplo la faz humana se vuelve clara en todos sus aspectos: toda la forma está en íntima relación con cada cabello y cada arruga. Todas las edades del hombre se aprecian con una sola mirada, ya que las características que sugieren vejez también, por implicación, sugieren juventud. La estructura ósea del esqueleto evoca al instante a un niño recién nacido. La asociación de ideas en el cerebro parece dispararse simultáneamente en lugar de que cada una tome su tiempo; el resultado puede ser una visión de la vida del todo terrorífica por su ambigüedad, o bellísima por su integridad.

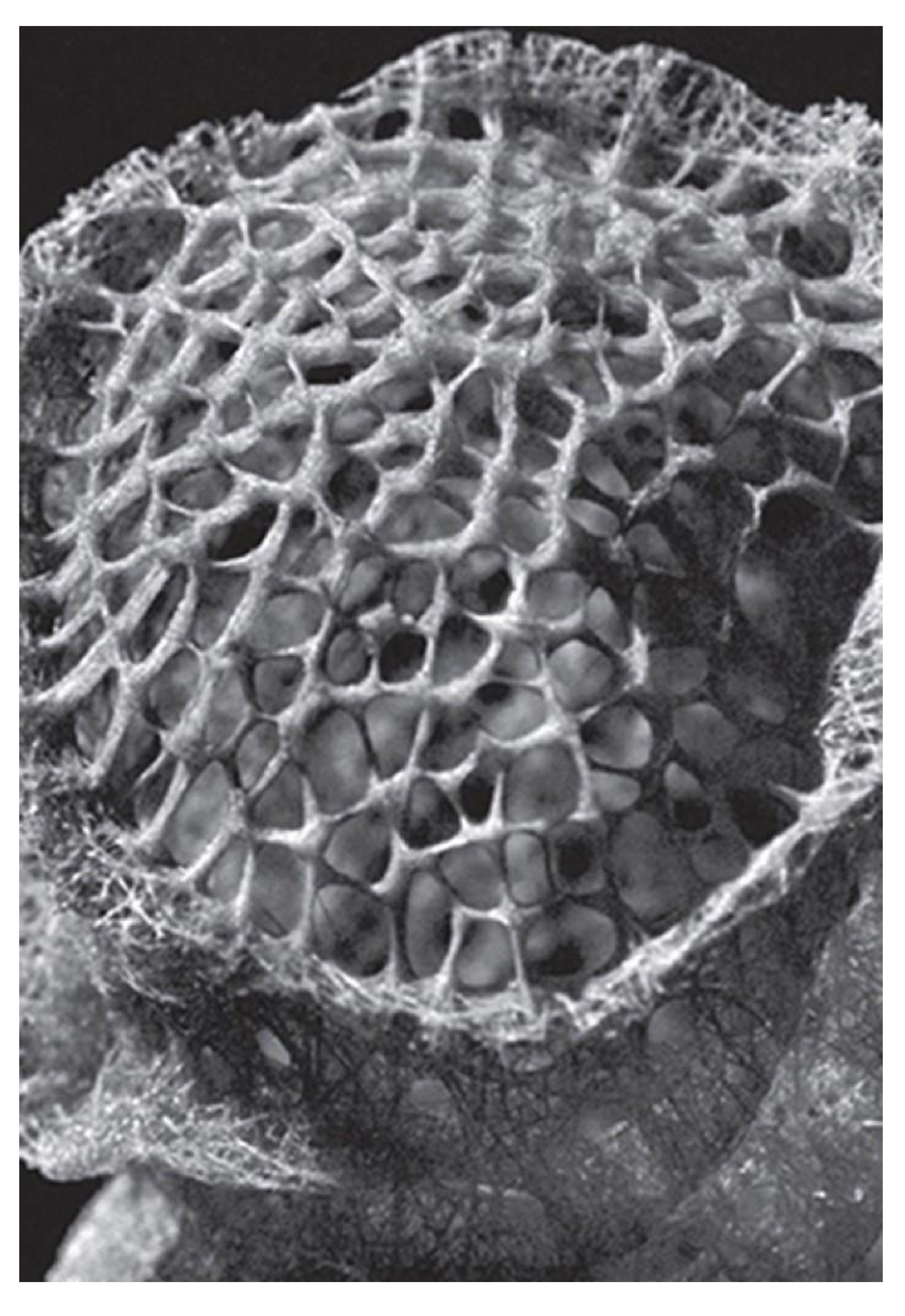
Cualquier decisión puede paralizarme completamente por el repentino descubrimiento de que no hay manera de obtener el bien sin el mal, o que es

imposible hacer algo con seguridad sin haber antes escogido, de su propia inexperiencia, hacerlo. Si cordura implica locura y fe, duda, ¿soy básicamente un psicótico que finge estar cuerdo, un idiota y aterrado charlatán que se las arregla, temporalmente, para simular un estado de serenidad? Empiezo a ver mi vida como una obra maestra de la duplicidad —el confuso, débil, hambriento, y terriblemente sensible embrión que ya en lo más profundo de mí ha aprendido a obedecer, a calmarse, a amedrentar, a lisonjear, a intimidar, a simular, a engañar… mi forma de ser para convertirme en una persona competente y segura. ¿Qué sabemos nosotros de cuándo este cambio sucede?

Imagen 3: *Dorso de un escarabajo goliat* (Wolf Strache)



Imagen 4: *Esponja de vidrio* (Wolf Strache)



ESTOY ESCUCHANDO A UN SACERDOTE que canta la Misa y a un coro de monjas que va respondiendo. La voz madura y cultivada del sacerdote encaja en la serena autoridad de la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica, cuya Fe entregada de una vez por todas a los santos, y las monjas responden, diría cándidamente, con una devoción infantil, totalmente inocente. Pero si vuelvo a escuchar, puedo escuchar al sacerdote impostando su voz, oír su hinchado y pomposo discurso, los tonos estudiadamente fervorosos de un maestro del engaño que tiene a las pobres monjitas arrodilladas en sus reclinatorios, totalmente atemorizadas. Escucho con más atención todavía. Las monjas no están acobardadas en absoluto. Se hacen las remolonas. Con sólo un poco de rigidez, el gentil movimiento de postración se convierte en el gesto de la garra que se cierra. Con muy pocos hombres, las monjas saben lo que les conviene: doblegarse y sobrevivir.

Pero esta manera tan cínica de ver las cosas es solo un estadio intermedio. Empiezo a felicitar al sacerdote por su maestría en juegos, por su animado coraje al ser capaz de representar tal función cuando sabe que no sabe absolutamente nada. Quizás no hay otro saber que la mera ejecución de una función. Si en el corazón de uno, no hay un yo real al que se deba ser fiel, la sinceridad es simplemente descaro, reside en el desparpajo de la simulación.

Pero la simulación sólo lo es cuando asumimos que el ritual no es veraz para el oficiante. Estamos ante un actor. En la voz del sacerdote oigo en su raíz el primordial aullido de la bestia en la jungla, pero ha sido modelada, complicada, refinada, y estructurada por siglos de cultura. Cada giro nuevo, cada sutileza añadida, es una nueva maniobra en el juego de hacer el aullido original más efectivo. Al principio crudo y claro, el grito para la comida o para apearse, o tan solo un ruido para divertirse, provocando el eco en las montañas. Luego el ritmo para hechizar, luego cambia el tono para suplicar o intimidar. Luego palabras para especificar la necesidad, prometer y negociar. Y luego, mucho más tarde, las maniobras indirectas. La estratagema femenina de doblegarse para conquistar, la pretensión de un valor superior al renunciar al mundo por el espíritu, la astucia de la debilidad demostrando ser más fuerte que la fuerza del músculo, y los mansos heredando la tierra.

A medida que voy escuchando, puedo oír en esta única voz la presencia simultánea de todos los pasos de la historia del hombre, como todos los estadios de la vida anterior al hombre. Cada paso del juego se hace tan claro como los círculos de un árbol cortado. Es una jerarquía ascendente de maniobras, de estratagemas que coronan estratagemas, todo ello simbolizado en las superposiciones de sofisticación detrás de las cuales el aullido original aún está sonando. A veces el aullido va desde la llamada al acoplamiento del animal adulto, al indefenso lloro de un niño; y siento toda la música del hombre —su grandiosidad y circunstancia, su alegría, su temor, su segura solemnidad— con la complicación y encubrimiento de un niño sollozando por su madre. Y cuando quiero llorar con piedad, sé que lo siento por mí mismo. Yo como adulto también estoy allí detrás solo en la oscuridad, como el aullido primordial que subyace aún bajo las sublimes modulaciones del canto.

¡Pobre niño! Y, sin embargo, ¡vaya pequeño egoísta! Cuando intento encontrar al agente detrás de cada acción, la fuerza motivante al final de todo, me parece ver una ambivalencia sin final. Detrás de la máscara del amor encuentro mi egoísmo innato. En qué aprieto me encuentro si alguien me pregunta: «¿Me quieres *de verdad*?». No puedo decir que sí sin decir que no, pues la única respuesta que realmente me satisface es: «¡Sí, te quiero tanto que podría comerte! Mi amor por ti es idéntico a mi amor por mí mismo. Te amo con el más puro egoísmo». Nadie quiere ser amado por un sentido del deber.

Así pues te seré franco. «Sí, soy puro deseo egoísta y te amo porque me haces sentir maravilloso, al menos por ahora». Pero luego empiezo a preguntarme si no hay algo un poco de astucia tras esta franqueza. Está muy bien por mi parte ser tan sincero, demostrarle que no pretendo ser más de lo que soy, al revés de otros que dicen amarla por sí misma. Veo que siempre hay algo de poca sinceridad cuando intenta ser sincero, como si pudiera decir abiertamente: «Lo que estoy diciendo ahora es una mentira». Parece ser que hay algo falso en cada intento de definirme a mí mismo, de ser totalmente honesto. El problema es que no puedo ver el revés y mucho menos el interior de mi cabeza. No puedo ser honesto porque no sé exactamente lo que soy. La verdad de uno mismo aparece desde un centro que no se puede ver, y esta es la raíz de la cuestión.

La vida parece desenvolverse en un pequeño germen de sensibilidad. Lo llamo el *Eenie-Weenie* —un retorcido y pequeño núcleo que intenta hacer el amor consigo mismo y nunca puede llegar a ello. Toda la fabulosa complejidad de la vida animal y vegetal, así como de la civilización humana,

es precisamente una colosal elaboración del *Eenie-Weenie* intentando llevar a cabo el *Eenie-Weenie*. Estoy enamorado de mí mismo pero no puedo buscarme sin al mismo tiempo esconderme de mí mismo. Cuando quiero atrapar mi cola, ella se aleja de mí. ¿Se divide la ameba en dos en un intento de resolver este problema?.

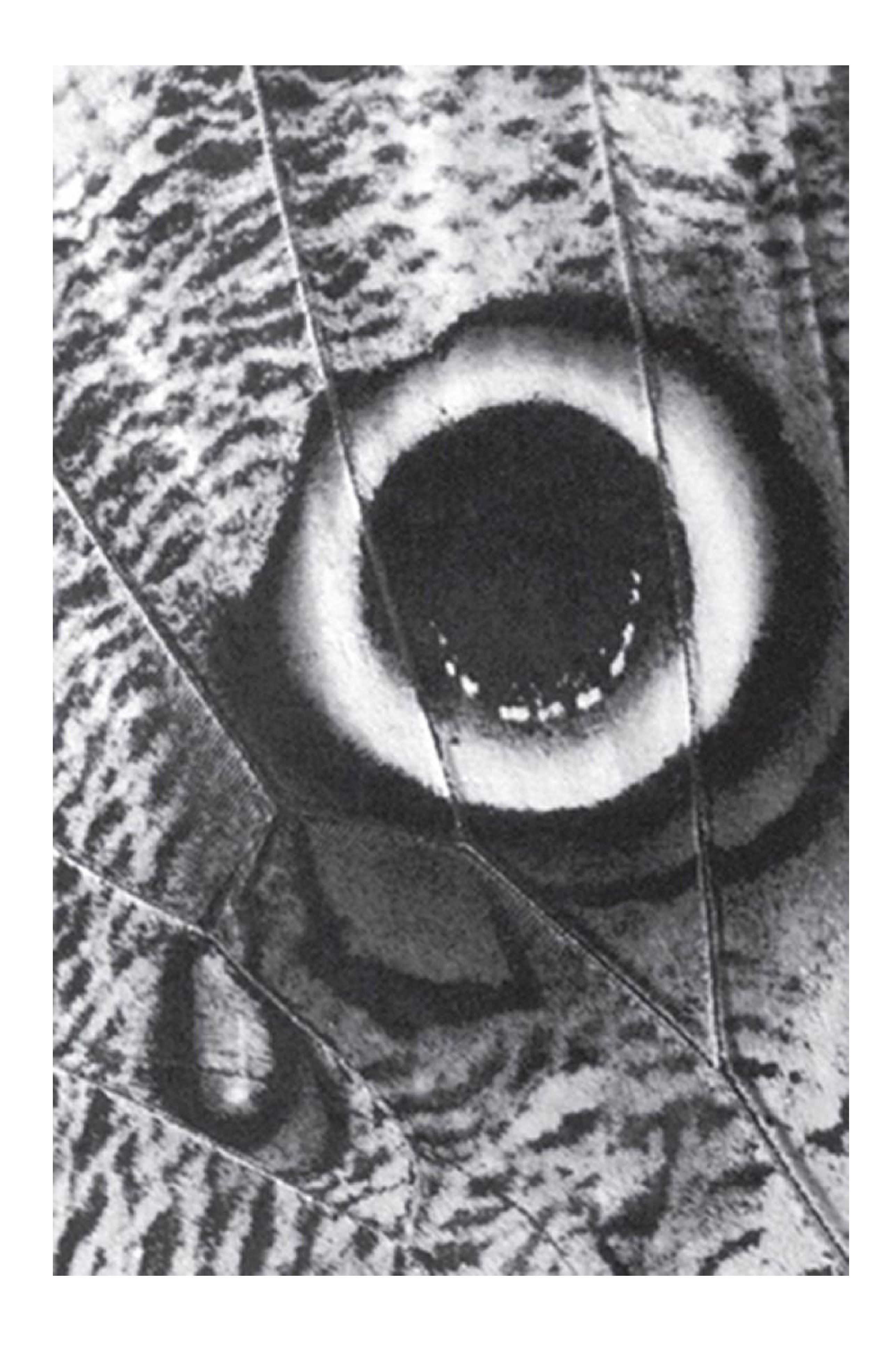
Trato de ir más al fondo, sumergiéndome en el pensamiento y en el sentimiento hasta sus más remotos orígenes. ¿Qué quiero decir con amarme a mí mismo? ¿Cómo me conozco?. Siempre parece que va relacionado con algo extraño, con otra cosa. El paisaje que estoy observando es también un estado mío de las neuronas de mi cabeza. Siento la piedra en mis manos por medio de mis dedos. Y nada es tan extraño como mi propio cuerpo —la sensación del pulso en el ojo visto a través de una lupa en el espejo, la conmoción al darse cuenta de que uno es algo en el mundo exterior—. En la raíz no hay manera de separar el uno mismo y los demás, el amor a sí mismo es el amor a los demás. Todo conocimiento del yo es conocimiento del otro, y todo conocimiento del otro es conocimiento del yo. Empiezo a ver que el yo y el otro, lo familiar y lo extraño, lo interno y lo externo, lo predecible y lo impredecible se implican mutuamente. Uno busca y el otro se esconde, y cada vez me doy más cuenta de que uno implica el otro, pero siento más que son uno con los demás. Curiosamente me vuelvo e intimido con todo lo que me parecía alieno. Empiezo a reconocerme a mí mismo en todo lo extraño, tenebroso, terrorífico, comprensible y remoto. Sin embargo, se trata de un «yo» que me parece estar recordando desde hace mucho, mucho tiempo —no es mi ego empírico de ayer, ni mi engañosa personalidad.

Imagen 5: *Concha de arpa* (Wolf Strache)



El «yo mismo» que empiezo a reconocer y que había olvidado, pero que ahora conozco mejor que cualquier otra cosa, va más allá de mi infancia de cuando los adultos me confundían e intentaban decirme que yo era otro; y solo porque ellos eran más grandes y más fuertes, podían atemorizarme con sus miedos imaginarios y me azoraban y desconcertaban en un complicado juego que yo aún no había aprendido. (El sadismo del maestro explicando el juego y no haber demostrado haberlo superado). Mucho antes de todo esto, antes de que fuera un embrión en el vientre de mi madre, aparece este tan familiar extraño, lo que no soy, que reconozco con una alegría muchísimo más intensa que un encuentro de amantes separados durante largos siglos, que es mi yo original. El buen y viejo hijo de puta que me metió en este juego.

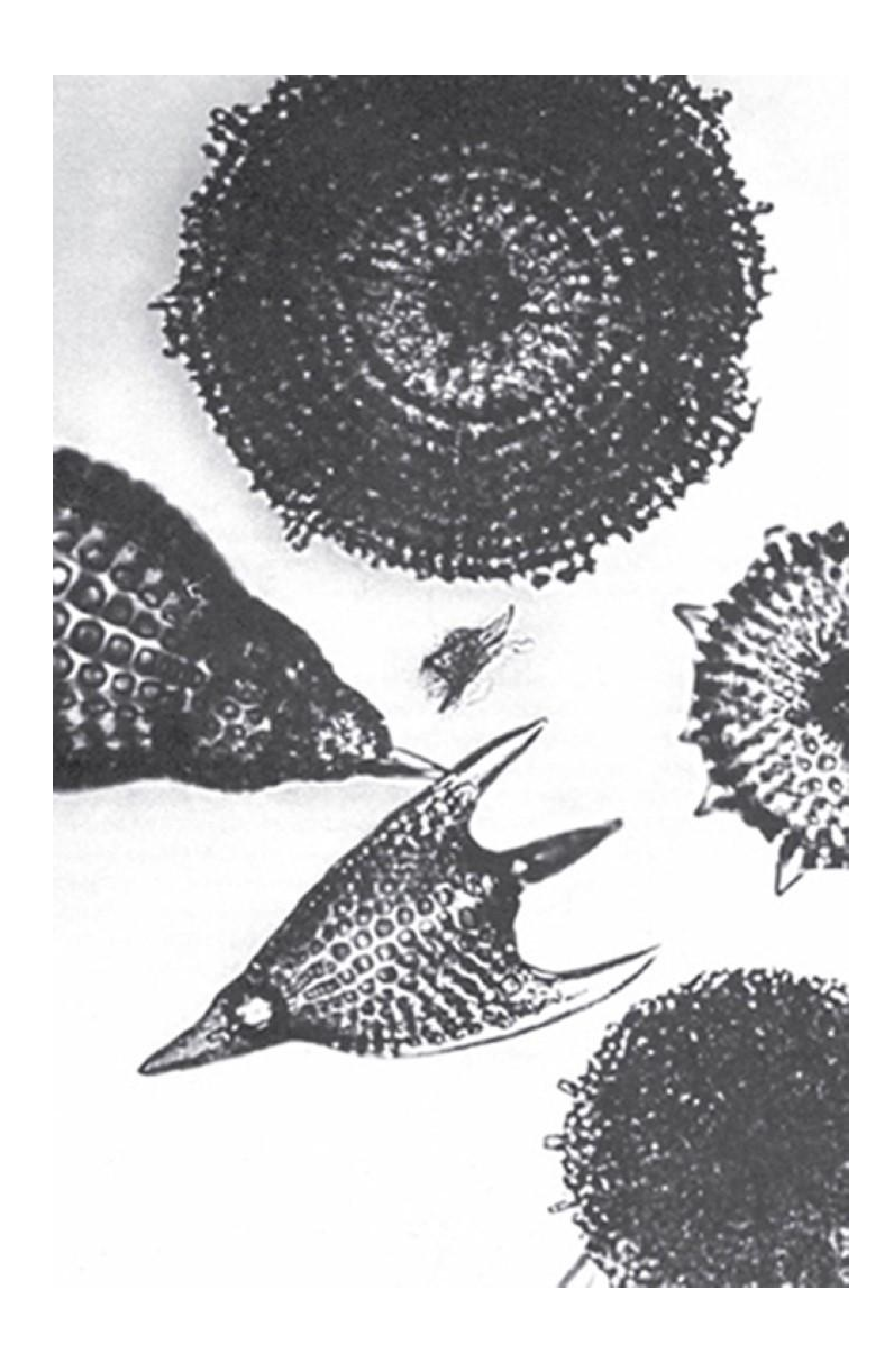
Imagen 6: *Mariposa pavo real brasileña* (Wolf Strache)



Al mismo tiempo, todos y todo lo que me rodea da la sensación de haber estado allí siempre y luego olvidado, y luego recordado de nuevo. Estamos sentados en un jardín rodeados en todas direcciones por colinas no cultivadas, un jardín de fucsias y pájaros cantores en un valle que conduce al océano más occidental, en el que las gaviotas se refugian cuando hay tormenta. En algún momento de mediados del siglo veinte, en una tarde de verano, estamos sentados alrededor de una mesa en un balcón, comiendo pan moreno hecho en casa y bebiendo vino blanco. Y nos parece haber estado allí desde siempre, ya que la gente que está conmigo ya no son estas pequeñas personalidades aburridas y atormentadas, con nombres y direcciones y números de la seguridad social, estos mortales específicamente fechados que todos pretendíamos ser. Ellos representan a arquetipos inmortales de sí mismos, sin perder por ello su humanidad. Es solo que sus diferentes caracteres parecen, al igual que la voz del sacerdote contener toda la historia, son a la vez únicos y eternos, hombres y mujeres, pero también dioses y diosas. Y ahora que tenemos tiempo de mirar a cada uno, el tiempo se nos hace inexistente. La forma humana se hace inmensurablemente preciosa y, como si quisiera simbolizar esto, los ojos se vuelven inteligentes, brillantes, el cabello desprende oro, y la carne es de marfil traslúcido. Entre estos que entran juntos en este mundo también hay un amor que es claramente eucarístico, una aceptación de la naturaleza del otro desde lo alto hasta lo profundo.

Ella, la que plantó el jardín en un Circe benevolente —bruja, hija de la luna, familiarizada con gatos y serpientes, herbolaria y curandera— con el rostro más joven viejo que jamás se ha visto, exquisitamente arrugado, con el pelo negro plateado de rizos como llamas. Robert representa a Pan, pero un Pan de toros en vez de cabras, con un cabello corto rizado empenachado en puntiagudos cuernos — un hombre todo músculo y cuerpo sudoroso, encarnación de la alegría exuberante—. Beryl, su esposa, es una ninfa que ha salido del bosque, una sirena de la tierra que tiene pelo ondulante y un cuerpo danzarín que parece estar desnudo incluso cuando está vestido. Es su pan el que estamos comiendo, y sabe igual que el Pan original del cual el propio pan de la madre era una vulgar imitación. Y luego está María, amada en el cotidiano y polvoriento mundo, pero en este mundo es una encarnación de la luz y el oro, hija del sol, con ojos creados por el cielo del crepúsculo —una criatura de todas las edades, recién nacida niña, doncella, matrona, vieja y muerta, evocando el amor de todas las edades.

Imagen 7: *Esqueletos de Radiolaria* (Wolf Strache)



Intento encontrar palabras que sugieran las cualidades misteriosas y mitológicas de estos personajes. Y me son familiares como si los hubiera conocido desde hace siglos, o más bien, como si los fuera reconociendo como antiguos amigos perdidos que conocí en el principio del tiempo, en un país engendrado antes que todos los mundos. Esto, por supuesto, va ligado al reconocimiento de mi más vieja identidad, mucho más vieja que el ciego revolotear de Eenie-Weenie, como si la más alta forma que el conocimiento pudiera tener, hubiese estado de alguna manera presente en el principio de las cosas.

El hecho de que nos miramos como si nos conociéramos, por el sentimiento de que nos hemos conocido en un pasado remoto y que esconde algo más, algo tácito, temeroso casi no mencionable —el darse cuenta de que siempre hemos sido uno, en este profundo centro del tiempo perpendicular al tiempo ordinario en que estamos. Tenemos conocimiento de esta maravillosa conspiración escondida, la máxima ilusión, donde parecemos ser diferentes.

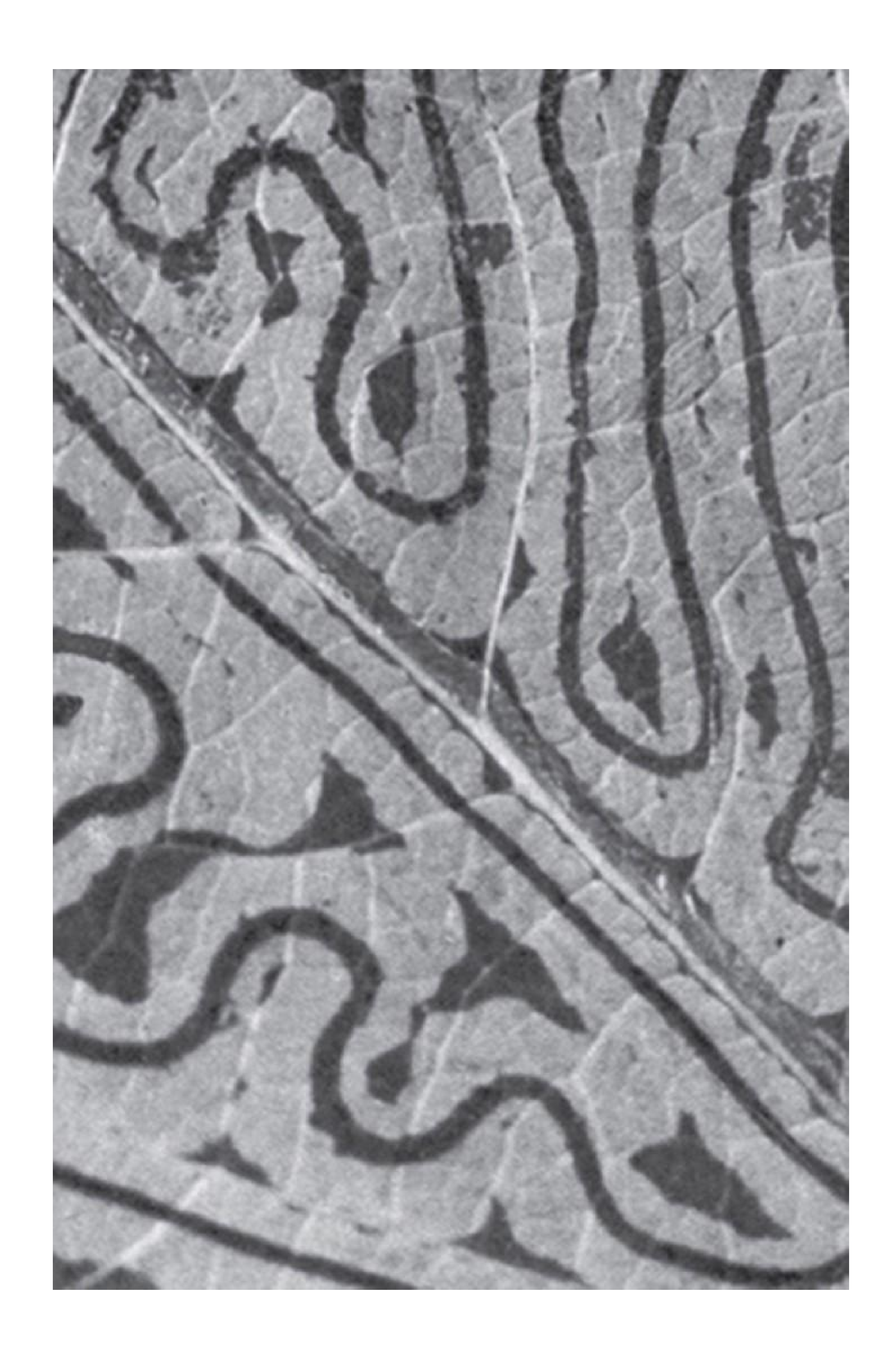
Es el impacto del reconocimiento, en la forma de todo lo más ajeno, extraño y remoto —las siempre alejadas galaxias, el misterio de la muerte, los temores de plagas y locuras, el sentimiento exterior, el mundo terrorífico de los monstruos marinos y arañas, el peligroso laberinto de nuestro propio interior— en todas estas formas me he asustado y gritado «¡Ah!». Me asusto a mí mismo perdiendo los estribos, y, así no puedo recordar nada de lo que me pasó.

Normalmente estoy perdido en un laberinto. No sé cómo he llegado aquí, ya que he perdido el hilo y olvidado el sistema intrínsecamente confuso de pasajes a través de los cuales el juego del escondite era buscado con afán. (¿Era el camino que seguí al hacer crecer los circuitos de mi cerebro?). Pero ahora el principio del laberinto está claro. Es el artificio de algo que gira sobre sí mismo como para parecer otro y los giros han sido tantos y tan vertiginosamente complejos, que estoy totalmente perplejo. El principio es que todas las dualidades y los opuestos no son disyuntivos sino polares; ellos no se encuentran uno a otro desde lejos; se desdoblan desde un centro común. El pensamiento ordinario esconde la polaridad y la relatividad porque emplea condiciones, los términos o finales, los polos, dejando a un lado todo lo que yace entre ellos. La diferencia del delante y detrás, del ser y no ser, esconde su unidad y reciprocidad.

Ahora bien, la conciencia, la percepción de los sentidos, es siempre una sensación de contrastes. Es una especialización en diferencias en ver, y nada es definible, clasificable, o visible, si no es por contraste con otra cosa. Pero

el hombre no vive solo de la percepción, ya que el lineal, el paso a paso, el procedimiento de atención contraste es totalmente inadecuado para organizar nada tan complejo como un cuerpo viviente. El mismo cuerpo tiene una «omnisciencia» que es inconsciente o supraconsciente, ya que trata con relaciones en vez de contrastes, con armonías más que discordias. *Piensa* u organiza del mismo modo que una planta crece, no como un botánico describe su crecimiento. Esa es la razón de que Shiva tenga diez brazos, puesto que él representa la danza de la vida, la omnipotencia de ser capaz de hacer innumerables cosas a la vez.

Imagen 8: *Patrón de alimentación de una oruga* (Wolf Strache)



En el tipo de experiencia que estoy descubriendo parece que el método supraconsciente del pensamiento se hace consciente. Vemos el mundo como todo el cuerpo lo ve, y por esta razón existe una gran dificultad en tratar de traducir este modo de ver las cosas en un lenguaje que se basa en contrastes y clasificaciones. En la medida, pues, en que el hombre se ha convertido en un ser centrado en la conciencia, se ha centrado en el enfrentamiento, el conflicto y la discordia. Ignora, como luego se verá, la asombrosa perfección de su organismo como un todo, y esta es la razón, de que en la mayoría de gente, en la mayoría de las personas, hay una disparidad tan deplorable entre el orden inteligente y maravilloso de sus cuerpos y las preocupaciones triviales de su conciencia. Pero en este otro mundo la situación se invierte. Las personas comunes parecen dioses porque los valores del organismo están por encima de todo, y las preocupaciones de la conciencia caen en la posición subordinada que deberían ocupar. El amor, la unidad, la armonía y la relación tienen, pues, prioridad sobre la guerra y la división.

La conciencia pasa por alto el hecho de que todas las fronteras y divisiones se mantienen en común por sus lados y áreas opuestas, de modo que cuando una frontera cambia de forma, ambos lados se mueven juntos. Es como el símbolo *yin-yang* de los chinos: peces blancos y negros divididos por una curva en forma de «S» inscrita dentro de un círculo. La cabeza prominente de uno es la estrecha cola del otro. Pero qué difícil es ver que mi piel y sus movimientos pertenecen tanto a mí como al mundo exterior, o que las esferas de influencia de los diversos seres humanos tiene paredes comunes como las habitaciones de una casa, y así pues el movimiento de mi pared es también el movimiento de la tuya. Puedes hacer lo que quieras en tu habitación mientras yo pueda hacer lo que quiera en la mía. Pero la habitación de cada hombre es él en su mayor extensión, por lo tanto mi expansión es tu contracción y viceversa.

Imagen 9: *Formaciones coralinas* (Barbara Gould)



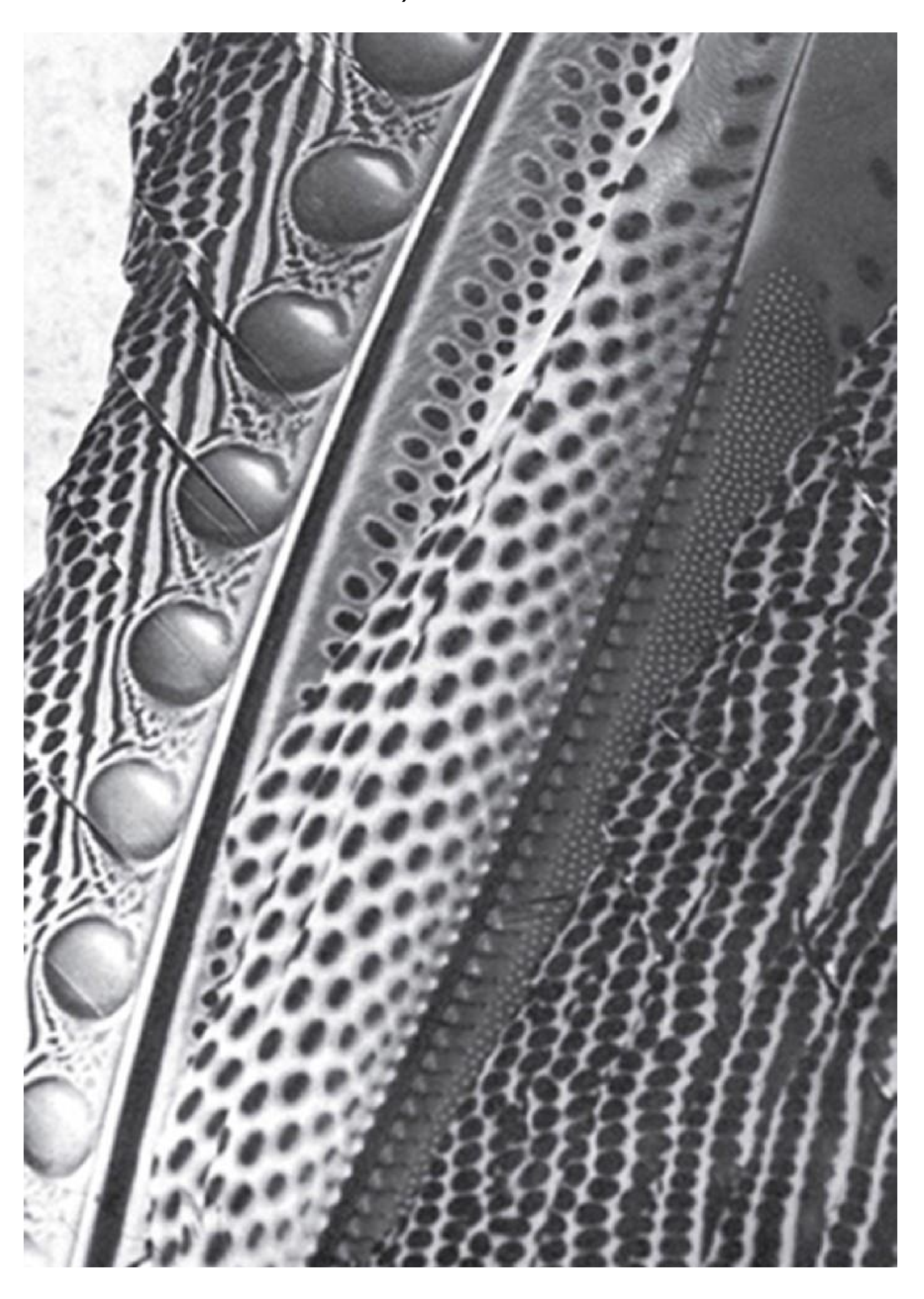
ESTOY OBSERVANDO LO QUE NORMALMENTE llamaría una confusión de arbustos: una maraña de plantas y malas hierbas con ramas y hojas que van en todas direcciones. Pero ahora que la mente organizadora y relacional está por encima veo que lo que confunde no son los arbustos sino mi torpe método de pensar. Cada ramita está en su lugar correspondiente, y el conjunto se convierte en un arabesco más delicadamente ordenado que los fabulosos garabatos en los márgenes de los manuscritos Celtas.

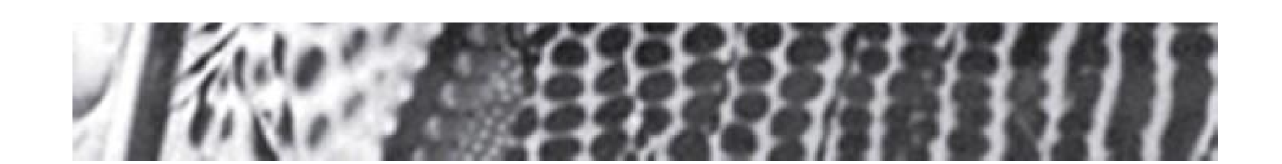
En este mismo estrado de consciencia he visto un bosque en otoño, con la silueta de multitud de ramas y ramitas casi desnudas contra el ciclo, y no era un lío, sino un trabajo de encajes y tracería hecho por un joyero encantado. Un tronco podrido con hileras de hongos y parches de musgo se convertía en algo tan precioso como cualquier obra de Cellini: una construcción interiormente luminosa de azabache, ámbar, jade y marfil, de la madera parecían haber sido talladas con infinita paciencia y habilidad. No sé si este modo de ver las cosas organiza el mundo de la misma manera que lo organiza el cuerpo, o si es tan solo que el mundo natural está organizado de esta manera.

Imagen 10: *Fructificación de la clemátide* (Wolf Strache)



Imagen 11: *Piñones de faisán argus* (Wolf Strache)





Un viaje a este nuevo modo de conciencia le da a uno una maravillosa y acrecentada apreciación de la forma en la Naturaleza, una fascinación más profunda que nunca por la estructura de los helechos, la formación de los cristales, los dibujos de las conchas marinas, la increíble joyería de criaturas unicelulares del océano, como la radiolaria, la forma imaginada por duendes y hadas, de las semillas y vainas, la estructura de los huesos y esqueletos, el aerodinamismo de las plumas, y la asombrosa profusión de formas de ojos en las alas de las mariposas y las aves. Toda esta delicadeza organizativa puede ser, desde un punto de vista, estrictamente funcional a efectos de reproducción y supervivencia. Pero a la hora de la verdad, la supervivencia de estas criaturas es lo mismo que su propia existencia, y ¿para qué sirve eso?

Una y otra vez parece que la ordenación de la naturaleza es un arte semejante a la música —fugas en las conchas y cartílagos, contrapuntos en fibras y capilares, vibraciones rítmicas en las ondas de sonido, luz y nervios. Y cada uno conectándose mutuamente— un enredo, un ganglio, un entrelazamiento electrónico de caminos, circuitos e impulsos que se dilatan y zumban a través de todo el tiempo y espacio. Toda la forma se remolinea en su complejidad como el humo a través de los rayos del sol o como las formas rizadas e iluminadas por la luz solar en aguas poco profundas. Y al transformarse infinitamente en sí misma, sólo el patrón permanece. Los puntos de unión, nudos, redes y volutas se desvanecen perpetuamente entre sí. La infundada estructura de esta visión es su propia base. Cuando la tierra se disuelve debajo de donde estoy, yo floto.

Las fantasías de ojos cerrados en este mundo parecen a veces ser revelaciones del funcionamiento secreto del cerebro, de los procesos de asociación y configuración, de los ordenados sistemas que desarrollan nuestra sensibilidad y *pensamiento*. Al contrario de lo que acabo de describir, son siempre variaciones mucho más complejas sobre un mismo tema —helechos germinando en espacios multidimensionales, grandes cúpulas caleidoscópicas de vidrios de colores o mosaicos, o formas parecidas a las moléculas— sistemas de esferas de colores, cada una de las cuales resulta ser una multitud de esferas más pequeñas, por siempre y para siempre. ¿*Es* quizás esto, una visión más interna del proceso de ordenación en el qué, cuando los ojos están abiertos, este mundo toma *sentido* incluso *en los* puntos donde parece ser extraordinariamente complicado?.

Más al atardecer, Robert nos lleva a su granero en el que ha estado limpiando la basura y la ha amontonado en un gran y maltrecho Buick descapotable, con todo el relleno saliendo de la tapicería. La visión de la

basura plantea dos de las grandes preguntas de la vida humana: «¿Dónde vamos a ponerla?» y «¿Quién va a *limpiarlo* todo?». Desde un punto de vista los seres vivos son simplemente tubos, que introducen cosas por un extremo y las expulsan por el otro, hasta que el tubo se desgasta. El problema es siempre dónde poner lo que ha sido echado, especialmente cuando el montón empieza a ser tan alto que los tubos están en peligro de ser expulsados de la tierra por su propio deshecho. Y las preguntas tiene un tono metafísico. «¿Dónde vamos a ponerlo?» podría preguntar cuáles son las cosas que quedan en última instancia— La Causa Primera, la Divinidad, las bases de la moralidad, el origen de la acción. «¿Quién va a limpiarlo?» pregunta por la responsabilidad última, o cómo resolver nuestros múltiples problemas de siempre, de otra forma que no sea pasando la pelota a la siguiente generación.

Contemplo el misterio de la basura en su manifestación más inmediata: el coche de Robert totalmente atestado, excepto el asiento del conductor, de puertas rotas, estufas oxidadas, marañas de alambre de gallinero, latas aplastadas, piezas de un viejo armario, cantidades enormes de plásticos, muñecas sin cabeza, bicicletas sin ruedas, cojines rotos vomitando espuma, botellas no retornables, maniquíes de modista rotos, marcos de fotos romboides, jaulas de pájaros destrozadas y desórdenes inconcebibles de cuerdas, cables eléctricos, cáscaras de naranja, cáscaras de huevo, pieles de patata y bombillas, todo ello adornado con un polvo químico de color blanco espantoso que llamamos «mierda de ángel». Mañana llevaremos todo esto dentro de un magnífico camión al vertedero local. ¿Y luego qué? ¿Puede algún tipo de fundición y quema imaginable deshacerse de estas montañas de residuos en constante aumento, especialmente cuando las cosas que hacemos y construimos empiezan a parecerse cada vez más a la basura incluso antes de ser tiradas? La única respuesta parece ser la del grupo que nos rodea. La gente que va en el coche de Robert está completamente histérica.

La Divina Comedia. Todo se disuelve cuando nos reímos. Y para Robert esta enorme montaña de cosas inútiles maravillosamente incongruentes es una verdadera creación, una obra maestra del sinsentido. Lo encaja y lo ata firmemente a la voluminosa y baja carrocería del supuestamente elegante descapotable, y luego se echa hacia atrás para admirarlo como si fuera una carroza para un carnaval. Tema: el *American way of Life*. Pero nuestra carcajada no tiene malicia, ya que en estado de consciencia todo está hecho por los dioses. La culminación de la civilización en enormes montones de chatarra no es vista como una fealdad no calculada, sino como su propia caricatura —como la creación de collages fenomenalmente absurdos y

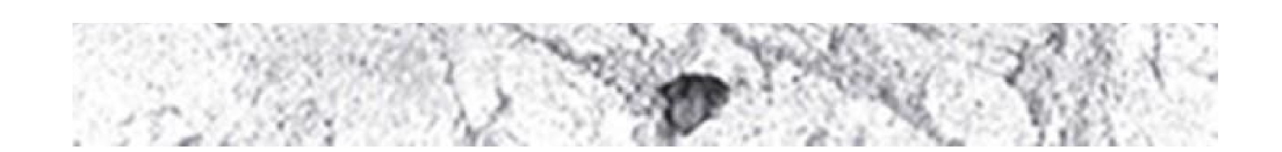
esculturas abstractas que de una forma deliberada pero sutil burlan nuestras pretensiones—. Porque en este mundo nada es malo, nada es siquiera estúpido. El sentido de lo incorrecto es simplemente no ver dónde encaja algo en un patrón, estar confundido en cuanto al nivel jerárquico al que pertenece un evento: una obra que parece bastante impropia en el nivel 28 puede ser exactamente correcta en el nivel 96. Estoy hablando de niveles y estadios en laberintos de giros y curvas, de maniobras y contramaniobras, en el que la vida se está envolviendo y desenvolviendo a sí misma —el ser cosmológico al igual que el «yin» y el «yang», los principios de la luz y oscuridad están siempre jugando, el juego que a primera vista parece en su desarrollo ser una verdadera batalla entre el bien y el mal. Si el cuadro puede ser definido como alguien que se toma el juego en serio, hay que admirarlo por la profundidad de su implicación, por el valor de estar tan lejos, que no sabe dónde ha empezado.

Imagen 12: *Cristales rotos* (Ken Knollenberg)



Imagen 13: *Superficie de una pared* (Barbara Gould)





Cuanto más prosaica, cuanto más terriblemente ordinaria parece cualquier cosa, más me maravilla la ingenuidad con la que la divinidad se esconde para buscarse a sí misma, hasta donde llega esta *joie de vivre* cósmica para elaborar su danza. Pienso en la gasolinera de la esquina, en una tarde calurosa. El polvo y los gases de escape, el tipo normal, todo fútbol y coches deportivos, las vallas publicitarias no muy llamativas, la monotonía tan tranquilizadora (y eso somos nosotros, tíos). Veo gente que pretende no ver que son avatares de Brahma, Vishnu y Shiva, que las células de sus cuerpos no son millones de dioses, que el polvo no es una neblina de joyas. Con qué solemnidad demostrarían que no me entienden, si fuera allí y dijera, «Bien, ¿a quién pensáis que estáis engañando? ¡Sal de ahí, Shiva, viejo tunante! Está muy bien esto, pero no me engañáis». Pero el ego consciente no sabe que es algo que ese órgano divino, el cuerpo, sólo está fingiendo ser**[5]**. Cuando la gente va a un gurú, todo lo que él hace es animarlos en su pretensión hasta que están desconcertados y se dejan ir. Él no dice nada, pero el brillo de sus ojos le habla al inconsciente: «Tú sabes… ¡Tú sabes!».

En este mundo de contrastes de conciencias ordinarias el hombre se siente a su gusto, por ser algo en la naturaleza, pero no algo perteneciente a ella. Le gusta o le disgusta. Lo acepta o lo resiste. La transforma o es transformado por ella. Pero en la base de la supraconsciencia esta división no existe. El organismo y el mundo a su alrededor son un único patrón de acción donde no hay ni sujeto ni objeto, realizador ni realizado. A este nivel no existe una cosa llamada dolor y otra llamada yo y que aborrece el dolor. El dolor y la «respuesta» al dolor son la misma cosa. Cuando uno se da cuenta de esto, se siente como si todo lo que sucede fuera su propia voluntad. Pero esto es una manera preliminar y torpe de sentir que lo que pasa fuera de mi cuerpo es un proceso con lo que pasa en su interior. Esta es aquella «identidad original» que nuestro lenguaje común y nuestras definiciones convencionales del hombre, han escondido completamente.

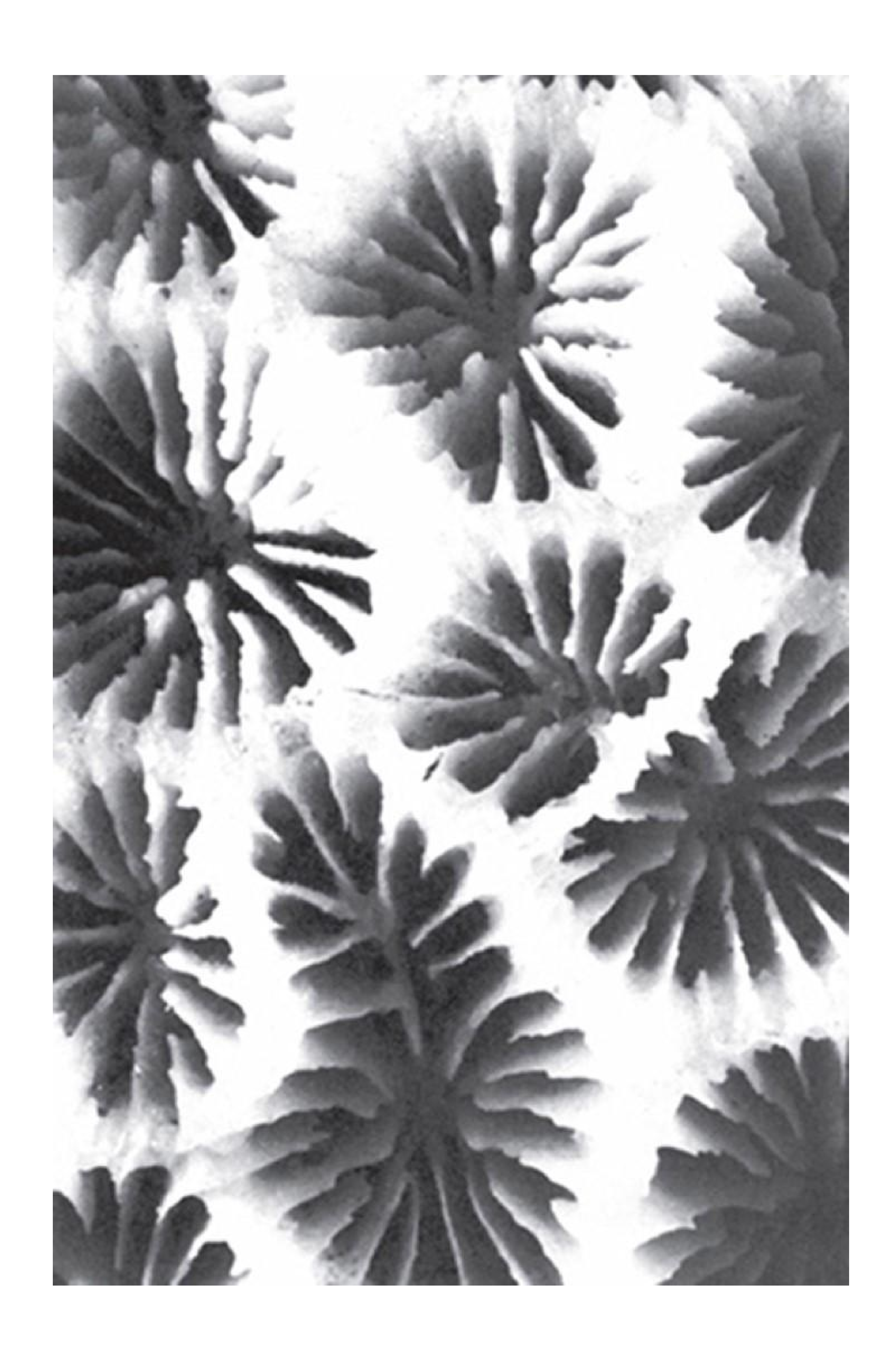
Actividad y pasividad son dos fases de un mismo acto. Una semilla que flota por la blanca luz del sol, fluye por el cielo, y suspira al ruido de un avión invisible por su altitud. La cojo por un pelo entre mi pulgar y mi índice, y me asombro al observar esta pequeña criatura que se menea y se convulsiona como si estuviese luchando por escaparse. El sentido común me dice que estos movimientos son provocados por el viento, no por la semilla. Pero luego advierto que es la «inteligencia» de la semilla el hecho de tener estas delicadas antenas de seda que, con el viento, se moverán. Al tener tales extensiones, se mueve con el viento. A la hora de la verdad, ¿hay alguna

diferencia básica entre armar una vela y tirar de un remo? En todo caso, lo primero es un uso más inteligente del esfuerzo que lo segundo.

Es esta vívida comprensión de la reciprocidad de la voluntad y el mundo, de lo activo y lo pasivo, del interior y el exterior, del yo y el no-yo lo que evoca el aspecto de estas experiencias que resulta más desconcertante desde el punto de vista de la conciencia ordinaria: la extraña y aparentemente impía convicción de que «yo» soy Dios. En la cultura occidental, esta sensación se considera síntoma de locura. Pero en la India es simplemente una cuestión de rutina que el centro más profundo del hombre, *atman*, es el centro más profundo del universo, Brahman. ¿Por qué no? Seguramente una visión continua del mundo es más completa, más santa y más sana, que una en la que hay un vacío bostezante entre la Causa y sus efectos.

Obviamente el «Yo» que es Dios, no es el ego, la conciencia de sí mismo que es simultáneamente una inconsciencia del hecho de que sus límites exteriores se mantienen en común con los límites interiores del resto del mundo. Pero en esta forma de consciencia más amplia y menos ignorante, me veo obligado a ver que todo lo que quiero tiene un límite común con todo lo que pretendo repudiar. Los límites de lo que quiero, la forma de todas las acciones que reclamo como mías, son idénticos y coinciden con los límites de todos los acontecimientos que me han enseñado a definir como ajenos y externos.

Imagen 14: *Esqueleto de coral estrella* (Wolf Strache)



El sentimiento del yo ya no está confinado en el interior de la piel. Por el contrario, mi ser parece crecer desde el resto del universo como un cabello desde la cabeza a una extremidad desde un cuerpo, de manera que mi centro es también el centro del todo. Encuentro que en mi consciencia ordinaria, habitualmente trato de encerrarme fuera de esa totalidad, que estoy siempre a la defensiva. ¿Pero, de qué intento protegerme? Sólo muy ocasionalmente mis actitudes defensivas tienen que ver directamente con evitar el daño físico o la privación. Casi siempre estoy defendiendo mis defensas: anillos alrededor de anillos alrededor de nada. Centinelas dentro de una fortaleza, dentro de trincheras, dentro de cortinas radar. La guerra militar es la parodia exterior de la guerra del ego contra el mundo: solo los vigilantes están a salvo. En la próxima guerra solo la fuerza aérea sobrevivirá a los niños y mujeres.

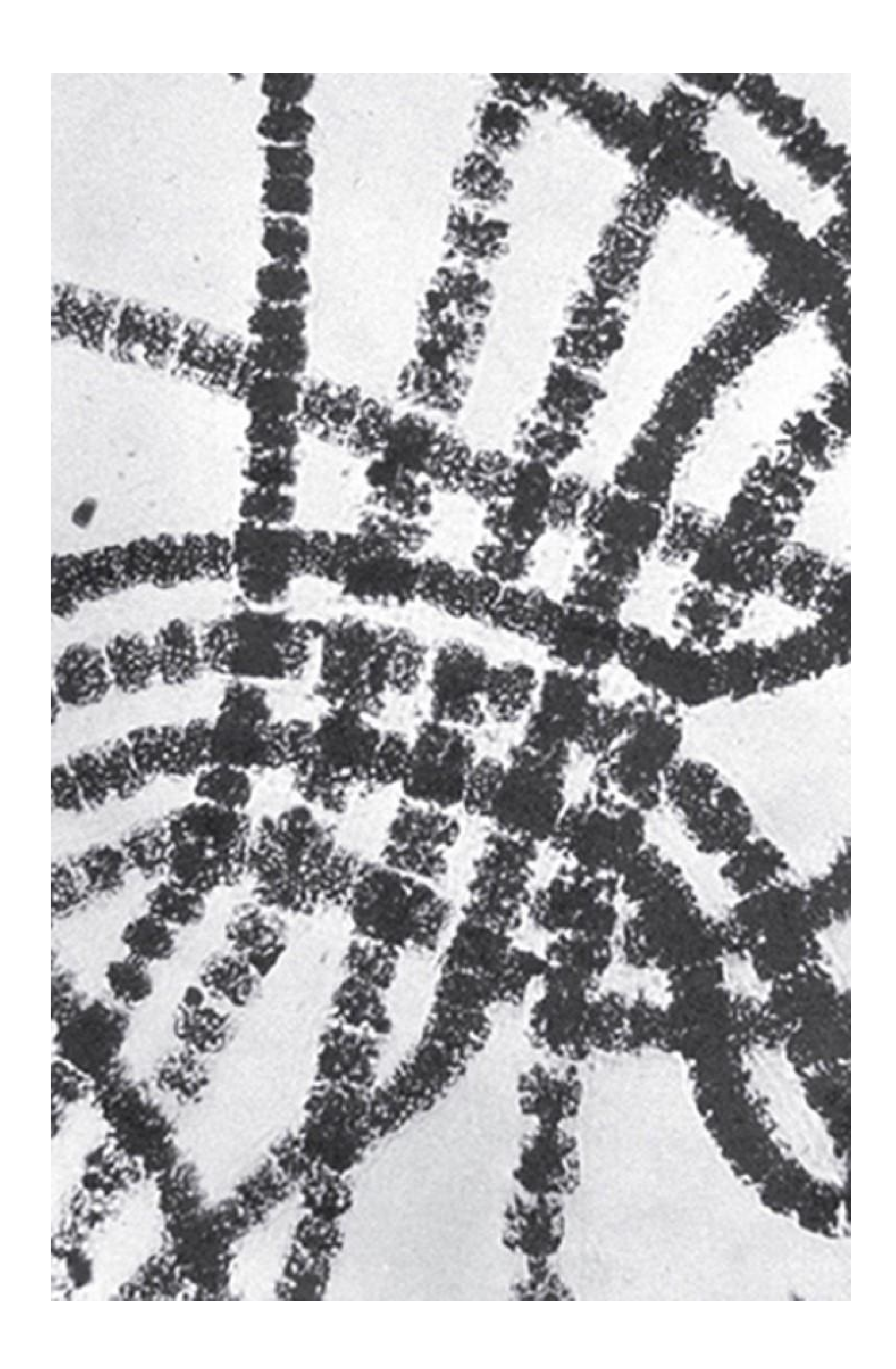
Hago marcha atrás a través del laberinto de mi cerebro, a través de los innumerables giros con los que me he cercado a mí mismo, y he dado tantas vueltas que he borrado el rastro original por el que entré en semejante selva. Allí a través de túneles —a través de la tortuosa estrategia de estatus y supervivencia de la vida adulta, a través de los interminables pasajes que recordamos en sueños— todas las calles por los que siempre hemos paseado, los pasillos de las escuelas, los sinuosos pasos entre patas de las mesas y sillas por donde uno ha gateado de niño, la estrecha y sangrienta salida de la matriz, el chorro a través del pene, los paseos a través de las cavernas esponjosas y conductos en un tiempo no existente. Bajando y retrocediendo a través de los canales siempre estrechos hasta el punto en que el pasaje se convierte en el propio viajero —una delgada cadena de moléculas que pasa por el ensayo y error de ponerse en el orden correcto para ser una unidad de vida orgánica. Retrocediendo inexorablemente por danzas ondulantes, interminables, en los espacios astronómicamente proporcionados que rodean el núcleo original del mundo, el centro de los centros, tan remotamente distantes en el interior como las nebulosas más allá de nuestra galaxia en el exterior.

Imagen 15: *Algas en espiral, en negativo*
(Horst Janus)



Bajando y al final fuera —fuera del conjunto cósmico para reconocer allí y al mismo, el confundido viajero, la sensación olvidada y al mismo tiempo familiar del impulso al origen de las cosas, de la identidad suprema, luz íntima, centro último, yo más que yo mismo. Allí en medio del jardín de Ella, siento, con una paz tan profunda, que canta para ser compartida con todo el mundo, que al final pertenezco al mundo, que he vuelto al hogar detrás del hogar, que he llegado a la herencia legada sin saberlo por todos mis antepasados desde el principio. Punteados como las cuerdas de un arpa, la urdimbre y la trama del mundo reverberan con reminiscencias de himnos triunfantes. El fundamento verdadero sobre el que había intentado asentarme ha resultado ser el centro desde donde busco. La sustancia evasiva detrás de todas las formas del universo se descubre en el próximo gesto de mi mano. ¿Pero cómo pude perderme? ¿Y por qué he viajado tan lejos a través de estos túneles entrelazados que parecen ser el vórtice tembloroso de defensas que es mi yo convencional?

Imagen 16: *Sistema de corrientes en el fondo del océano* (National Foto Persbureau)

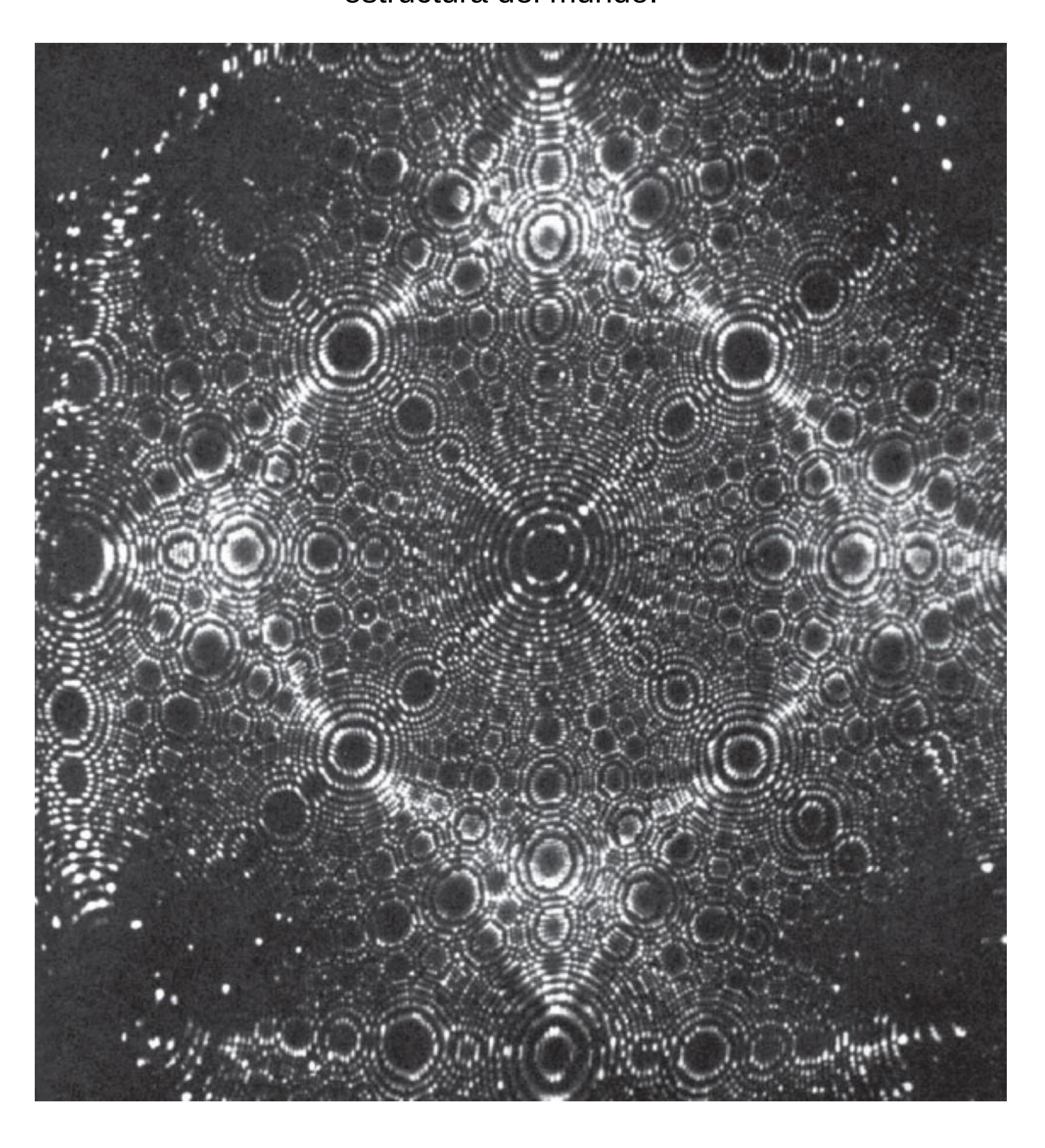


AL ENTRAR EN EL INTERIOR ENCUENTRO que todos los muebles de la casa están vivos. Todo se mueve. Las mesas están tabulando, los cacharros están chirriando, las paredes están amurallando, los accesorios están funcionando —un mundo de sucesos en lugar de cosas—. Robert abre el fonógrafo sin decirme lo que está sonando. Mirando resueltamente los dibujos, dibujándose, solo gradualmente voy percibiendo la música, y al principio no puedo decidir si estoy escuchando un instrumento o una voz humana. Una sola secuencia de sonido, que se curva, ondula y vibra con un suave gemido que al final revela que se trata de un instrumento de lengüeta, una especie de oboe. Más tarde, se unen voces humanas. Pero no cantan palabras, sino una especie de «buoh-buah-bueeh» que parece explorar todas las inflexiones líquidas de las que es capaz la voz. ¿Qué tiene Robert aquí? Imagino que deben ser algunos de sus amigos lejanos en una gran sesión de cantos sin sentido. El canto se intensifica hasta convertirse en los más refinados, exuberantes y deliciosos gorjeos, eructos, graznidos y aullidos, que evidentemente no significan nada en absoluto y se hacen por puro regocijo. Hay una pausa. Una voz dice «Dit». Otra parece responder «Da». Luego «¡Dit-da Di-ditti-da!». Y gradualmente más rápido «Da di ditti ditti Da Da di ditti ditti ditida». Y siguiendo así hasta que los músicos están totalmente fuera de sí. La funda del disco que Robert enseña ahora dice *Música clásica de la India* y me informa que pertenece a una serie editada por Alain Daniello, que es el mayor erudito esotérico, y entendido de la música hindú, y un exponente en la línea de René Guénon y Ananda Coomaraswamy, maestros de la interpretación más formal, tradicional y dificultuosa del Yoga del Vedanta. De alguna manera, no puedo reconciliar a Danielou, el *pandit* de los *pandits*, con esta delirante efusión de canto de pájaro humano. Siento que me están tomando el pelo. O tal vez el pelo de Danielou.

Pero luego quizás no, ¡claro que no!, puesto que de pronto siento mi interior sumergirse en una claridad colosal como si todo se abriera hasta llegar a las raíces de mi ser, del tiempo y del espacio. El sentido del mundo se hace totalmente evidente. Me asombra que yo o cualquier persona haya

podido pensar que la vida es un problema o que el ser es un misterio. Llamo a los demás para que se sientan a mi lado.

Imagen 17: *Cristal de platino, aumentado 750 000 veces* (Erwin W. Müller, Pennsylvania State University) Probablemente lo más profundo que el ojo humano ha podido ver hasta ahora de la estructura del mundo.



«Escuchad, hay algo que debo deciros. Nunca, nunca lo he visto tan claramente. Pero me importa un comino si no lo entendéis, ya que cada uno de vosotros es perfecto a su manera aunque no lo sepáis. La vida es básicamente un movimiento, pero nadie, ni nada, está haciéndolo. No hay necesidad. Ya que no es impulsado por nada; tan solo sucede libremente. Ya que no es impulsado por nada; tan solo sucede libremente. Es un movimiento de desplazamiento, de sonido, de color, y como nadie lo está haciendo, no le está ocurriendo a nadie. Sencillamente no hay ningún problema en la vida, es un juego sin propósito alguno —la exuberancia es su único fin. En el fondo está el movimiento. El tiempo, el espacio y la multiplicidad son variaciones del mismo. No hay razón alguna para explicarlo, pues las explicaciones no son más que otra forma de complejidad, una nueva manifestación de la vida sobre la vida, de movimiento moviéndose. El dolor y el sufrimiento son simplemente formas extremas del juego y no hay nada en todo el universo que nos pueda asustar ¡ya que no le sucede a nadie! No hay ningún ego sustancial. El ego es una especie de bucle sobre sí mismo, un saber del saber, un miedo del miedo. Es una filigrana, un jazz extra para experimentar una especie de doble reverberación, un temblor de la consciencia que es lo mismo que la ansiedad.

Naturalmente, decir que la vida es sólo un gesto, una acción sin agente, destinatario o propósito, suena mucho más vacío y fútil que alegre, pero para mí, creo que un ego, una entidad sustancial a la que le ocurren una serie de experiencias, es más bien un defecto, que una ventaja. Una separación de la experiencia, una falta de participación, y en cada momento me siento totalmente con el mundo, libre de esta resistencia crónica a experimentar que bloquea el libre fluir de la vida y nos hace movernos como marionetas con articulaciones rígidas.

Pero yo no tengo que superar esta resistencia. Veo que la resistencia, el ego, no es más que un vórtice adicional en el camino —parte de él— y que, de hecho, no hay ninguna resistencia real. No hay ningún punto desde el que enfrentarse a la vida, ni oponerse a ella.

VUELVO A ENTRAR EN EL JARDÍN. Los pájaros cantores suben y bajan en su danza de apareamiento, como si hubiera alguien detrás de los arbustos jugando a la pelota con ellos. La mesa se ha visto otra vez llena de fruta y vino. Naranjas —transformaciones del sol en su propia imagen, como si el árbol estuviera reconociendo gratitud por su color. Hojas, verdes como el verde tierno y amarillento que recuerdo de las primaveras de mi infancia en las montañas de Kent donde los primeros brotes de los avellanos aparecían como flotando en la niebla. Entre ellos, troncos, ramas y ramas más pequeñas húmedas y negras detrás de la luz verde del sol. Matas de fucsias, tallos serpenteantes, entrelazados con miles de ballerinas color magenta con vestidos de color violeta. Y detrás de todo, elevándose hacia el crepúsculo grandes árboles de eucalipto con sus racimos de hojas danzantes que tanto se parecen a las de bambú. Todo aquí es la forma visual de los melodiosos músicos hindúes.

Repito las palabras de una antigua escritura tántrica: «Al igual que las olas vienen con el agua y las llamas con el fuego, así el universal ondea con nosotros"». Movimientos del movimiento, olas de las olas —las hojas fluyendo hacia las orugas, la hierba hacia las vacas, la leche hacia los lactantes, los cuerpos hacia los gusanos, la tierra hacia las flores, las semillas hacia los pájaros, toda la energía hacia los iridescentes y reflejados laberintos del cerebro. En el interior, bien al fondo de esta danza cosmológica interminable y exultante se encuentran los matices básicos y persistentes del dolor que conlleva la transformación: terminaciones nerviosas mutiladas, serpientes súbitas de descargas eléctricas en la hierba de la pradera, el vuelo en picado de los halcones que giran perezosamente, los músculos doloridos tras apilar grandes troncos, las noches en vela para llevar la contabilidad implacable que exige la supervivencia civilizada.

Imagen 18: *Reflejos en el agua en movimiento* (Wolf Strache)



¡Qué natural y al mismo tiempo poco familiar es ver el dolor como algo que no produce problema alguno! El dolor que produce problemas surge de la tendencia a pensar en evadir el cerebro y lo llena de vacilantes revulsiones de las revulsiones, miedos del miedo, escalofríos de los escalofríos, culpabilidad de la culpabilidad, lo que hace que el pensamiento quede atrapado en bucles infinitos. En su conciencia ordinaria, el hombre vive como alguien que trata de hablar en una cámara de eco excesivamente sensible; sólo puede proceder ignorando tenazmente los interminables reflejos farfullantes de su voz. Hemos de pensar que en el cerebro hay ecos e imágenes reflejadas por cada sentido, pensamiento y sentimiento, parloteando sin cesar en los túneles de la memoria. La dificultad está en que confundimos este almacén de información con un comentario inteligente sobre lo que estamos haciendo en el presente, tomando equivocadamente por inteligencia la materia prima de los datos con los que trabaja. Al igual que el exceso de alcohol, la autoconciencia nos hace ver doble, y confundimos la doble imagen con dos yoes: el mental y el material que controla y controla, el reflexivo y el espontáneo. Así, en lugar de sufrir, sufrimos por el sufrimiento y sufrimos por el sufrimiento del sufrimiento.

Como siempre se ha dicho la clarividencia llega con el dejarse ir. De lo contrario, nos encontramos en una sala de espejos, bailando de forma vacilante e insegura porque dejamos que las imágenes tomen la iniciativa. Nos movemos en círculos porque seguimos a lo que ya hemos hecho. Hemos perdido contacto con nuestro origen, que no es este sistema de imágenes sino el gran gesto de auto-movimiento de este momento aún no recordado. Este don de recordar y ratificar crea la ilusión de que el pasado existe en el presente como agente para actuar. Viviendo así del pasado, con el eco como protagonista, no estamos verdaderamente aquí, y siempre llegamos un poco tarde a la fiesta. Y no hay nada más obvio que el pasado sigue al presente, como la estela de un barco, y si tenemos que vivir, ¿es aquí donde tenemos que estar?

Al anochecer, al final, cierra un día, que parecía haber empezado con el mismo mundo. Al final del jardín, en un claro, se eleva contra la pared de la montaña un semicírculo de árboles, inmensamente altos y densos de follaje, que recuerdan la entrada de algún templo de la antigüedad. Desde aquí desciende la profunda transparencia azul verdosa del crepúsculo, silenciando a los pájaros y acallando nuestra propia conversación. Hemos estado observando la puesta de sol, sentados en fila sobre la cornisa del gran granero cuyo tejado de tejas de madera roja, deformado y agrietado, se extiende hasta

el suelo. Abajo, hacia el oeste, hay un gran prado donde dos cabras están comiendo hierba, y un poco más lejos está la casa de Robert donde las luces de la cocina muestran que Beryl está preparando la cena. Es hora de entrar y dejar el jardín para las estrellas que están despertándose.

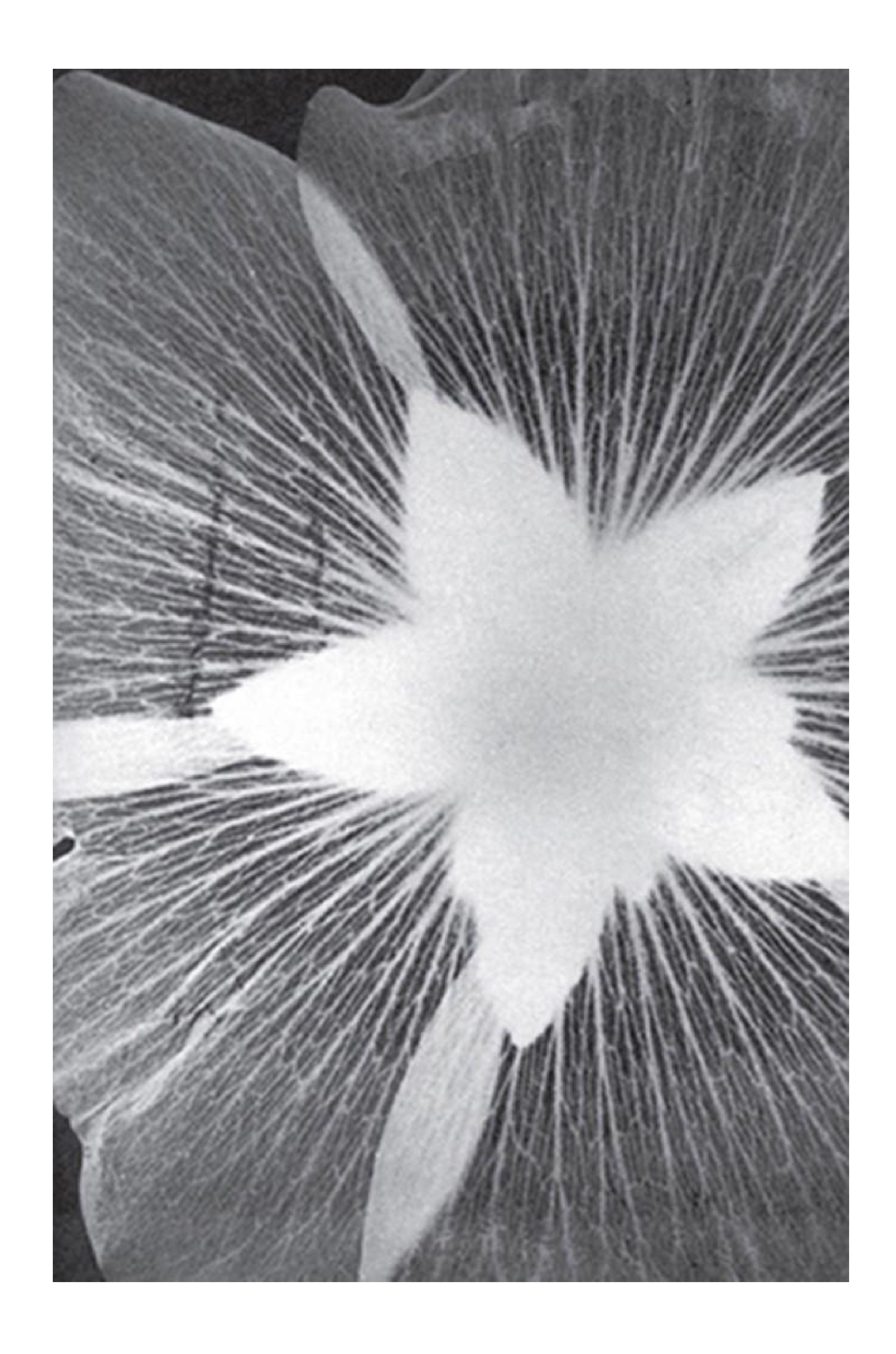
Otra vez la música —clavicordios y una orquesta de cuerda, y Bach en su más exultante estado. Me tumbo para escuchar y cierro los ojos. Durante todo el día, en oleada tras oleada y desde todas las direcciones de la brújula de la mente, me ha invadido repetidamente el sentido de mi origen, en mi comunión con el inicio del universo. He visto, también, que este inicio es su propia fuente y motivo, y que su espíritu es una alegría sin límites que es la danza multidimensional de la vida. No queda ningún problema, pero ¿quién lo creerá? ¿Lo creeré yo mismo cuando retorne a mi estado de consciencia normal?. Sin embargo, en este momento veo que eso no importa. El juego es el del escondite o el de perder y encontrar, y todo es parte del juego en el que uno puede perderse de verdad. Y así, ¿por cuánto tiempo puede uno encontrarse?

Como en respuesta a mi pregunta aparece ante mis ojos cerrados una visión simbólica de lo que Elliot ha llamado «El punto estático del mundo que gira». Me encuentro mirando al suelo de un vasto patio, como si estuviera un una ventana en lo alto de la pared, y el suelo y las paredes estuvieran completamente embaldosadas de azulejos de cerámica que muestran arabescos densamente elaborados en oro, púrpura y azul. La escena podría ser el patio interior de algún palacio persa, si no fuera de proporciones tan inmensas y sus colores de una transparencia tan sobrenatural. En el centro del recinto hay una gran superficie hundida, en forma de una estrella combinada con una rosa, y bordeada por una franja de azulejos que asemejan el más fino trabajo de taracea en bermellón, oro y obsidiana.

Dentro de esta área se está llevando a cabo algún tipo de ritual al ritmo de la música. Al principio, el ambiente es majestuoso y formal, como si hubiera oficiales y cortesanos con ricas armaduras y capas multicolores bailando ante su rey. Mientras observo, el ambiente cambia. Los cortesanos se convierten en ángeles con alas de fuego dorado, y en el centro de la arena aparece un estanque de llamas deslumbrantes. Al mirar dentro del estanque veo, solo por un momento, un rostro que me recuerda al Christos Pantocrator de los mosaicos bizantinos, y siento que los ángeles retroceden con las alas sobre sus rostros en un movimiento de temor reverente. Pero el rostro se disuelve. El pozo de llamas se hace cada vez más brillante, y noto que los seres alados retroceden con un gesto, no de temor, sino de ternura, pues la llama no conoce

la ira. Su calor y su resplandor —«lenguas de fuego desplegadas»— son una emanación de amor tan entrañable que siento que he visto el corazón de todos los corazones.

Imagen 19: *Flor de malva* (Anton Stankowski)



Epílogo

COMO YA HE DICHO, éste no es el registro de un experimento con drogas que alteran la conciencia, sino de varios, unidos por razones poéticas en un solo día. Al mismo tiempo me he mantenido más o menos en la forma básica que toma cada experiencia individual: una especie de ciclo en el que se desmonta la propia personalidad y se vuelve a montar, en lo que uno espera que sea una forma más inteligente. Por ejemplo, la verdadera identidad de cada uno, se siente, primero, como algo, extremadamente viejo, poco familiar, con alusiones mágicas, mitológicas y arcaicas. Pero al final vuelve a ser lo que es en el presente, ya que el momento de la creación del mundo yace, no en un impensable y remoto pasado, sino en el eterno ahora. De forma parecida, el juego de la vida es primero extendido cínicamente como una respuesta extremadamente intrincada en la que se juega a una sola cosa, que se expresa de forma tortuosa incluso en el más altruista de los esfuerzos humanos. Más tarde uno empieza a sentir una actitud de viejo tunante hacia el sistema; el humor se impone al cinismo. Pero finalmente, este egoísmo cósmico rapaz y abrasador se descubre que es un disfraz para el inmotivado juego del amor.

Pero no quiero generalizar. Estoy tan solo hablando de lo que he experimentado por mí mismo, y quiero repetir que drogas de este tipo no son ni mucho menos frascos de sabiduría. Siento que si no hubiera tenido habilidad de escritor o filósofo, las drogas, que disuelven algunas de las barreras entre una consciencia ordinaria y la multidimensional supraconsciencia del organismo; me hubieran producido confusión ya gozosa o terrorífica. No digo que sólo los intelectuales puedan beneficiarse de ellas, sino que debe haber suficiente disciplina o perspicacia para relacionar esta conciencia expandida con nuestra vida normal y cotidiana.

Tales ayudas a la percepción son medicinas, no dietas, y así como el uso de una medicina debería conducir a un modo de vida más saludable, las experiencias que he descrito sugieren medidas que podríamos tomar para mantener una forma más sana de cordura. De ellas, la más importante es la

práctica de lo que me gustaría llamar meditación —si no fuera que esta palabra nos hace pensar a menudo en gimnasia mental o espiritual. Pero yo no me refiero a la meditación como una práctica o ejercicio tomado como una preparación para algo, como un medio para un final futuro, o como una disciplina en el que uno va viendo su progreso. Una palabra mejor sería quizás «contemplación» o incluso «centraje», ya que lo que quiero decir es una retención del tiempo, de la prisa mental, para permitir que la atención repose sobre el presente— así llegando a la observación, no de lo que debería ser, sino de lo que es. Es del todo posible, incluso fácil, hacer esto sin la ayuda de ninguna droga, aunque estos productos químicos tienen la ventaja de «hacerlo por ti» de una manera peculiarmente profunda y prolongada.

Pero nosotros, que vivimos en esta civilización dirigida y encaminada, necesitamos, más que ningún otro, apartar el tiempo, para ignorar el *tiempo*, y para permitirnos que pasen cosas a nuestra consciencia *sin* ninguna interferencia. Dentro de estos espacios sin tiempo, la percepción tiene una oportunidad de desarrollarse y profundizar del mismo modo que yo he descrito anteriormente. Porque uno deja de forzar la experiencia con la voluntad consciente y de mirar las cosas como si se enfrentara a ellas, o se apartara de ellas para manejarlas, es posible que su aprehensión fundamental y unitiva del mundo salga a la superficie. Pero *no* sirve de nada hacer de esto un objetivo o tratar de trabajar en esa forma de ver las cosas. Todo esfuerzo por cambiar lo que se siente o se ve presupone y confirma la ilusión del conocedor independiente o del ego, y tratar de deshacerse de lo que no existe es sólo prolongar la confusión. En general, es mejor intentar ser consciente del propio ego que deshacerse de él. Entonces podemos descubrir que el «conocedor» no es diferente de la sensación de lo «conocido», ya sean los objetos «externos»" o los pensamientos y recuerdos «internos».

Así vemos que en lugar de conocedores y conocidos, tan solo hay conocimientos, y en lugar de hacedor y hecho hay tan solo acciones. Divididos forma y materia se convierten en una única figura-en-proceso. Así, cuando los budistas dicen que la realidad es «vacía», quieren decir simplemente que la vida, la figura-en-proceso, no procede o se apoya en algo sustancial. Al principio, esto puede parecer bastante desconcertante, pero en principio la idea no es más difícil de abandonar que aquella de las esferas cristalinas que se suponía sostenían y movían los planetas.

Al final este modo de percepción unificado e intemporal «supera» nuestra forma ordinaria de pensar y actuar en el mundo práctico: lo incluye sin destruirlo. Pero también lo modifica cuando manifiesta que la función de una

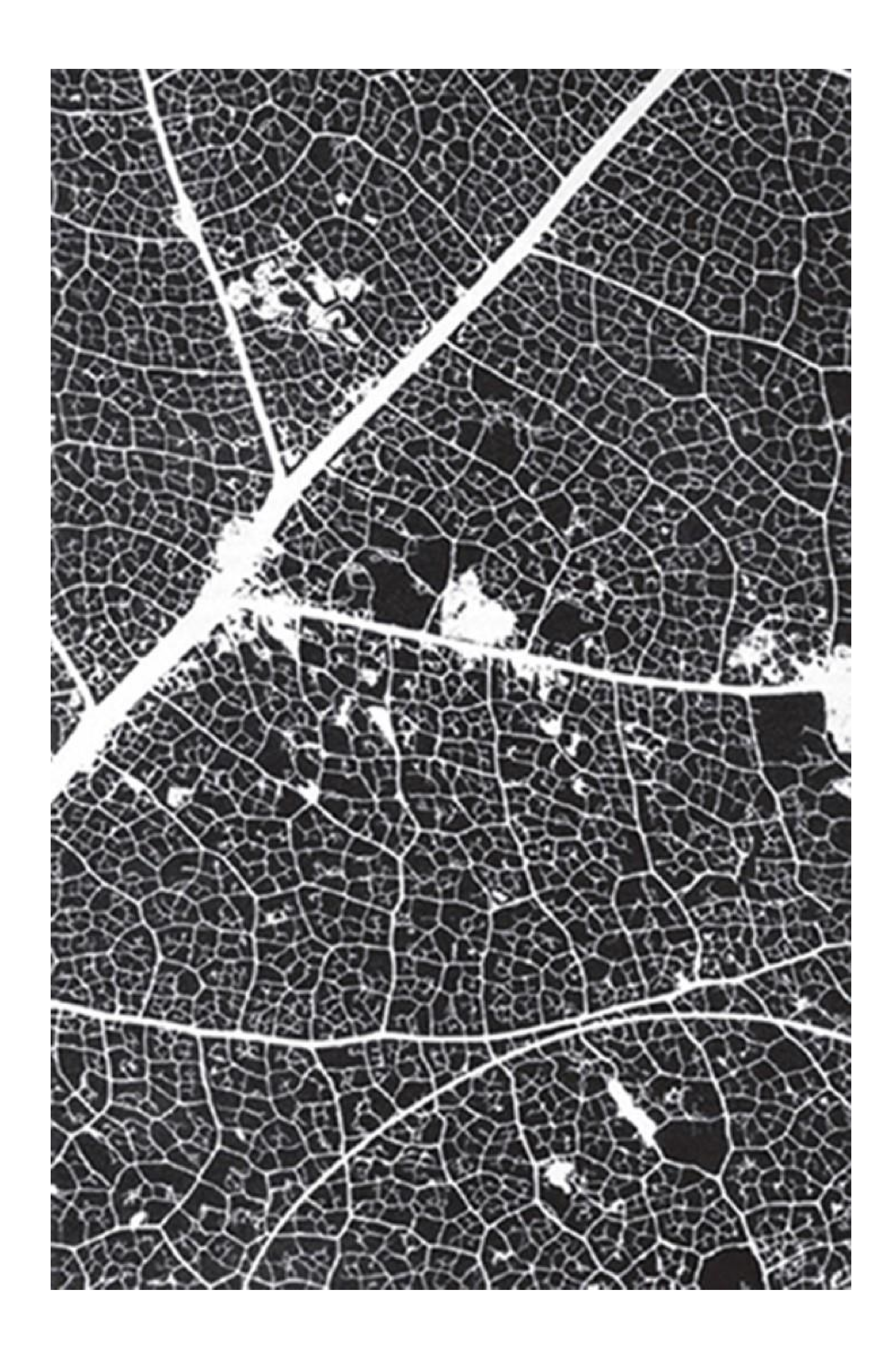
acción práctica es servir al presente permanente y no al futuro siempre lejano, y al organismo vivo y no al sistema mecánico del Estado o del orden social.

Además de este modo de meditación tranquilo y contemplativo, me parece que hay un lugar importante para otro, de alguna manera semejante a los ejercicios espirituales de los derviches. Nadie es tan peligrosamente loco como aquel que está siempre cuerdo. Es como un puente de acero sin flexibilidad, y el orden de su vida es rígido y quebradizo. La educación y costumbres de la civilización occidental fuerzan esta perpetua cordura en un grado extremo, puesto que no hay ni un momento aceptado en nuestras vidas para el arte del puro disparate.

Nuestro juego nunca es verdadero porque está invariablemente racionalizando, lo hacemos con el pretexto de que es bueno para nosotros, que nos permite volver al trabajo más frescos. No hay ninguna situación protegida en la que podamos realmente dejarnos llevar.

Día a día debemos funcionar obedientemente como relojes, y los «pensamientos extraños» nos asustan tanto que corremos al médico de cabecera más cercano. El problema es que hemos pervertido el Sabbath para convertirlo en un día para imponer la racionalidad y escuchar sermones en lugar de liberarnos.

Imagen 20: *Esqueleto de la hoja del álamo negro* (Wolf Strache)



Para que nuestra cordura sea fuerte y flexible, han de haber intervalos para la comprensión espontánea de nuestro movimiento —para bailar, cantar, aullar, farfullar, saltar, gemir, sollozar— para seguir cualquier impulso que el organismo parece tener. No es en absoluto imposible establecer límites físicos y morales dentro de los cuales esta libertad de acción sea expresable —contactos sensatos donde el sinsentido pueda salirse con la suya. Aquellos que creen en la irracionalidad como algo esencial, nunca se volverán estirados o aburridos, lo que es más importante, estarán abriendo canales a través de los cuales la espontaneidad inteligente y formativa del organismo podrá por fin fluir dentro de la consciencia. Esta es la razón de que la libre asociación de ideas sea una técnica tan valiosa en la psicoterapia; su limitación es que es una técnica verbal. La función de estos intervalos para la «tontería» no son tan solo un escape para emociones reprimidas o energía psíquica no utilizada, sino la de desencadenar un modo de acción espontánea que, aunque al principio aparezca como un sinsentido, puede expresarse finalmente en formas inteligibles.

La acción disciplinada se confunde generalmente con la acción forzada, realizada con el espíritu dualista de obligarse a sí mismo, como si la voluntad fuera totalmente distinta del resto del organismo. Pero un nuevo e integrado concepto de la naturaleza humana requiere un nuevo concepto de disciplina —el control, no de acciones forzadas, sino de acciones espontáneas. Es imprescindible ver la disciplina como algo que el organismo utiliza, como un carpintero utiliza herramientas, y no como un sistema al cual el organismo debe ajustarse. Si no fuera así, la pura mecánica, y las metas organizadas del sistema, asumen mayor importancia que las del organismo. Nos encontramos en una situación donde el hombre está hecho para el Sabbath, en vez del Sabbath para el hombre. Pero antes de que las acciones espontáneas puedan ser expresadas en pautas controladas, la corriente debe ponerse en marcha. Es decir, que debemos adquirir mucha más sensibilidad para ver qué quiere hacer el organismo, y aprender respuestas para sus movimientos interiores.

Nuestro lenguaje casi nos obliga a expresar esta idea de forma errónea —como si el «nosotros» que debe ser sensible al organismo y responder a él fuera algo aparte. Por desgracia, nuestras formas de hablar siguen el diseño de la ficción social que separa nuestra voluntad consciente del resto del organismo, convirtiéndolo en un agente independiente que provoca y regula nuestras acciones. Es así cuando nos cuesta reconocer lo que es el ego, el agente, o la voluntad consciente. No vemos que es una convención social, como los intervalos de tiempo del reloj, tan diferentes de una entidad

biológica e incluso psicológica. Ya que la voluntad consciente, que funciona en contra del instinto, es la interiorización, el eco interior, de demandas sociales sobre el individuo unido a su papel o identidad adquirida de los padres, profesores y relaciones. Se trata de un yo imaginario, fabricado socialmente, que trabaja en contra del organismo, el yo que ha crecido biológicamente. Por medio de esta ficción se enseña al niño a controlarse y a ajustarse a las exigencias de la vida social.

A primera vista parece ser un instrumento ingenioso y necesario para mantener una sociedad ordenada basada en la responsabilidad individual. En realidad, es un error de bulto que crea muchos más problemas de los que resuelve. En la medida en que la sociedad enseña al individuo a identificarse a sí mismo con una voluntad controladora separadamente de su organismo total, intensifica el sentimiento de la separación, de nosotros mismos y con respecto a los demás. A la larga agrava el problema que se había propuesto resolver, porque crea un estilo de personalidad en el que un agudo sentido de la responsabilidad va unido a un intenso sentido de la alienación.

La experiencia mística tanto si es provocada por sustancias químicas u otros medios, hace posible que el individuo sea tan peculiarmente abierto y sensible a la realidad orgánica que se puede ver el ego a través de una transparente abstracción. Así surge (especialmente en las últimas fases de la experiencia con drogas) una fuerte sensación de unidad con los demás, presumiblemente similar a la sensibilidad que permite que una bandada de pájaros se mueva como un solo cuerpo. Una sensación de este tipo parece llevar consigo una base mejor para el amor y orden social que la ficción de la voluntad separada del organismo.

El *efecto* general de las drogas es al parecer que disminuye las actitudes defensivas sin empañar la percepción, como en el caso del alcohol. Nos damos cuenta de cosas contra las que normalmente nos protegemos, y esto explica, creo, la alta susceptibilidad a la ansiedad en las primeras fases de la experiencia. Pero sin las defensas empezamos a ver, no alucinaciones, sino aspectos normalmente ignorados de la realidad —incluyendo un sentido de unidad social que el hombre civilizado ha perdido desde hace mucho tiempo. Para adquirir de nuevo este sentido no necesitamos abandonar la cultura y volver a un nivel de precivilización, ya que ni con las drogas ni con otras formas más generales de experiencias místicas, uno puede perder el conocimiento que la civilización ha producido.

He sugerido que en estas experiencias adquirimos indicios y clarividencias que deberían ser seguidas mediante ciertas formas de

meditación. ¿No hay otras maneras en las que podamos, sin el uso de las drogas, volver a este sentido de unidad con los demás?. El occidental culto tiene una verdadera aversión a las multitudes y a la pérdida de su identidad personal en «una consciencia de rebaño». Pero hay una enorme diferencia entre una multitud sin forma alguna y un grupo social orgánico. El último es una asociación relativamente reducida en la que cada miembro está en comunicación con cada uno de los demás. La primera es una asociación relativamente grande en la que los miembros se comunican solo con el líder, y debido a esta burda estructura, una multitud no es realmente un organismo. Pensar en la gente como «masa» es por analogía pensar en un tipo de orden infrahumano.

El culto social de las iglesias podría haber sido la respuesta natural a esta necesidad, si no fuera que estos servicios de la iglesia siguen la forma de multitud en vez del patrón de grupo. Los partícipes se sientan en filas mirando las nucas de los demás, y se comunican solo con el líder —tanto si es predicador, sacerdote o algún símbolo de un dios autocrático. Algunas iglesias tratan de suplir esta falta de comunión «social» con bailes fuera de los servicios regulares. Pero estas cosas tienen una connotación seglar, y el tipo de comunión que conlleva es siempre en alguna forma distante y recatada. Hay, también, grupos de discusión en los que el líder o «persona que dirige» anima a cada miembro a que hable, pero, aún así, la comunión alcanzada es meramente verbal y relativa a las ideas.

La dificultad estriba en que la firmeza defensiva del ego retrocede ante lo mismo que la disiparía: ante las asociaciones con otros basadas en gestos físicos de afecto, ante ritos, bailes o formas de juego que simbolizan claramente el amor mutuo entre los miembros del grupo. A veces un juego de este tipo ocurre natural e inesperadamente entre amigos íntimos, pero ¡qué embarazoso sería participar en una situación de este tipo con completos desconocidos! Sin embargo hay incontables asociaciones de gente que, llamándose amigos verdaderos, aún les falta la fuerza para representar su afecto por los demás a través del contacto físico y erótico que podría elevar una amistad al nivel de amor. Nuestro problema es que hemos ignorado y por lo tanto nos sentimos inseguros ante el enorme espectro del amor que está entre una amistad formal y la sexualidad genital, y así siempre tenemos miedo de que una vez sobrepasados los límites de la amistad formal, debemos deslizamos inevitablemente al extremo de la promiscuidad sexual, o aún peor, de la homosexualidad.

Este abismo vacío entre el amor espiritual o fraternal y el amor sexual se corresponde con la gran brecha entre espíritu y materia, mente y cuerpo, de tal manera que nuestros sentimientos o nuestras actividades están asignados al uno o al otro. No hay comunión entre los dos, y la falta de alguna conexión, de algo intermedio, hace que el amor espiritual sea insípido y el amor sexual salvaje. El hecho de sobrepasar los límites de un amor fraternal no es entendido sino por un giro inmediato a su polo opuesto. Así, las sutiles y maravillosas gradaciones que se encuentran entre ambos se pierden casi por completo. En otras palabras, la mayor parte del amor es una relación que apenas permitimos, ya que el amor experimentado solamente en sus formas extremas es como comprar una barra de pan y recibir tan solo los dos cuscurros.

No tengo idea qué puede hacerse para corregir esto en unas culturas donde la identidad personal parece depender en ser físicamente distante, y donde mucha gente se encoge cuando se trata incluso de dar la mano a alguien con el que no tengan una vinculación sexual o familiar. Forzar o hacer propaganda para que haya más contacto afectivo con los demás no traería más que timidez. Sólo cabe esperar que en los próximos años nuestras defensas se rompan espontáneamente, como la cáscara de los huevos cuando los pájaros están listos para salir del cascarón.

Esta esperanza puede ganar algún estímulo a partir de todas estas ideas en filosofía y psicología, religión y ciencia, que están empezando a desarrollar una nueva imagen del hombre, no como un espíritu encarcelado en su carne, sino como un organismo inseparable de sus circunstancias naturales y sociales.

Este es sin duda el punto de vista de un hombre revelado por estos notables medicamentos que disuelven temporalmente nuestras defensas y nos permiten ver lo que una consciencia aisladora, normalmente ignora: el mundo como un todo interrelacionado. Esta visión está sin duda alguna más allá de cualquier alucinación producida por las drogas o de una fantasía supersticiosa. Muestra un parecido chocante al universo tan poco familiar que los físicos y biólogos están intentando describir aquí y ahora. Ya que la dirección clave de su pensamiento va hacia la revelación de un cosmos unido que ya no está dividido por los viejos tópicos irreconciliables de la mente y la materia, sustancia y propiedad, cosa y suceso, agente y acto, materia y energía. Y si así se convirtiera el universo en el que el hombre no es concebido para ser un sujeto solitario enfrentado a objetos ajenos y amenazadores, tendremos una cosmología no sólo unificada sino también gozosa.

Imagen 21: *Nebulosa espiral Messier 81*



APÉNDICE:
Psicodelia y experiencia religiosa[6]

Las experiencias resultantes del uso de drogas psicodélicas se describen a menudo en términos religiosos. Por lo tanto, son de interés para quienes, como yo, se ocupan de la psicología de la religión, siguiendo la tradición de William James[7]. Durante más de treinta años he estado estudiando las causas, las consecuencias y las condiciones de esos peculiares estados de conciencia en los que el individuo se descubre a sí mismo como un proceso continuo con Dios, con el Universo, con el Principio del Ser, o cualquier nombre que pueda utilizar por condicionamiento cultural o preferencia personal para la realidad última y eterna. No tenemos un nombre satisfactorio y definitivo para este tipo de experiencias. Los términos «experiencia religiosa», «experiencia mística» y «conciencia cósmica» son demasiado vagos y amplios para denotar ese modo específico de conciencia que, para quienes lo han conocido, es tan real y abrumador como el enamoramiento. Este artículo describe tales estados de conciencia como y cuando son inducidos por drogas psicodélicas, aunque son virtualmente indistinguibles de la experiencia mística genuina. A continuación, el artículo analiza las objeciones al uso de drogas psicodélicas que surgen principalmente de la oposición entre los valores místicos y los valores religiosos y seculares tradicionales de la sociedad occidental.

I.- La experiencia psicodélica

La idea de las experiencias místicas derivadas del consumo de drogas no se acepta fácilmente en las sociedades occidentales. La cultura occidental tiene, históricamente, una fascinación particular por el valor y la virtud del hombre como individuo, autodeterminado y responsable, que se controla a sí mismo y a su mundo mediante el poder del esfuerzo y la voluntad

conscientes. Por lo tanto, nada podría ser más repugnante para esta tradición cultural que la noción de crecimiento espiritual o psicológico a través del uso de drogas. Una persona «drogada» tiene, por definición, la conciencia atenuada, el juicio nublado y la voluntad privada. Pero no todas las sustancias químicas psicotrópicas (que cambian la conciencia) son narcóticas y soporíferas, como el alcohol, los opiáceos y los barbitúricos. Los efectos de lo que ahora se denomina sustancias químicas psicodélicas (que manifiestan la mente) difieren de los del alcohol como la risa difiere de la rabia o el placer de la depresión. En realidad, no hay ninguna analogía entre estar «colocado» con LSD y «borracho» con bourbon. Es cierto que nadie debería conducir un coche en ninguno de los dos estados, pero tampoco se debería conducir mientras se lee un libro, se toca el violín o se hace el amor. Ciertas actividades creativas y estados de ánimo exigen una concentración y una dedicación que son sencillamente incompatibles con el pilotaje de un motor mortífero por una autopista.

Yo mismo he experimentado con cinco de los principales psicodélicos: LSD-25, mescalina, psilocibina, dimetil-triptamina (DMT) y cannabis. Lo he hecho, como William James probó el óxido nitroso, para ver si podían ayudarme a identificar lo que podría llamarse los ingredientes «esenciales» o «activos» de la experiencia mística. Porque casi toda la literatura clásica sobre el misticismo es ambigua, no solo a la hora de describir la experiencia, sino también a la hora de mostrar las conexiones racionales entre la propia experiencia y los diversos métodos tradicionales recomendados para inducirla: ayuno, concentración, ejercicios de respiración, oraciones, conjuros y danzas. Un maestro tradicional de zen o yoga, cuando se le pregunta por qué tales o cuales prácticas conducen o predisponen a la experiencia mística, siempre responde: «Esta es la forma en que mi maestro me la transmitió. Esta es la forma en que lo descubrí. Si estás seriamente interesado, pruébalo por ti mismo». Esta respuesta apenas satisface a un occidental impertinente, con mentalidad científica y curiosidad intelectual. Le recuerda a las recetas médicas arcaicas que componen cinco salamandras, cuerda de horca en polvo, tres murciélagos hervidos, un escrúpulo de fósforo, tres pellizcos de beleño y una cucharada de estiércol de dragón que se deja caer cuando la luna está en Piscis. Quizá funcionara, pero ¿cuál era el ingrediente esencial?

Por lo tanto, me pareció que si cualquiera de las sustancias químicas psicodélicas predisponía de hecho mi conciencia a la experiencia mística, podía utilizarlas como instrumentos para estudiar y describir esa experiencia como se utiliza un microscopio para la bacteriología, aunque el microscopio

sea un artilugio «artificial» y «antinatural» del que podría decirse que «distorsiona» la visión del ojo desnudo. Sin embargo, cuando el Dr. Keith Ditman, de la Clínica Neuropsiquiátrica de la Facultad de Medicina de la UCLA, me invitó por primera vez a probar las cualidades místicas del LSD-25, no estaba dispuesto a creer que una simple sustancia química pudiera inducir una experiencia mística genuina. A lo sumo, podría provocar un estado de percepción espiritual análogo al de nadar con aletas de agua. De hecho, mi primer experimento con el LSD-25 no fue místico. Fue una experiencia estética e intelectual intensamente interesante que desafió al máximo mi capacidad de análisis y de descripción cuidadosa.

Unos meses más tarde, en 1959, volví a probar el LSD-25 con los doctores Sterling Bunnell y Michael Agron, que entonces estaban asociados a la Clínica Langley-Porter de San Francisco. En el transcurso de dos experimentos me sorprendí y me sentí algo avergonzado al encontrarme atravesando estados de conciencia que se correspondían exactamente con todas las descripciones de experiencias místicas importantes que había leído[8]. Además, superaban tanto en profundidad como en una peculiar cualidad de inesperado a las tres experiencias «naturales y espontáneas» de este tipo que me habían ocurrido en años anteriores.

A través de la experimentación posterior con el LSD-25 y las otras sustancias químicas mencionadas anteriormente (con la excepción del DMT, que considero divertido pero relativamente poco interesante) descubrí que podía pasar con facilidad al estado de «conciencia cósmica», y a su debido tiempo me volví cada vez menos dependiente de las propias sustancias químicas para «sintonizar» con esta particular longitud de onda de la experiencia. De los cinco psicodélicos que probé, descubrí que el LSD-25 y el cannabis eran los que mejor se adaptaban a mis propósitos. De estos dos, el último —el cannabis—, que tuve que usar en el extranjero en países donde no está prohibido, resultó ser el mejor. No induce alteraciones extrañas de la percepción sensorial, y los estudios médicos indican que, salvo en gran exceso, puede no tener los peligrosos efectos secundarios del LSD, a saber, daños cromosómicos y posibles episodios psicóticos.

Para los fines de este estudio, al describir mis experiencias con las drogas psicodélicas, evito las ocasionales e incidentales alteraciones extrañas de la percepción sensorial que pueden inducir los productos químicos psicodélicos. Me preocupan, más bien, las alteraciones fundamentales de la conciencia normal, socialmente inducida, de la propia existencia y de la relación con el mundo exterior. Estoy tratando de delinear los principios básicos de la

conciencia psicodélica. Pero debo añadir que solo puedo hablar por mí mismo. La calidad de estas experiencias depende considerablemente de la orientación y la actitud vital de cada uno, aunque la ya voluminosa literatura descriptiva de estas experiencias coincide notablemente con la mía.

Casi invariablemente, mis experimentos con psicodélicos han tenido cuatro características dominantes. Intentaré explicarlas, con la esperanza de que el lector diga, al menos de la segunda y la tercera, «¡Vaya, eso es obvio! Nadie necesita una droga para verlo». Así es, pero toda visión tiene grados de intensidad. Puede haber $obviedad_1$ y $obviedad_2$, y esta última aparece con una claridad estremecedora, manifestando sus implicaciones en todas las esferas y dimensiones de nuestra existencia.

La primera característica es una ralentización del tiempo, una concentración en el presente. La preocupación normalmente compulsiva por el futuro disminuye, y uno se da cuenta de la enorme importancia e interés de lo que está sucediendo en el momento. Los demás, que van por la calle, parecen un poco locos, no se dan cuenta de que el sentido de la vida es ser plenamente consciente de ella mientras sucede. Por ello, uno se relaja, casi suntuosamente, en el estudio de los colores en un vaso de agua, o en la escucha de la vibración, ahora muy articulada, de cada nota tocada en un oboe o cantada por una voz.

Desde el punto de vista pragmático de nuestra cultura, esta actitud es muy mala para los negocios. Podría conducir a la imprevisión, a la falta de previsión, a la disminución de las ventas de pólizas de seguros y al abandono de las cuentas de ahorro. Sin embargo, es justo el correctivo que necesita nuestra cultura. Nadie es más fatuamente impráctico que el ejecutivo «exitoso» que pasa toda su vida absorbido por un frenético papeleo con el objetivo de retirarse cómodamente a los sesenta y cinco años, cuando todo será demasiado tarde. Solo los que han cultivado el arte de vivir completamente en el presente tienen alguna utilidad para hacer planes para el futuro, pues cuando los planes maduren podrán disfrutar de los resultados. «El mañana nunca llega». Nunca he oído todavía a un predicador que exhorte a su congregación a practicar esa sección del Sermón de la Montaña que comienza: «No os afanéis por el mañana…» La verdad es que las personas que viven para el futuro están, como decimos de los dementes, «no del todo» —o presentes—: por el exceso de afán se pierden perpetuamente. La previsión se compra al precio de la ansiedad, y cuando se usa en exceso destruye todas sus propias ventajas.

La segunda característica la llamaré conciencia de la polaridad. Se trata de la vívida comprensión de que los estados, las cosas y los acontecimientos que ordinariamente llamamos opuestos son interdependientes, como la espalda y el frente o los polos de un imán. Por medio de la conciencia polar uno ve que las cosas que son explícitamente diferentes son implícitamente una: el yo y el otro, el sujeto y el objeto, la izquierda y la derecha, el hombre y la mujer, y luego, un poco más sorprendentemente, el sólido y el espacio, la figura y el fondo, el ritmo y el intervalo, los santos y los pecadores, y los policías y los criminales, los grupos internos y los grupos externos. Cada uno es definible solo en términos del otro, y van juntos transaccionalmente, como la compra y la venta, porque no hay venta sin compra, y no hay compra sin venta. A medida que esta conciencia se vuelve cada vez más intensa, sientes que tú mismo estás polarizado con el universo externo de tal manera que os implicáis mutuamente. Tu empuje es su tirón, y su empuje es tu tirón, como cuando mueves el volante de un coche. ¿Lo empujas o tiras de él?

Al principio, es una sensación muy extraña, no muy distinta a la de oír tu propia voz en un sistema electrónico inmediatamente después de haber hablado. Te confundes y esperas a que continúe. Del mismo modo, sientes que eres algo que hace el universo, pero que el universo es igualmente algo que haces tú, lo cual es cierto, al menos en el sentido neurológico de que la peculiar estructura de nuestro cerebro traduce el sol en luz y las vibraciones del aire en sonido. Nuestra sensación normal de relación con el mundo exterior es que a veces yo lo empujo y a veces él me empuja a mí. Pero si ambos son en realidad uno, ¿dónde comienza la acción y descansa la responsabilidad? Si el universo me hace a mí, ¿cómo puedo estar seguro de que, dentro de dos segundos, seguiré recordando la lengua inglesa? Si yo lo estoy haciendo, ¿cómo puedo estar seguro de que, dentro de dos segundos, mi cerebro sabrá cómo convertir el sol en luz? A partir de sensaciones tan desconocidas como estas, la experiencia psicodélica puede generar confusión, paranoia y terror, aunque el individuo esté sintiendo su relación con el mundo exactamente como la describiría un biólogo, un ecologista o un físico, ya que se está sintiendo a sí mismo como el campo unificado del organismo y el entorno.

La tercera característica, que deriva de la segunda, es la conciencia de la relatividad. Veo que soy un eslabón en una jerarquía infinita de procesos y seres, que van desde las moléculas, pasando por las bacterias y los insectos, hasta los seres humanos y, tal vez, los ángeles y los dioses; una jerarquía en la que cada nivel es, en el fondo, la misma situación. Por ejemplo, el pobre se

preocupa por el dinero mientras que el rico se preocupa por su salud: la preocupación es la misma, pero la diferencia está en su sustancia o dimensión. Me doy cuenta de que las moscas de la fruta deben considerarse a sí mismas como personas, porque, al igual que nosotros, se encuentran en medio de su propio mundo, con cosas inconmensurablemente más grandes arriba y cosas más pequeñas abajo. Para nosotros, todas se parecen y parecen no tener personalidad, al igual que los chinos cuando no hemos vivido entre ellos. Sin embargo, las moscas de la fruta deben ver tantas distinciones sutiles entre ellas como nosotros entre los nuestros.

A partir de ahí, no hay más que un paso para comprender que todas las formas de vida y de ser no son más que variaciones sobre un mismo tema: todos somos, de hecho, un solo ser que hace lo mismo de todas las maneras posibles. Como dice el proverbio francés, *plus ça change, plus c'est la même chose*: «cuanto más varía, más es uno». Veo, además, que sentirse amenazado por la inevitabilidad de la muerte es en realidad la misma experiencia que sentirse vivo, y que como todos los seres están sintiendo esto en todas partes, todos son tan «yo» como yo mismo. Sin embargo, el sentimiento del «yo», para ser sentido, debe ser siempre una sensación relativa al «otro», a algo que está más allá de su control y experiencia. Para ser en definitiva, debe comenzar y terminar. Pero el salto intelectual que dan aquí las experiencias místicas y psicodélicas consiste en permitirte ver que todos estos innumerables yoes-centros son tú mismo —no, de hecho, tu ego personal y superficialmente consciente, sino lo que los hindúes llaman el *paramatman*, el Yo de todos los yoes**[9]**. Así como la retina nos permite ver innumerables pulsos de energía como una sola luz, la experiencia mística nos muestra innumerables individuos como un solo Yo.

La cuarta característica es la percepción de la energía eterna, a menudo en forma de luz blanca intensa, que parece ser tanto la corriente de los nervios como esa misteriosa *e* que es igual a mc^2. Esto puede sonar a megalomanía o a delirio de grandeza, pero uno ve con bastante claridad que toda la existencia es una sola energía, y que esta energía es el propio ser. Por supuesto, existe tanto la muerte como la vida, porque la energía es una pulsación, y al igual que las olas deben tener crestas y depresiones, la experiencia de existir debe encenderse y apagarse. Por lo tanto, en el fondo no hay nada de qué preocuparse, porque tú mismo eres la energía eterna del universo que juega al escondite (apagar y encender) consigo mismo. En el fondo, eres la Divinidad, porque Dios es todo lo que hay. Citando a Isaías un poco fuera de contexto: «Yo, Yahvéh, y nadie más. Yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago

la felicidad y creo la desgracia. Soy yo, Yahvéh, quien hace todo esto[10]». Este es el sentido del principio fundamental del hinduismo, *Tat tvam asi*: «ÉSTE (es decir, "ese Ser sutil del que está compuesto todo el universo") eres tú»[11]. Un caso clásico de esta experiencia, desde Occidente, está en las *Memorias* de Tennyson:

> Una especie de trance de despertar que he tenido con frecuencia, desde mi infancia, cuando he estado solo. Generalmente me ha sobrevenido repitiendo mi propio nombre dos o tres veces para mí mismo en silencio, hasta que de repente, como si saliera de la intensidad de la conciencia de la individualidad, la propia individualidad parecía disolverse y desvanecerse en un ser ilimitado, y este no era un estado confuso, sino el más cristalino de los más cristalinos, el más seguro de los más seguros, el más extraño de los más extraños, completamente más allá de las palabras, donde la muerte era una imposibilidad casi risible, la pérdida de la personalidad (si es que lo era) no parecía una extinción sino la única vida verdadera[12].

Obviamente, estas características de la experiencia psicodélica, tal como la he conocido, son aspectos de un único estado de conciencia, pues he estado describiendo lo mismo desde diferentes ángulos. Las descripciones intentan transmitir la realidad de la experiencia, pero al hacerlo también sugieren algunas de las incoherencias entre dicha experiencia y los valores actuales de la sociedad.

II.- La oposición a las drogas psicodélicas

La resistencia a permitir el uso de drogas psicodélicas tiene su origen en valores tanto religiosos como profanos. La dificultad para describir las experiencias psicodélicas en términos religiosos tradicionales es uno de los motivos de la oposición. El occidental debe tomar prestadas palabras como *samadhi* o *moksha* de los hindúes, o *satori* o *kensho* de los japoneses, para describir la experiencia de unidad con el universo. No tenemos una palabra apropiada porque nuestras propias teologías judía y cristiana no aceptan la idea de que el ser más profundo del hombre pueda ser idéntico a la Divinidad,

aunque los cristianos afirmen que esto fue cierto en el caso único de Jesucristo. Los judíos y los cristianos piensan en Dios en términos políticos y monárquicos, como el gobernador supremo del universo, el jefe supremo. Obviamente, es socialmente inaceptable y lógicamente absurdo que un individuo particular pretenda que él, en persona, es el gobernante omnipotente y omnisciente del mundo, para que se le conceda el reconocimiento y el honor adecuados.

Sin embargo, este concepto imperial y real de la realidad última no es necesario ni universal. Los hindúes y los chinos no tienen ninguna dificultad para concebir una identidad del yo y la divinidad. Para la mayoría de los asiáticos, aparte de los musulmanes, la Divinidad mueve y manifiesta el mundo del mismo modo que un ciempiés manipula cien patas: espontáneamente, sin deliberación ni cálculo. En otras palabras, conciben el universo por analogía con un organismo como algo distinto de un mecanismo. No lo ven como un artefacto o una construcción bajo la dirección consciente de algún técnico, ingeniero o arquitecto supremo.

Por lo tanto, si, en el contexto de la tradición cristiana o judía, un individuo declara ser uno con Dios, debe ser tachado de blasfemo (subversivo) o loco. Tal experiencia mística es una clara amenaza para los conceptos religiosos tradicionales. La tradición judeocristiana tiene una imagen monárquica de Dios, y los monarcas, que gobiernan por la fuerza, no temen más que la insubordinación. Por ello, la Iglesia siempre ha desconfiado mucho de los místicos, porque parecen insubordinados y pretenden la igualdad o, peor aún, la identidad con Dios. Por esta razón, Juan Escoto Erigena y Meister Eckhart fueron condenados como herejes. También por eso los cuáqueros se enfrentaron a la oposición por su doctrina de la Luz Interior, y por su negativa a quitarse el sombrero en la iglesia y en los tribunales. Algunos místicos ocasionales pueden estar bien siempre que cuiden su lenguaje, como Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, que mantuvieron, digamos, una distancia metafísica de respeto entre ellos y su Rey celestial. Nada, sin embargo, podría ser más alarmante para la jerarquía eclesiástica que un brote popular de misticismo, ya que esto bien podría equivaler a establecer una democracia en el reino de los cielos, y tal alarma sería compartida por igual por católicos, judíos y protestantes fundamentalistas.

La imagen monárquica de Dios, con su desagrado implícito por la insubordinación religiosa, tiene un impacto más penetrante de lo que muchos cristianos podrían admitir. Los tronos de los reyes tienen muros

inmediatamente detrás de ellos, y todos los que se presentan en la corte deben postrarse o arrodillarse, porque es una posición incómoda desde la que realizar un ataque repentino. Tal vez nunca se les haya ocurrido a los cristianos que cuando diseñan una iglesia siguiendo el modelo de una corte real (basílica) y prescriben el ritual eclesiástico, están dando a entender que Dios, como un monarca humano, tiene miedo. Esto también está implícito en la adulación en las oraciones:

> Señor, nuestro Padre celestial, alto y poderoso, Rey de reyes, Señor de señores, único gobernante de los príncipes, que desde tu trono contemplas a todos los habitantes de la tierra: de todo corazón te suplicamos con tu favor que contemples[13]…

El hombre occidental que afirma tener conciencia de la unidad con Dios o el universo choca así con el concepto de religión de su sociedad. Sin embargo, en la mayoría de las culturas asiáticas, ese hombre será felicitado por haber penetrado en el verdadero secreto de la vida. Ha llegado, por casualidad o por alguna disciplina como el yoga o la meditación zen, a un estado de conciencia en el que experimenta directa y vívidamente lo que nuestros propios científicos saben que es cierto en teoría. Porque el ecologista, el biólogo y el físico saben (pero rara vez sienten) que todo organismo constituye un único campo de comportamiento, o proceso, con su entorno. No hay forma de separar lo que hace un organismo determinado de lo que hace su entorno, por lo que los ecologistas no hablan de organismos en entornos sino de ecosistemas. Por lo tanto, las palabras «yo» y «sí mismo» deberían significar propiamente lo que todo el universo está haciendo en este «aquí y ahora» particular llamado Juan Pérez.

El concepto real de Dios hace que la identidad del yo y Dios, o del yo y el universo, sea inconcebible en términos religiosos occidentales. Sin embargo, la diferencia entre los conceptos orientales y occidentales del hombre y su universo va más allá de los conceptos estrictamente religiosos. El científico occidental puede percibir racionalmente la idea de organismo-entorno, pero no suele sentirla como verdadera. Por el condicionamiento cultural y social, ha sido hipnotizado para experimentarse a sí mismo como un ego, como un centro aislado de conciencia y voluntad dentro de una bolsa de piel, enfrentado a un mundo externo y ajeno. Decimos: «He venido a este mundo». Pero no hicimos nada de eso. Salimos de él de la misma manera que la fruta sale de los árboles. Nuestra galaxia, nuestro cosmos, «puebla» de la misma manera que un manzano «manzanea».

Tal visión del universo choca con la idea de un Dios monárquico, con el concepto del ego separado, e incluso con la mentalidad secular, ateo-agnóstica, que deriva su sentido común de la mitología del cientificismo del siglo XIX. Según este punto de vista, el universo es un mecanismo sin sentido y el hombre una especie de microorganismo accidental que infesta una diminuta roca globular que gira alrededor de una estrella sin importancia en la franja exterior de una de las galaxias menores. Esta teoría del hombre es muy común entre los cuasi-científicos como los sociólogos, psicólogos y psiquiatras, la mayoría de los cuales todavía piensan en el mundo en términos de la mecánica de Newton, y no han llegado a ponerse al día con las ideas de Einstein y Bohr, Oppenheimer y Schrödinger. Así, para el psiquiatra ordinario de tipo institucional, cualquier paciente que dé el menor indicio de experiencia mística o religiosa es automáticamente diagnosticado como trastornado. Desde el punto de vista de la religión mecanicista, es un hereje y se le aplica la terapia de electroshock como una forma actualizada tortura inquisitorial. Y, por cierto, es precisamente este tipo de cuasi-científico el que, como consultor del gobierno y de las agencias policiales, dicta las políticas oficiales sobre el uso de sustancias químicas psicodélicas.

La incapacidad de aceptar la experiencia mística es más que una desventaja intelectual. La falta de conciencia de la unidad básica del organismo y el entorno es una alucinación grave y peligrosa. Porque en una civilización dotada de un inmenso poder tecnológico, la sensación de alienación entre el hombre y la naturaleza lleva a utilizar la tecnología con un espíritu hostil, a la «conquista» de la naturaleza en lugar de la cooperación inteligente con ella. El resultado es que estamos deteriorando y contaminando nuestro hábitat, extendiendo la Angelización[14] en lugar de la civilización. Esta es la principal amenaza que se cierne sobre la cultura tecnológica occidental, y ningún razonamiento o discurso catastrofista parece ayudar. Sencillamente, no respondemos a las técnicas proféticas y moralizantes de conversión en las que siempre han confiado judíos y cristianos. Pero la gente tiene un oscuro sentido de lo que es bueno para ellos, llámese «autocuración inconsciente», «instinto de supervivencia», «potencial de crecimiento positivo» o lo que se quiera. Por ello, entre los jóvenes educados existe un interés sorprendente y sin precedentes por la transformación de la conciencia humana. En todo el mundo occidental los editores están vendiendo millones de libros que tratan sobre el yoga, el vedanta, el budismo zen y el misticismo químico de las drogas psicodélicas, y he llegado a creer que toda la subcultura «hip», por muy equivocadas que sean algunas de sus manifestaciones, es el

esfuerzo serio y responsable de los jóvenes por corregir el curso autodestructivo de la civilización industrial.

El contenido de la experiencia mística es, pues, incoherente con los conceptos religiosos y profanos del pensamiento occidental tradicional. Además, las experiencias místicas suelen dar lugar a actitudes que amenazan la autoridad no solo de las iglesias establecidas, sino también de la sociedad civil. Sin miedo a la muerte y con poca ambición material, los que han tenido experiencias místicas son refractarios a las amenazas y a las promesas. Además, su sentido de la relatividad del bien y del mal despierta la sospecha de que carecen tanto de conciencia como de respeto por la ley. El uso de psicodélicos en Estados Unidos por parte de una burguesía instruida significa que un importante segmento de la población es indiferente a las recompensas y castigos habituales de la sociedad.

En teoría, la existencia dentro de nuestra sociedad civil de un grupo que no acepta los valores convencionales es coherente con nuestra visión política. Pero uno de los grandes problemas de Estados Unidos, jurídica y políticamente, es que nunca hemos tenido el valor de nuestras convicciones. La República se basa en el principio maravillosamente sano de que una comunidad humana solo puede existir y prosperar sobre la base de la confianza mutua. Metafísicamente, la Revolución Americana fue un rechazo del dogma del Pecado Original, que es la noción de que, como no se puede confiar en uno mismo o en otras personas, debe haber alguna Autoridad Superior que nos mantenga a todos en orden. El dogma fue rechazado porque, si es cierto que no podemos confiar en nosotros mismos ni en los demás, se deduce que no podemos confiar en la Autoridad Superior que nosotros mismos concebimos y obedecemos, y que la propia idea de nuestra falta de confianza no es fiable.

Los ciudadanos de los Estados Unidos creen, o se supone que creen, que la república es la mejor forma de gobierno. Sin embargo, surge una gran confusión al tratar de ser republicano en la política y monárquico en la religión. ¿Cómo puede ser una república la mejor forma de gobierno si el universo, el cielo y el infierno son una monarquía?[15] Así, a pesar de la teoría del gobierno por consentimiento, basado en la confianza mutua, los pueblos de Estados Unidos conservan, desde los antecedentes autoritarios de sus religiones u orígenes nacionales, una fe totalmente ingenua en la ley como una especie de poder sobrenatural y paternalista. «¡Debería haber una ley contra eso!» Por lo tanto, nuestros funcionarios encargados de hacer cumplir la ley se ven confundidos, obstaculizados y desconcertados —por no hablar

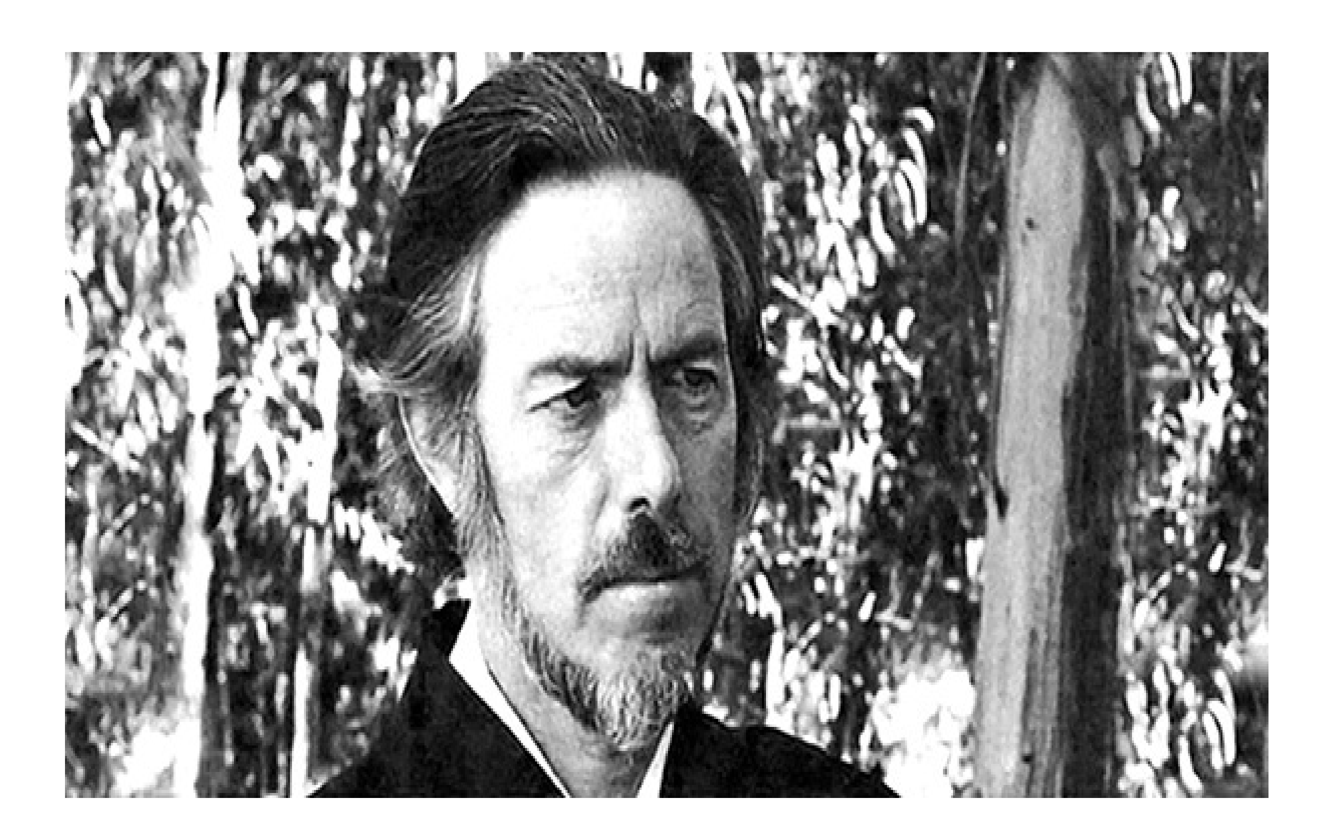
de corrompidos— al pedírseles que apliquen leyes sumarias, a menudo de origen eclesiástico, que un gran número de personas no tienen intención de obedecer y que, en cualquier caso, son inmensamente difíciles o simplemente imposibles de aplicar —por ejemplo, la prohibición de algo tan indetectable como el LSD-25 en el comercio internacional e interestatal.

Por último, hay dos objeciones específicas al uso de drogas psicodélicas. En primer lugar, el uso de estas drogas puede ser peligroso. Sin embargo, toda exploración que merezca la pena es peligrosa: escalar montañas, probar aviones, lanzar cohetes al espacio exterior, bucear o recoger especímenes botánicos en la selva. Pero si uno valora el conocimiento y el placer real de la exploración más que la mera duración de una vida sin sobresaltos, está dispuesto a asumir los riesgos. No es muy saludable que los monjes practiquen el ayuno, y no fue muy higiénico que Jesús se hiciera crucificar, pero son riesgos que se corren en el curso de las aventuras espirituales. Hoy en día, los jóvenes aventureros se arriesgan a explorar la psique, poniendo a prueba su temple en la tarea al igual que, en tiempos pasados, lo han puesto a prueba —de forma más violenta— en la caza, los duelos, las carreras de bólidos y el fútbol. Lo que necesitan no son prohibiciones ni policías, sino el estímulo y los consejos más inteligentes que se puedan encontrar.

En segundo lugar, el consumo de drogas puede ser criticado como un escape de la realidad. Sin embargo, esta crítica asume injustamente que las experiencias místicas en sí mismas son escapistas o irreales. El LSD, en particular, no es en absoluto un escape suave y cómodo de la realidad. Puede ser muy fácilmente una experiencia en la que tienes que poner a prueba tu alma contra todos los demonios del infierno. Para mí, ha sido a veces una experiencia en la que me encontraba a la vez completamente perdido en los pasillos de la mente y, sin embargo, relacionando esa misma pérdida con el orden exacto de la lógica y el lenguaje, simultáneamente muy loco y muy cuerdo. Pero más allá de estos episodios ocasionales de extravío y locura, están las vivencias del mundo como un sistema de total armonía y gloria, y la experiencia de relacionarlas con el orden de la lógica y el lenguaje debe explicar de algún modo como lo que William Blake llamaba esa «energía que es deleite eterno» puede consistir en la miseria y el sufrimiento de la vida cotidiana**[16]**.

La indudable intención mística y religiosa de la mayoría de los usuarios de los psicodélicos, incluso si se demuestra que algunas de estas sustancias son perjudiciales para la salud corporal, requiere que su uso libre y responsable esté exento de restricciones legales en cualquier sociedad que

mantenga una separación constitucional entre la Iglesia y el Estado[17]. En la medida en que la experiencia mística se ajuste a la tradición de la participación religiosa genuina, y en la medida en que los psicodélicos induzcan esa experiencia, los usuarios tienen derecho a cierta protección constitucional. Además, en la medida en que la investigación de la psicología de la religión puede utilizar esas drogas, los estudiantes de la mente humana deben ser libres de utilizarlas. Bajo las leyes actuales, yo, como estudiante experimentado de la psicología de la religión, no puedo seguir investigando en este campo. Esta es una restricción bárbara de la libertad espiritual e intelectual, que sugiere que el sistema legal de los Estados Unidos está, después de todo, en alianza tácita con la teoría monárquica del universo y, por lo tanto, prohibirá y perseguirá las ideas y prácticas religiosas basadas en una visión orgánica y unitaria del universo[18].



ALAN WILSON WATTS (Chislehurst Kent, 6 de enero de 1915 - Mt. Tamalpais California, 16 de noviembre de 1973) fue un filósofo británico, así como editor, sacerdote anglicano, locutor, decano, escritor, conferenciante y experto en religión. Se le conoce sobre todo por su labor como intérprete y popularizador de las filosofías asiáticas para la audiencia occidental.

Escribió más de veinticinco libros y numerosos artículos sobre temas como la identidad personal, la verdadera naturaleza de la realidad, la elevación de la conciencia y la búsqueda de la felicidad, relacionando su experiencia con el conocimiento científico y con la enseñanza de las religiones y filosofías orientales y occidentales (budismo Zen, taoísmo, cristianismo, hinduismo, etcétera).

Alan Watts fue un conocido autodidacta. Becado por la Universidad de Harvard y la Bollingen Foundation, obtuvo un máster en Teología por el Seminario teológico Sudbury-Western y un doctorado *honoris causa* por la Universidad de Vermont, en reconocimiento a su contribución al campo de las religiones comparadas.

Notas

[1] Entre los muchos nombres dados en castellano al genial maestro: Lao-tsé, Lao-tzi, etc. *(N. del T.)* <<

[2] La dosis normal de mescalina es de 300 miligramos; la de LSD-25 es de 100 microgramos y la de la psilocibina de 20 miligramos. El lector que esté interesado en un conocimiento más desarrollado de las drogas que alteran la conciencia y sus investigaciones actuales debería consultar *Drugs and the Mind* de Robert S. De Ropp. (Grave Press, New York, 1960). <<

[3] A los efectos de este resumen considero la marihuana y el hachís como sustancias psicodélicas, aun teniendo en cuenta que no tienen la potencia del LSD. <<

[4] Cualquier cosa, incluso un vaso de cerveza o subir escaleras, puede ser peligroso para una persona con mala salud. Naturalmente, tales contingencias están más allá de los límites de esta discusión. <<

[5] «El hombre autoconsciente cree que piensa. Hace tiempo que se ha reconocido que esto es un error, ya que el sujeto consciente que cree que piensa no es lo mismo que el órgano que desarrolla el pensamiento. La persona consciente es solo un componente, una serie de aspectos transitorios, de la persona que piensa». L. L. Whyte, *The Unconscious Before Freud* (Basic Books, Nueva York, 1960), p. 59. <<

[6] Publicado inicialmente en *California Law Review*, Vol. 56, N.º 1, Enero de 1968, pp. 74-85. <<

[7] Véase: W. James, *The Varieties of Religious Experience* (1911). <<

[8] Una excelente antología de tales experiencias puede leerse en R. Johnson, *Watcher on the Hills* (1959). **<<**

[9] Así, el hinduismo considera el universo no como un artefacto, sino como un inmenso drama en el que el Actor Único (el *paramatman* o *brahman*) interpreta todos los papeles, que son sus máscaras o avatares. La sensación de ser solo este yo particular, Juan Pérez, se debe a la total inmersión del Actor en la interpretación de este y todos los demás papeles. Para una exposición más completa, véase S. Radhakrishnan, *The Hindu View of Life* (1927); H. Zimmer, *Philosophies of India* (1951), pp. 355-463. Una versión popular se encuentra en A. Watts, *El Libro del Tabú (The Book: On the Taboo Against Knowing Who You Are*, 1966). <<

[10] Isaías, 45: 6, 7. <<

[11] Chandogya Upanishad 6.15.3. <<

[12] Citado en Alfred Lord Tennyson: *A Memoir by His Son*, vol. 1 (1898), p. 320. <<

[13] Una oración por la majestad del rey, Orden de oración de la mañana, *Libro de oración común* (Iglesia de Inglaterra, 1904) <<

[14] Se refiere a la ciudad de Los Ángeles, en California, como modelo de expansión no planificada y descontrolada del desarrollo urbano. *(N. del T.)* **<<**

[15] Así, hasta hace poco, la creencia en un Ser Supremo era una prueba legal de objeción de conciencia válida al servicio militar. La implicación era que el objetor individual se encontraba obligado a obedecer a un escalón de mando superior al del Presidente y el Congreso. La analogía es militar y monárquica, por lo que los objetores que, como budistas o naturalistas, sostenían una teoría orgánica del universo solían tener dificultades para obtener el reconocimiento. <<

[16] Precisamente de este tema se ha tratado en profundidad en este libro. <<

[17] «Responsable» en el sentido de que tales sustancias sean tomadas por o administradas a adultos que den su consentimiento. El consumidor de cannabis, en particular, es propenso a tener dificultades peculiares para establecer su «indudable intención mística y religiosa» en los tribunales. Habiendo cometido un delito tan repugnante y grave, sus posibilidades de clemencia son mayores si asume una conducta de arrepentimiento, que es bastante incompatible con la creencia sincera de que su consumo de cannabis era religioso. Por otro lado, si insiste sin arrepentirse en que considera ese consumo como un sacramento religioso, muchos jueces declararán que «no les gusta su actitud», considerándola truculenta y carente de apreciación de la gravedad del delito, y la sentencia será mucho más dura. El acusado se encuentra, pues, en una situación de «doble vínculo», en la que está «condenado si lo hace, y condenado si no lo hace». Además, la integridad religiosa —como en el caso de la objeción de conciencia— suele probarse y establecerse mediante la pertenencia a alguna iglesia u organización religiosa con un número considerable de seguidores. Pero la condición de criminalidad del cannabis es tal que se arrojaría una grave sospecha sobre todos los individuos que formen una organización de este tipo y, por lo tanto, la prueba no puede cumplirse. Generalmente se olvida que nuestras garantías de libertad religiosa fueron diseñadas para proteger precisamente a aquellos que no eran miembros de las confesiones establecidas, sino más bien a individuos (en aquel entonces) desquiciados y subversivos como los cuáqueros, los shakers, los levellers y los anabaptistas. No cabe duda de que quienes consumen cannabis u otros psicodélicos con intención religiosa son ahora miembros de una religión perseguida que aparece ante el resto de la sociedad como una grave amenaza para la «salud mental», a diferencia de la anticuada «alma inmortal». Pero es la misma historia de siempre. <<

[18] Los amerindios pertenecientes a la Iglesia Nativa Americana que emplean el cactus psicodélico peyote en sus rituales, se oponen firmemente a cualquier control gubernamental de esta planta, aunque se les garantice el derecho a su uso. Consideran que el peyote es un regalo natural de Dios a la humanidad, y especialmente a los nativos de la tierra donde crece, y que ningún gobierno tiene derecho a interferir en su uso. No hay ninguna ley que prohíba comer o cultivar la seta Amanita pantherina, aunque sea mortalmente venenosa y solo los expertos puedan distinguirla de una seta comestible común. Este caso se puede plantear incluso desde el punto de vista de los creyentes en el universo monárquico del judaísmo y el cristianismo, ya que es un principio básico de ambas religiones, derivado del Génesis, que todas las sustancias naturales creadas por Dios son inherentemente buenas, y que el mal solo puede surgir en su mal uso. Por lo tanto, las leyes contra la mera posesión, o incluso el cultivo, de estas plantas están en conflicto básico con los principios bíblicos. La condena penal de los que emplean estas plantas debe basarse en el mal uso demostrado. «Dijo Dios: Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento. Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda sierpe de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy de alimento. Y así fue. Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien.» Génesis 1:29, 31 <<